Biblioteca Contemporánea

La Rusia Terrorista

Perfiles y bocetos revolucionarios

POR

STEPNIAK

(Sergio Krawchinsky)

Obra secuestrada y perseguida por las autoridades rusas

Tercera edición esmeradamente corregida



F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

344 — DIPUTACIÓN — 344

BARCELONA

ÍNDICE

PERFILES DE REVOLUCIONARIOS

BOCETOS REVOLUCIONARIOS

NOTA

STEPNIAK

En la tarde del 23 de diciembre de 1895, el escritor ruso y emigrado político célebre con el seudónimo de Stepniak *(«hombre de la estepa»), al cruzar el paso á nivel del ferrocarril junto á Bedford-Square, en Londres, para ir á casa de un colega del Comité de propaganda revolucionaria rusa, fué alcanzado por un tren rápido. Todos los vagones le pasaron por encima, y algunos albañiles recogieron de entre los rieles el cadáver, horriblemente mutilado, y lo llevaron á la desventurada esposa. Este fin trágico hizo creer que se trataba de un suicidio; pero esta hipótesis no tiene razón de ser.*

El verdadero nombre de Stepniak *era Sergio Krawchinsky. Nació en 1852, en Adjatch (Ukrania), de noble familia. Ingresó en el ejército y era oficial de artillería cuando fué procesado como sospechoso; después de algunos meses de cárcel le pusieron en libertad, y entonces renunció á su empleo. En 1875 recorría la campiña rusa predicando la insurrección entre los campesinos, transformándose en leñador para realizar*

sus propósitos, hasta que fué detenido nuevamente. Se le pusieron esposas y debía ser conducido ante el gobernador de la provincia, pero, durante el trayecto, sobornó á un gendarme, logró fugarse y reapareció en Suiza, donde encontró á dos amigas de su familia que se disponían á marchar á Nápoles.

Deseoso de conocer á Italia, Sergio acompañó á las dos señoras á Nápoles; pero en vez de entregarse al descanso se unió con los secuaces de la Internacional, tan numerosos en aquella época; publicó un manifiesto relativo á la táctica de las partidas armadas, y apenas preparado el alzamiento de Benevento (dirigido por Cafiero), partió para incorporarse á los sublevados. Un delator, llamado Farina, en quien fiaban mucho los insurgentes por el gran conocimiento que tenía de los lugares, se lo había contado todo al ministro Nicotera, que en aquellos días subiera al poder, y se detuvo á parte de los rebeldes antes de que pudieran llegar al punto de reunión prefijado; ante ellos figuraba Sergio, que entonces se hacía llamar Abraham Rublof; al llegar á Solopaca, fué preso y llevado á la cárcel de Benevento. Nueve meses de prisión le bastaron para aprender la lengua italiana; dueño de una jofaina, pasaba en su celda el día escribiendo con un cepillo de limpiar los dientes, convertido en pluma, y tuvo la constancia de aprenderse de memoria el diccionario de Fanfani.

En 1878 ocurrió la muerte de Victor Manuel, y Abraham Rublof fué amnistiado junto con algunos compañeros. Sin pérdida de tiempo se fué á Rusia, y el mismo año se dirigió á San Petersburgo y realizó el terrible acto que tanta resonancia tuvo en dicha época.

Deseoso de vengar los tormentos infligidos á sus camaradas, aquel joven, dotado de fuerza hercúlea, esperó el 16 de agosto de 1878, á la salida de una iglesia, al gobernador de la policía de San Petersburgo, general Mezentsef, que marchaba dando el brazo á un

amigo, y lo mató de una puñalada. Un coche guiado por un médico revolucionario esperaba á Krawchinsky; subió, y el carruaje partió al galope.

Milagrosamente libre del peligro, volvió á Suiza é Italia, donde tomó el nombre de Stepniak, *que debía valerle tanta fama.*

Le conocimos el 1882 en Milán: su cara de kalmuco brillaba con el fuego de los ojos, y era amable, frío y muy simpático. Sostenía relaciones con el grupo más avanzado y al mismo tiempo con los moderados, haciéndose querer de todo el mundo. Vivía en amistad con Félix Cameroni, Felipe Turati, Gnocchi Viani, Bignami della Plebe, *Quadrio, Pablo Valera y Fontana; después publicó sus artículos sobre la tiranía rusa y el heroísmo de los militares en el* Pungolo, *dirigido por León Fortis; cuando quiso reunir esos artículos en un volumen, encontró editor en la casa Treves. El libro se titulaba* La Rusia Subterránea, *y dió á su autor fama de literato y otros provechos. A la edición italiana siguieron versiones en otras lenguas, y menudearon las reimpresiones. Se la calificó de «obra inmortal».*

Mas para él escribir era una forma de la acción, y por espacio de muchos años se le perdió de vista. Más de una vez debió volver á Rusia para tomar parte en conspiraciones. En 1882 se estableció en Londres y allí siguió trabajando, hablando y escribiendo en todas las lenguas.

Interesó en su causa—la lucha contra el absolutismo ruso — á los mejores elementos de la capital inglesa pertenecientes á los diversos partidos políticos, y organizó con su concurso la Society of Friends of Russian Freedom. *Bajo el patronato de esa sociedad fundó, en 1890, la revista política* Free Russia *(Rusia Libre), de que era el alma, sin dejar de escribir en muchos diarios ingleses. También contribuyó á organizar en América la* United States Siberian Exile Human Society.

Además del presente libro, se le conocen la Rusia bajo los Zares *(París, 1887)*, Vida de un Nihilista *(novela)*, Los Campesinos Rusos *y otras sobre el mismo asunto. Se le elogia mucho otra novela:* Una cabaña á orillas del Volga. *Había publicado en inglés su última obra en dos tomos:* Alejandro II y Alejandro III, *cuando le hirió ciegamente la muerte, en el vigor de su edad, á los cuarenta y tres años.*

E.

¿Sumisión ó rebeldía?

En París, un diario republicano elogió á las víctimas del Imperio, el mismo día en que el tribunal del Jurado condenaba á muerte al anarquista Jorge Etiévant.

Gobiernos y partidos afirman su lealtad y mutuamente se echan en cara mentiras y vilezas; pero, no bien se mueve una hoja en el árbol, el gobierno, que se llama imperial ó republicano, y que es invariablemente escéptico, prende, destierra ó fusila á sus enemigos — los enemigos de la legalidad apoyada en la fuerza.

Estos dos hechos tan sencillos — la condena de Etiévant y el homenaje á los mártires republicanos — prueban la doblez de los gobiernos, y se necesita evidente mala fe para creer que el anarquista Etiévant, condenado á muerte por haber herido á un agente de policía, era más culpable que los fautores de un complot contra Napoleón el Pequeño. Unicamente la ley, debida á hombres que la estiman deficiente, pero que la aplican á falta de otra mejor, únicamente esa ley—monárquica ó democrática y siempre igual — impone al anarquista un castigo superior á todas las penas, y pretende arrebatarle el honor y la vida. En muchos países, sin exceptuar la libre Inglaterra, se toman medidas coercitivas contra los libertarios, sometidos no sólo al derecho común, sino también á leyes excepcionales, como el *domicilio coatto, les lois scélérates* y otras menos duras, igualmente reprobables.

Si, en un momento de obcecación, Etiévant imitó á sus opresores y llegó hasta el crimen; si merecía ser castigado, otros hombres, con mayor motivo, después de

haber producido un daño infinitamente mayor, debieron dar cuenta de sus actos á la llamada justicia. La República francesa evidenciaría la nobleza de su origen castigando con mano fuerte á los poderosos que atentan contra la seguridad del Estado; pero hoy mismo esta República, que ordenó la ejecución de Augusto Vaillant, culpable de un pueril delito, tolera á los perturbadores del orden, á condición de que se llamen orleanistas, nacionalistas ó partidarios de Bonaparte.

Y es que los gobernantes republicanos, después de aceptar los códigos y las instituciones del adversario á quien combatieron tenazmente, se ven forzados á rechazar y castigar los desmanes de otros enemigos, cuya audacia y cuya modestia parecen excesivas. Estos republicanos hallan lógico que un nacionalista conspire contra el régimen establecido; pero no pueden tolerar que un anarquista, un obrero, proclame la injusticia y practique la violencia, y por eso, cuando se trata de reprimir determinados atrevimientos, el gobierno transige con los militares y encarcela á los trabajadores.

Para un gobierno, sea el que fuere, todos los medios de defensa están basados en la lógica. Hay que mantener á todo trance el orden, y los súbditos no tienen más remedio que obedecer á quien manda; es inútil que el conspirador — Cadoudal ó Vaillant — emplee el mismo procedimiento que los dominadores de hoy utilizaron contra los vencedores de ayer; esta imitación pueril le costará cara, porque los gobernantes deben defender el orden que antes combatieron con ardimiento.

De aquí se deduce que para contrarrestar los alzamientos está el poder, y que, si el poder existe, nó han de faltar nunca rebeldes — llámeseles como se quiera: republicanos, imperialistas ó anarquistas, — gente mal avenida con la ley ó dominada por una ambición sin límites, locos ó sobrado cuerdos, que quieren reivindicar su libertad contra las demasías del gobierno.

* * *

La injusticia y la crueldad intimidan á los débiles y confortan el ánimo generoso, impulsándole á las más altas empresas. No hay, para los hombres bien nacidos, otro riesgo que el de vivir en humillante servidumbre, sujetos á la voluntad ó al capricho de otro hombre.

Es preferible morir á llevar una miserable y fugaz vida de esclavo, sin más esperanza que imaginar cada vez más lejos el término de angustiosos males.

Pero el indomable valor de los nihilistas cedió una vez ante la astuta perseverancia y la redoblada energía del gobierno ruso.

Stepniak describe admirablemente en este libro las proezas de sus compañeros, las luchas contra la política y la represión de que fueron objeto los atentados revolucionarios. Durante un decenio, los nihilistas tuvieron en jaque á los esbirros y se atrevieron contra todas las fuerzas del imperio, unidas para ahogar en sangre una legítima protesta. Era el hermoso día de la batalla, iluminado por resplandores de incendio, y en que el choque de las armas se confundía con los cánticos de victoria.

Después de porfiada resistencia, y casi al mismo tiempo que Stepniak perecía en Londres, los rebeldes perdieron terreno, desistieron de sus planes y dieron por concluída la lucha. Las sociedades secretas dejaron de existir, cesó la propaganda y no se habló más de nihilismo ni de reivindicaciones populares. Llegaba á su término la leyenda y empezó otra vez el reinado de la triste realidad.

Esta tregua ha durado diez años. Los heroicos combates en que sólo la abnegación salía vencedora; los planes admirablemente trazados que desconcertaban á la policía; los impresos clandestinos y la propaganda oral; las evasiones novelescas y los rápidos viajes, toda esta agitación, todos estos manejos cesaron como por encanto, y la autoridad recuperó sus derechos y asentó de nuevo sobre firmes bases el orden y la legalidad hábilmente restablecidos.

Desde 1890 á 1902, apenas se citó á los nihilistas. Estaban olvidados y ya no se discutía siquiera su procedencia ni su razón de ser; si alguna vez se recordaba el nombre de la secta, era para declarar que todo pasa en el mundo y que la rebeldía no sobrevive á las mudanzas del tiempo.

Los gobernadores rusos y sus colegas de otros países podían dormir á pierna suelta. En lo sucesivo, su dulce sueño no se vería turbado por extrañas apariciones, por la espantosa visión del nihilista, resuelto á morir á trueque de lograr sus propósitos. «Todo ha terminado».

Y sucedió cabalmente que mientras los revolucionarios rusos permanecían inactivos, otros rebeldes entra-

ban en liza, valiéndose de iguales medios para llegar á un fin parecido. Eran los anarquistas.

Aunque combatidos á hierro y fuego, los anarquistas han avanzado hacia el ideal, con la esperanza de verlo realizado. Muchos de ellos desconocen la hermosa perfección del pensamiento que les mueve, y su nombre, odioso á las multitudes, se desvanecerá algún día; pero sus aspiraciones, su amor y su martirio vivirán eternamente para vergüenza de los verdugos y de aquellos que toleran ó aplauden el mal y la violencia.

* * *

Con el pasajero eclipse de los nihilistas coincidió la fama que en toda Europa y en el mundo entero han alcanzado las doctrinas de León Tolstoy.

No hay punto de comparación entre tales aspiraciones y los propósitos de los revolucionarios modernos. Un insondable abismo separa á Tolstoy de los descontentos y conspiradores de todo linaje, y su noble espíritu, acrisolado por el sufrimiento, se eleva á la inaccesible región de belleza apenas entrevista por los hombres; su clara voz proclama el Bien que nadie comprende y que nadie quiere practicar todavía... Es algo distinto de lo que vemos y oímos todos los días, un encanto para el alma y una seducción que rechazamos con todas nuestras fuerzas y que nos domina á pesar nuestro, cuando apartamos el corazón de los falsos goces de la vida.

Este hombre extraordinario predica una revolución aun más extraordinaria y que es la única realizable. Todas sus predicciones se cumplen al pie de la letra; sus asertos, admirados como artísticas paradojas, convergen á la verdad, y lo que él sueña toma cuerpo en la realidad de la vida.

Publicó, no ha mucho, en una edición de *La Palabra libre*, su artículo *Nié ubii (No matarás)*, que se refiere al asesinato de Humberto de Italia.

Es curioso analizar el alcance de una frase impresa en la memoria y que alude á varios hechos, repetidos con frecuencia. Esta frase es como un diamante cuyos destellos cambian de intensidad y color según la direcció de los rayos de luz. *Nié ubii* contiene palabras que brillan como piedras preciosas en joyel de oro.

Tolstoy adivina las contingencias del porvenir, y, á la vez que maldice los crímenes de los reyes, asevera la inutilidad de las tentativas que se hacen para aniquilarlos. En este mismo trabajo censura las innumerables torpezas cometidas por Humberto de Italia, y luego, hablando en general de los regicidas, añade: «Sorprenden estos hechos (los regicidios), no ya por su crueldad y su torpeza, sino por el desvarío de aquellos que los cometen». *(Ujasni takia ubiitsva, nié po jestokosti i nezalujennosti, a po nerazumio tiek, kto ik soverchaiot.)*

* * *

No todos los hombres pueden comprender estas palabras. Las teorías del gran pensador fascinan el entendimiento, sin subyugar el corazón; y cuando sus libros ofrecen soluciones prácticas — como la de Bondaref, — se tacha al autor de visionario y quietista, oponiéndole los argumentos que suelen emplearse contra la verdad absoluta.

Se busca la felicidad en el placer de la rebeldía. Todos admiran la excelencia del amor sin igual que prefiere la humildad á la riqueza; pero el odio tiene también su grandeza y sus voluptuosos goces.

La perversidad, fecunda madre, engendra deseos de venganza. Y estos deseos se revelan frecuentemente en actos que, á pesar de su origen, son más legítimos y menos censurables que la infamia amparada por la fuerza. Cesarán las violencias cuando los gobiernos den ejemplo de piedad, tolerancia y justicia.

No cabe dudarlo: los medios de que dispone la Revolución frente al poder organizado son «ridículos y despreciables»; pero hoy los fuertes viven en constante zozobra, obligados por su cobardía á transigir y hacer concesiones que son el premio de la rebeldía vencida...

Hace cuatro años se creía que los nihilistas, convencidos de su impotencia, no volverían á levantar cabeza. Sus grupos se habían dispersado, los propagandistas habían enmudecido y no se oían siquiera las quejas de los partidarios sepultados en las cárceles ó enviados al destierro. Zurich no daba señales de vida. De los otros centros nadie hablaba ya, como no fuera para recordar sucesos generalmente olvidados.

En todas partes se acentuaba la tendencia marxista, que pregona la paz y la lenta evolución á una sociedad ideal, donde tendrán su puesto los opresores, libres del estigma que marca su frente. El zar — el propio zar — daba muestras de fingida benevolencia y ofrecía la esperanza de un reinado de felicidad hiperbólica. Lo que era primero una amenaza y casi un triunfo convirtióse en fracaso. Se habían frustrado los designios que parecían próximos á realizarse.

Y he aquí que los nihilistas, olvidados ó despreciados durante diez años, renacen á la vida revolucionaria con un vigor y una audacia más poderosos que nunca. ¿Qué causas han influído en esta reaparición temida por unos y anhelada por otros? ¿Por qué se reproducen estas escenas de implacable venganza? ¿Son estos terroristas los mismos de siempre?

No; es que aun vive en muchos corazones el germen de rebeldía, el precioso instinto de audacia que hará brotar de la tierra millares de anarquistas con otro nombre, cuando se haya declarado legalmente el predominio de las antiguas instituciones sociales. El movimiento obrero en Rusia precede á las grandes convulsiones que agitarán á la humanidad en la hora del decisivo combate. Unidos los socialistas con los demás amantes de la libertad, fundidos todos los deseos en uno solo, se logrará en poco tiempo reducir y desbaratar al adversario, aunque sea preciso arrebatar de sus manos las armas con que defiende la usurpación y la injusticia.

A la arrogancia de los paladines, cantada en viejos romances y absurdas fábulas, substituye la convicción de la fuerza nacida de la verdad y el derecho. La tradición cede ante los ideales modernos, y los nihilistas de Stepniak ya no hablan ni conspiran, sino que buscan el peligro y matan.

¡Gloria al valor de los humildes!

RAMÓN SEMPAU.

PROEMIO

I

El novelista Turguenef, que ha alcanzado por sus escritos merecida gloria, se hizo inmortal con una sola palabra. A él se debe el término «nihilismo». En un principio se empleó en sentido despreciativo; pero después, por orgullo, lo aceptaron los vituperados, según ocurre muchas veces.

No hablaríamos de esto si no mediase la circunstancia de que en Europa se ha dado el nombre de nihilista no ya al partido así llamado en Rusia, sino á otro que es totalmente diverso.

El verdadero nihilismo fué un movimiento filosófico y literario que floreció en el decenio siguiente á la liberación de los siervos, es decir, entre 1860 y 1870. Hoy se ha extinguido por completo y sólo quedan de él algunos vestigios que desaparecerán rápidamente, pues con la vida febril de estos últimos años en Rusia un decenio puede considerarse como un período de treinta á cincuenta años.

El nihilismo fué una lucha por la emancipación de los hombres inteligentes sometidos á durísimo yugo, y esta lucha coincidió con la manumisión de los trabajadores esclavizados por los patronos.

Puede afirmarse que el principio fundamental del

2

nihilismo propiamente dicho, fué el individualismo absoluto. Equivalía á la negación, en nombre de la libertad individual, de todas las obligaciones impuestas al individuo por la sociedad, la religión y la familia. El nihilismo fué una reacción poderosa y apasionada, no ya contra el despotismo político, sino contra la opresión moral, que pesa sobre la vida íntima y privada del individuo.

Pero debemos confesar que nuestros predecesores, al menos en los primeros tiempos, pusieron en esta lucha, esencialmente pacífica, el mismo espíritu de rebelión y casi el mismo orden que caracterizan el actual movimiento. — Trazaré aquí el carácter general de tales combates, porque fueron el verdadero preludio del gran drama cuyo último acto se desenvuelve en el imperio de la Noche.

La primera batalla se dió en el dominio de la religión; pero el ímpetu fué tal, que apenas iniciada la lucha se alcanzó la victoria, pues no hay país en el mundo donde las clases cultas sean menos religiosas que en Rusia. La última generación fué un poco cristiana por costumbre y un poco atea por su cultura. Y una vez lanzado al asalto el ejército de jóvenes escritores, instruídos en las ciencias y la filosofía positiva, llenos de fuego y de inteligencia, el cristianismo cayó como una vieja barraca cuarteada que está en pie porque nadie la toca.

Para la propaganda materialista se empleaban dos medios que se apoyaban y completaban mutuamente. En primer término se utilizan la imprenta, la traducción y composición de obras que suministran irrefutables argumentos contra todo sistema religioso, contra el libre artificio y el ultramontanismo. Para evitar los zarpazos de la censura, los pasajes demasiado claros se velaban con obscuras palabras, que ponían de relieve la idea á los ojos del lector apasionado y atento.

La propaganda oral, valiéndose de argumentos adu-

cidos por hombres de ciencia, sacaba las consecuencias lógicas de la doctrina y omitía las reticencias impuestas á los escritores. — El ateísmo aparecía como una religión admirable y nueva. Los prosélitos se dirigían á las almas vivas para lavarlas de «la abominación del cristianismo», y extremaban su celo como activos misioneros. — También se recurrió á la imprenta clandestina, por cuyos medios fué traducido el libro de Büchner *Fuerza y Materia*, donde el filósofo alemán arremete briosamente contra la teología cristiana. Este libro, que se distribuyó secretamente y no sin peligro, alcanzó un éxito extraordinario. —Algunos llevaron su diligencia hasta el punto de propagar las nuevas ideas entre los alumnos de las escuelas primarias.

Un día llegó á mis manos una «Carta abierta» de B. Zaizef, redactor del *Russkoie Slovo (La Palabra Rusa)*, que era un periódico muy popular en aquella época. En la referida carta, que debía ser impresa en secreto, el autor, refiriéndose á otro tiempo y á las acusaciones contra los primeros nihilistas por los nihilistas de hoy, dice: «Os juro por lo más sagrado que no éramos, como se cree, unos egoístas. Admito nuestro error; pero teníamos la convicción de que luchábamos por la felicidad humana y todos hubiéramos subido al patíbulo ó hecho los mayores sacrificios por Moleschott ó por Darwin...» Esta frase me hizo sonreir. El lector se sonreirá á su vez, pero era exacta y profundamente sincera. Si hubiera llegado el caso, el mundo habría presenciado tal vez un espectáculo tragicómico: el martirio por sostener que Darwin tiene razón contra Cuvier, como hace dos siglos se vió al sacerdote Abaco y sus discípulos arrostrar la hoguera y la horca para afirmar que debe escribirse «Jesús» con una Y, en vez de dos (Yisus, ortografía griega), y cantar el aleluya tres veces, en lugar de dos, como lo hace la iglesia imperante.

Es característico del espíritu ruso el apasionamiento

exagerado hasta el fanatismo por cosas que únicamente merecerían la escueta aprobación ó censura de un hombre de Occidente.

Pero, en el caso á que nos referimos, sucedió lo contrario. Nadie se tomó la molestia de defender los altares de los dioses. Por fortuna, entre nosotros nunca tuvo el clero el menor influjo espiritual, ya que los sacerdotes están casados, se distraen en asuntos de familia y se distinguen por su crasa ignorancia. ¿Qué podrá hacer el gobierno contra un movimiento puramente intelectual y que no se manifestaba por actos extremos?

Se venció sin esfuerzo ni fatiga y el triunfo ha sido definitivo. Hoy no hay en Rusia ningún hombre instruído que no sea materialista puro y acérrimo; de tal manera, que un contrario de esta doctrina sería un mirlo blanco.

Esta victoria es importantísima. El ateísmo absoluto es la única herencia transmitida íntegra á la nueva generación, y no he de insistir para demostrar cuánto aprovecha al movimiento revolucionario moderno.

Pero el nihilismo declaró la guerra no sólo á la religión, sino á todo lo que no está basado en la razón pura y positiva. Esta plausible tendencia fué exagerada por los nihilistas del 50, que llegaron hasta el absurdo. El arte, como manifestación del idealismo, vióse combatido por los nihilistas, que rechazaban todo lo que excita los sentimientos de lo bello.

En estos combates pusieron su atención y su entusiasmo los antiguos nihilistas. Uno de los *enragés* proclamó el célebre aforismo de que «más vale un zapatero que Rafael de Urbino, porque el primero produce cosas útiles y el segundo no sirve para nada». — Para los nihilistas ortodoxos, la Naturaleza era sencillamente la poseedora de materiales para la química y la tecnología. — No hablaré de otras frases parecidas, porque su sencilla enumeración sería muy larga.

II

Pero hay un punto en el cual el nihilismo prestó grandes servicios á su país, y es la cuestión feminista. El nihilismo decretaba la igualdad del hombre y la mujer y concedía á esta última los mismos derechos que al primero. La intimidad de relaciones sociales en Rusia, donde no hay cafés ni clubs y donde los salones son el único punto de reunión, y quizá aun más, la nueva posición económica de los nobles después de la emancipación de los siervos, lograron que la libertad de la mujer se consiguiera fácilmente y casi por completo.

Se subyuga á las mujeres por medio del amor, y, por lo mismo, es muy lógico que cuando quieren reivindicar sus derechos empiecen por pedir la libertad del amor. Así ocurrió en la antigüedad, en la Francia del siglo XVIII y en los tiempos de Jorge Sand. Lo mismo ha pasado en Rusia.

Sin embargo, entre nosotros, la cuestión de la libertad de la mujer nunca se ha reducido al mezquino derecho de «amor libre», que, en realidad, no es más que el derecho de poder elegir amo. Pronto se comprendió que lo más importante es obtener amplia libertad, dejando al artificio individual la cuestión del amor. Y como no hay libertad sin independencia económica, la lucha cambió de aspecto y se convirtió en pugna para alcanzar el libre ingreso en la enseñanza superior y en las profesiones que ejerce el hombre instruído. La lucha fué larga y obstinada, porque debía eliminarse el obstáculo de nuestra familia bárbara y medioeval. Nuestras mujeres combatieron intrépidamente con la misma pasión que caracteriza las últimas

luchas sociales. Finalmente vencieron las mujeres y aun el gobierno se vió obligado á reconocer el triunfo.

Ningún padre amenaza á su hija con cortarle las trenzas cuando la joven quiere ir á Petersburgo para estudiar medicina ó seguir los cursos superiores de otras ciencias. La mujer, dueña de sus acciones, no se ve obligada á huir de la casa paterna y los nihilistas no han de recurrir al casamiento ficticio para libertarla.

El nihilismo ha vencido en toda la línea. Hoy el nihilista se limita á descansar sobre sus laureles. Dispone de las dos primeras personas de la Trinidad ideal prescrita por la conciencia: *una compañera inteligente y libertad de pensar*. Falta la tercera, que es *una ocupación á gusto;* pero como él es inteligente y Rusia carece de hombres instruídos, la encontrará fácilmente.

—Y ahora ¿qué sucederá?—pregunta un joven entusiasta, que ha llegado de alguna distante provincia para visitar á su viejo maestro.

—Seré feliz—le respondía.

—Sí—replicará el joven,—serás feliz; ya lo veo. Pero ¿cómo puedes ser feliz cuando se mueren de hambre tus compatriotas, cuando el gobierno oprime á los débiles y les obliga á mendigar un pedazo de pan? ¿No lo sabes? Y si lo sabes, ¿qué has hecho por tus hermanos? ¿No me decías hace tiempo que querías combatir por la felicidad del humano linaje?

Y el nihilista modelo, el nihilista de Turguenef se turbará ante la mirada del intransigente, pues ha sentido desvanecerse el entusiasmo y la fe que le animaban en otro tiempo. Ha vencido y ya no es más que un epicúreo inteligente y refinado, cuya sangre circula despacio entre los músculos cubiertos de grasa.

Y el joven se marcha lleno de tristeza y se pregunta á sí mismo: «¿Qué debo hacer?»

Estamos en 1871. Por medio de invenciones maravillosas, que le permiten trasladarse de un lugar á otro con increíble celeridad, y hallarse presente en todas

partes, el hombre presencia el espectáculo de una civilización conmovida por la idea de reivindicar los derechos del pueblo. Sigue palpitante todas las peripecias del drama representado á orillas del Sena. Ve correr la sangre y oye los gritos de mujeres y niños ametrallados al pie de las fortificaciones. ¿Por qué se muere? Por la emancipación del obrero, por la noble idea social.

Y al mismo tiempo llegan á sus oídos las tristes quejas del campesino ruso, en las que están concentrados los padecimientos de largos siglos de opresión. Ve aquella extremada miseria, toda una vida llena de ansiedad, dolor y ultrajes. Ve al campesino debilitado por el hambre, rendido de fatiga, eterno esclavo de las clases privilegiadas, que trabaja sin descanso y sin esperanza de redención, porque el gobierno le mantiene en la ignorancia y nadie cuida de instruirle ni le tiende la mano. ¿Nadie? ¡Eso no! Ahora ya sabe qué hacer. El le tenderá la mano. ¡El le dirá cómo puede emanciparse y ser feliz! Su corazón se apiada de ese desgraciado que sólo sabe lamentarse. Brilla en sus ojos el entusiasmo y pronuncia en lo íntimo de su alma el solemne juramento de consagrar su vida, todas sus fuerzas y todos sus pensamientos á la liberación de aquel pueblo que padece para que él, hijo del privilegio, pueda vivir cómodamente, estudiar, instruirse.

Se quitará el lujoso vestido que le abrasa las carnes, y se pondrá el burdo sayo del campesino, sus groseros zapatos y, abandonando el suntuoso palacio de sus padres, que le oprime como el peso de un delito, irá á confundirse con el pueblo en una provincia lejana, y allí el débil descendiente de un linaje de nobles cumplirá el penoso trabajo del campesino soportando todas las privaciones para predicar la palabra de redención, el evangelio de nuestro siglo: el socialismo. No le importa el furor de los esbirros del gobierno. No teme el destierro ni la deportación ni la muerte. Penetrado

de una idea sublime, clara, espléndida como la luz del sol, desafía todos los padecimientos y arrostrará la muerte con la sonrisa en los labios.

Así nacieron los socialistas revolucionarios de 1872 y 74. Así eran sus precursores de 1866, los desventurados *Karakosovzi*, pequeño núcleo de nobilísimas inteligencias que se desarrollaron al influjo de la Internacional y se extinguieron sin dejar huella de su paso.

Unos y otros representan el movimiento intelectual ruso: los primeros en el decenio de 1860-70 y los segundos desde el 71 hasta nuestros días.

¡Qué contraste!

El nihilista busca á cualquier precio la felicidad para sí, y tiene sus ideales en la vida «racional y realista». El revolucionario trabaja por la felicidad ajena y le sacrifica la propia. Su ideal es una vida de padecimientos coronada por una muerte heroica.

Y, no obstante, el destino ha querido que los primeros, no conocidos fuera de su patria, carecieran de nombre en Europa, y que los segundos, habiendo conquistado una reputación terrible, lleven el nombre de los primeros. ¡Qué ironía!

La propaganda

I

Según hemos visto, el movimiento revolucionario ruso fué resultado de los ejemplos y de las ideas difundidas en Europa occidental y aceptadas con la mayor decisión por los jóvenes rusos allí residentes.

Ahora debo examinar detenidamente las verdaderas causas de aquel resultado y su respectivo origen, como se hace al hablar de un gran río cuyas fuentes y desembocadura se conocen, sin saber su curso preciso ni qué afluentes le dan el caudal de sus aguas.

Es fácil, por lo que á Europa se refiere, determinar su influjo, cuyas vías son sencillas y patentes. No obstante las preocupaciones del gobierno, nunca se ha interrumpido la comunión de ideas entre Rusia y Europa. Los libros prohibidos, como las obras de Proudhón, Fourier, Owen y otros antiguos socialistas, entraban secretamente en Rusia, á pesar del feroz y suspicaz despotismo de Nicolás I.

Pero ya fuese por la dificultad de adquirir estos preciosos libros, ó ya por el lenguaje, que los hacía incomprensibles para el común de los lectores, lo cierto es que no tuvieron decisivo influjo. Pero surgió un ejército de escritores ingeniosos que, inspirándose en las ideas del socialismo, supieron hacerlo accesible á todo el mundo. Al frente de los innovadores estaban

los más brillantes talentos con que puede envanecerse Rusia: Cerniscewsky, profundo pensador, hábil economista, literato, batallador, y cuya noble misión terminó con el martirio, que dura todavía: Dobroluibof, eminente crítico, muerto á los ventiséis años, después de haber conmovido á toda Rusia con sus bellos escritos; Mikailof, profesor y publicista, condenado á presidio por un discurso pronunciado ante sus alumnos, y tantos otros. Hertzen y Ogaref, directores del primer periódico libre en lengua rusa—*Kolokol*, de Londres,—residentes en el extranjero, aportaron su precioso tributo á la generosa obra. Estos fueron los verdaderos apóstoles de la nueva doctrina, que preparaban el terreno para el movimiento actual, educando á la generación de 1870 en las ideas del socialismo.

Con la Commune parisiense, que tuvo eco en el mundo entero, el socialismo ruso entró en su fase de acción y se extendió á las aldeas del imperio. La infausta guerra de Crimea puso de manifiesto la podredumbre del edificio social ruso y la necesidad de restaurarlo; pero semejante empresa, dirigida por un emperador autócrata que quería conservar sus «sacrosantos derechos» y las prerrogativas de los nobles temerosos de la revolución, esta empresa no podía ser más que un fracaso. No la criticaremos con la extensión debida; pero debemos hacer constar que hoy todos los periódicos, incluso la *Gaceta Oficial*, repiten en diversos tonos lo que valió tantos vituperios á los socialistas, es decir: que las reformas de Alejandro II han sido muy deficientes, y que, en realidad, la famosa emancipación de los siervos no hizo más que empeorar su condición económica, por las crecidas indemnizaciones que tuvieron que pagar en cambio de las porciones de tierra recibidas.

La condición mísera y cada vez peor de los campesinos, que forman las nueve décimas partes de la población, preocupó seriamente á todos aquellos que amaban

de veras á su patria. Era preciso mejorar esa condición, y cabe afirmar que los ánimos se hubieran inclinado á los medios legales y pacíficos si después de haber libertado á los campesinos del yugo de sus señores, el emperador Alejandro II hubiera dado á Rusia una constitución cualquiera que la hubiese hecho árbitra de sus destinos, dejándole al menos la esperanza de la libertad más ó menos próxima.—Pero no quiso hacerlo en manera alguna. Ccmo la autocracia conservaba todos sus privilegios, no se podía esperar más que en la buena voluntad del emperador. Y con el andar del tiempo disminuía cada vez más esta esperanza. Las reformas de Alejandro II se redujeron á poca cosa.

La insurrección polaca, sofocada con ferocidad sin ejemplo, fué la señal de una reacción cada vez más severa. No era posible fiar en los medios legales y pacíficos; había que resignarse al mal ó buscar por otros caminos la salvación de la patria. Todos los que sentían latir en su pecho un corazón animoso optaron lógicamente por el último partido.

Por eso, á medida que arreciaba el furor reaccionario, iba en aumento la efervescencia revolucionaria y crecía el número de sociedades secretas en las principales ciudades. El tiro de revólver de Karakosof fué una terrible advertencia para el emperador Alejandro II. Pero no quiso transigir y la reacción redobló su violencia. En pocos meses desapareció todo lo que conservaba vestigios de los primeros años de liberalismo. Fué una verdadera danza macabra, un verdadero terror blanco.

II

Después del 66, era preciso ser hipócrita ó ciego para creer en la posibilidad de cualquier mejora sin emplear medios violentos. El entusiasmo revolucionario creció á ojos vistas y sólo faltaba prender fuego á la

pólvora. Ya he dicho que esto se debió á la Commune de París. Después de los referidos sucesos, á fines del año 71, se formó en Moscou la sociedad de los Dolguschinzi, y el año 72 se organizó en San Petersburgo la importantísima asociación de los Chiaikovzki, que tenía sus ramificaciones en Moscou, Kief, Odesa, Orel y Taganrog. Ambas se dedicaban á la propaganda socialista revolucionaria entre los obreros de las ciudades y los campesinos. No citaré los pequeños núcleos que se formaron con el mismo propósito en las provincias, ni á muchos individuos aislados, que desde entonces se confundieron con el pueblo para instruirle.—Este movimiento espontáneo no era más que el resultado necesario de las condiciones de Rusia, vistas á través del prisma de las ideas socialistas, enaltecidas por Kornizerski y Dobroliubof.

Pero bien pronto se unió á esta corriente nacional otra potentísima que procedía del exterior: la Internacional, que, como es sabido, alcanzó su mayor desarrollo en los años siguientes á la Commune.—Es preciso distinguir dos vías diferentes de transmisión: literaria la primera, y personal é inmediata la segunda. Dos escritores—el gran Miguel Bakunin, el genio de la destrucción, principal fundador de la Internacional anárquica ó federalista, y Pedro Lavrof, eximio publicista y filósofo—prestaron grandes servicios á nuestra causa: el primero como autor de un libro sobre la revolución y el federalismo, exponiendo con claridad y vigor inimitables sus ideas sobre la necesidad de un levantamiento popular inmediato; y el segundo como director de una revista *(Vperiod ¡Adelante!)*, redactada casi toda por él y llena de ingenua doctrina.—Aunque diferían en los procedimientos, por ser Bakunin un apasionado defensor del partido extremo de la Internacional, y Lavrof más bien favorable al partido moderado, los dos escritores proclamaban la revolución como único

medio de mejorar la intolerable condición del pueblo ruso.

También la Internacional influyó directamente en el movimiento ruso.—He de retroceder un punto, porque al llegar aquí el movimiento revolucionario se une con el movimiento individualista del nihilismo propiamente dicho, á que me referí en el proemio.—La lucha por la emancipación de la mujer se confundió con la del derecho á la enseñanza superior, y como no había en Rusia ni colegios ni universidades que aceptasen á las mujeres como estudiantes, resolvieron ir á buscar en lejanos países la ciencia que se les negaba en su patria. La libre Suiza, que á nadie cierra sus fronteras ni sus aulas, fué el país favorito de estas jóvenes, y su Jerusalén la famosa ciudad de Zurich.—De todas partes de Rusia, de las llanuras del plácido Volga, del Cáucaso y de la lejana Siberia, muchachas que apenas habían cumplido diez y seis años, solas, con modestísimo equipaje y poco dinero, partían á desconocidos países en busca del saber á que fiaban la anhelada felicidad.—Al llegar al país de sus ensueños, hallaban no sólo colegios de Medicina, sino también un gran movimiento social que muchas de ellas ni siquiera habían sospechado. Y aquí se hizo patente otra vez la diferencia entre el viejo nihilismo y el socialismo de la generación moderna.

—¿Qué es tu ciencia—se decía la joven,—sino un medio para conquistar un alto puesto en la clase de los privilegiados á que perteneces? ¿Quién, fuera de ti, sacará de ello ventajas? Y si no hay ventajas para los otros, ¿qué diferencia hay entre tú y esas sanguijuelas que viven del sudor y las lágrimas de tu pobre pueblo?

Y la doncella estudiaba la Medicina y asistía á las sesiones de la Internacional, aprendía Economía Política y leía las obras de Marx, de Bakunin, de Proudhón y de todos los fundadores del socialismo europeo. Muy pronto la ciudad de Zurich se convirtió de lugar de

estudio, en inmenso club revolucionario. Su fama se propagó por toda Rusia y atrajo centenares de prosélitos entre hombres y mujeres.—Entonces fué cuando el gobierno imperial, por mera precaución, publicó el infame y torpe *úkase* de 1873, ordenando á todos los rusos, bajo pena de ser puestos fuera de la ley, salir inmediatamente de la terrible ciudad de Zurich.—La juventud tenía el proyecto más ó menos vago de regresar á la patria para hacer allí propaganda internacionalista. Con el *úkase* se logró que en vez de volver separados, en varios años, volvieran en masa ó casi todos. Acogidos cordialmente por sus compañeros, iniciaron en todas partes la más apasionada propaganda internacionalista.

III

A fines del invierno de 1872, en una casita situada en los alrededores de San Petersburgo, un grupo de operarios se reunía en torno del príncipe Pedro Kropotkin, que les explicaba sus ideas sobre el socialismo y la revolución. El riquísimo cosaco Obuchof, enfermo de tisis, hacía lo propio á orillas del Don, en el país donde había nacido. Un nihilista, Leónidas Schiscko, aprendió el oficio de tejedor en una fábrica de San Petersburgo para hacer allí propaganda. Otros dos miembros de la sociedad, Demetrio Rogachef con uno de sus amigos, se fueron á la provincia de Tver, en calidad de leñadores, para hacer propaganda entre los campesinos.—Cuando, en el invierno del 73, por delación de un propietario del distrito, fueron detenidos estos dos últimos, después de escapar, con ayuda de los campesinos, de manos de la policía, llegaron á Moscou para hacer propaganda entre la juventud, y hallaron á dos muchachas que llegaban de Zurich con el mismo objeto.

De este modo las dos corrientes—la nacional y la exterior—convergían dirigiéndose al mismo punto.—Los libros decían: «Sonó la hora de la destrucción del viejo mundo de la burguesía. Un nuevo mundo, basado en la fraternidad de todos los hombres, y del cual estarán proscritas la miseria y las lágrimas, nacerá de las ruinas del viejo. ¡Manos á la obra! ¡A la revolución, que es el único medio de realizar tan hermoso ideal!»

Los hombres y las mujeres procedentes del extranjero inflamaban las imaginaciones con el relato de las grandes luchas emprendidas por el proletariado de Occidente, por la Internacional y sus fundadores, por la Commune y sus mártires, y junto con los nuevos prosélitos se preparaban para unirse al pueblo y poner en práctica sus ideales. Unos y otros se dirigían ansiosamente á los propagandistas, entonces poco numerosos, para preguntarles quién era aquel potente y misterioso ser—el pueblo—que sus padres les enseñaban á temer y que ellos amaban ya con toda su alma antes de conocerlo.

Y los propagandistas, llenos de júbilo, les decían que aquel pueblo terrible era bueno, sencillo, confiado como un niño; que no sólo no desconfiaba de ellos, sino que los recibía cariñosamente y escuchaba sus palabras con viva simpatía; que jóvenes y viejos, después de larga jornada de trabajo, se reunían para oirles en humilde morada, á la incierta luz de una tea que les servía de lámpara; que allí hablaban de socialismo ó leían uno de los contados libros que habían traído consigo; que las asambleas comunales se interrumpían cuando los propagandistas llegaban á una aldea, pues, para oirles, los campesinos abandonaban sus reuniones. —Después de haber pintado los procedimientos de aquel desgraciado pueblo, vistos con sus propios ojos, referían menudos hechos y señales, exageradas sin duda, que demostraban que el pueblo no se hallaba tan aba-

tido como parecía y que había indicios de una tempestad próxima.

Estos gallardos y repetidos esfuerzos, dirigidos al carácter impresionable y entusiasta de la juventud rusa, determinaron aquel vastísimo movimiento del 73-74, que inauguró la nueva era revolucionaria rusa.

Jamás se había visto cosa igual. Era una revelación más bien que una obra de propaganda. En un principio cabía designar el libro ó el individuo que había decidido á tales ó cuales personas á unirse al movimiento. Pero, transcurrido algún tiempo, fué imposible puntualizar los hechos. Era un poderoso grito que salía no se sabe de dónde, y que unía los corazones para la hermosa obra de la redención de la patria y del linaje humano. Y al oir este grito los hombres generosos olvidaban el pasado y, abandonando su hogar, sus riquezas, sus honores y su familia, se lanzaban al combate con la alegría, el ardimiento y la fe que sólo sienten una vez en la vida, y que una vez perdidos ya no se recobran.

No hablaré de los jóvenes y muchachas pertenecientes á las familias más aristocráticas, los cuales trabajaban por espacio de quince horas al día en las fábricas, los despachos y el campo: la juventud siempre es generosa y está dispuesta al sacrificio. El hecho característico es que el contagio se comunicó á la gente serena, que tenía un porvenir bien trazado y una posición conquistada con grandes esfuerzos: jueces, médicos, militares y empleados. Y éstos no fueron los últimos por su ardor.

No era ya un movimiento político. Se asemejaba más bien á un movimiento religioso del que tenía todo el carácter y la tendencia. No se trataba solamente de alcanzar determinado fin práctico, sino también de cumplir un deber, una aspiración á la perfección moral.

Pero como un precioso vaso de Sèvres destrozado por la caída de un cuerpo pesado, así se quebró aquel noble movimiento al contacto de la realidad.

Y no fué porque los campesinos rusos se mostrasen insensibles ú hostiles al socialismo: al contrario. Para un campesino ruso que tiene su vieja *obschina* (municipio rural) con la propiedad colectiva de la tierra, y su *mir* ó *gromada* (asamblea comunal que rige los negocios locales), las ideas del colectivismo científico y del federalismo no eran más que una deducción lógica y natural de instituciones á las cuales estaba acostumbrado hacía siglos. Y, en efecto, no había país en el mundo donde los campesinos estuvieran más dispuestos que en Rusia á aceptar las ideas del socialismo federativo. Algunos de nuestros viejos socialistas, como, por ejemplo, Bakunin, niegan hasta la necesidad de propaganda socialista entre los campesinos rusos, diciendo que poseen ya todos los elementos fundamentales del derecho y que, por lo mismo, llamados á una revolución inmediata, no podrían realizar una revolución social. Sin embargo, para una revolución se quiere una organización poderosa, que sólo puede formarse con la propaganda, ya sea socialista, ya puramente revolucionaria. No pudiendo hacerla abiertamente, era menester dirigirse á la propaganda clandestina, imposible en nuestras aldeas.

En primer lugar, los que se establecen allí, ya en calidad de artesanos, ya como maestros ó secretarios, son vigilados de cerca. Se les acecha y espía fácilmente como á ruiseñores encerrados en jaula de cristal.

Y luego que el campesino es incapaz de guardar el secreto de la propaganda. ¿Cómo queréis que no se refiera á un vecino, á quien se conoce hace tantos años, un hecho tan extraordinario como la lectura de un libro, en especial cuando se trata de una cosa que le parece justa, buena y natural, explicada por un socialista? Así que cuando un propagandista se dirige á uno de sus amigos, corre en seguida la voz por toda la aldea y media hora después la casita está llena de campesinos barbudos que corren á oirle, sin tomarse la molestia de

prevenir al recién llegado ó á su huésped. Cuando la casita es demasiado pequeña para tanta gente, se le conduce á la casa comunal ó á la calle, donde lee sus libros ó pronuncia sus discursos bajo la bóveda del cielo.

Es evidente que en tales condiciones el gobierno debía enterarse bien pronto de la propaganda que se hacía entre los campesinos. Las detenciones fueron cada día más numerosas. Una circular oficial declaró que estaban infestadas de la epidemia socialista treinta y siete provincias. Nunca se supo el número total de las prisiones. En un solo proceso, el de los 193, que duró cuatro años, el número de detenidos se elevó á más de un millar.

Pero otros grupos bajaban atrevidamente á la arena tan pronto como parecían ceder los primeros. El movimiento duró dos años con intensidad variable. Y, finalmente, fué preciso reconocer que aquello era como querer abrir con las manos brecha en una muralla.

En 1875, el movimiento cambió de aspecto: desistióse de la propaganda dirigida á las masas y, en lugar de la primitiva táctica, se adoptó la llamada *colonización (poselenia)*—es decir, la agrupación de un núcleo de propagandistas en determinada provincia, ó, mejor dicho, en un distrito.

Para evitar los escollos en que tropezó el movimiento de los años precedentes, los colonos procedían con gran cautela, cuidando especialmente de no despertar sospechas y dirigirse tan sólo á los campesinos, como gente avisada y previsora. Las colonias, que corrían menos riesgo de ser descubiertas, persistieron con diversa fortuna por espacio de algunos años, y, en parte, duran todavía. Pero en rigor no podrán hacer gran cosa, teniendo en cuenta lo vasto del territorio ruso y la necesidad de limitar la propaganda á los países escogidos.

IV

En 1877 y 1878 se vieron numerosos procesos que marcaron el fin de aquel primer período de actividad revolucionaria en Rusia.

Deseoso de imitar al segundo imperio francés, que se había servido admirablemente del espectro rojo, el gobierno ruso ordenó que el primer gran proceso—el de los *Cincuenta*, de Moscou—fuese público, esperando que, atemorizada la burguesía, se agruparía alrededor del trono, abandonando sus recientes tendencias liberales.

Pero sucedió que los mismos á quienes se debía considerar como enemigos de los revolucionarios quedaron maravillados al presenciar aquel gran sacrificio.

—¡Son santos!—Tal era la palabra que salía de labios de los que habían presenciado aquel acto memorable.

El proceso monstruo de los 193 no hizo más que confirmar esta opinión.

Y en efecto, todo lo que hay de noble y sublime en la naturaleza humana, parecía concentrado en aquella juventud generosa. Entusiasmada, subyugada por sus grandes ideas, quería sacrificar no sólo la vida, el porvenir y la posición social, sino hasta el alma. Trataba de purificarse de todas las preocupaciones, de todos los afectos personales para dedicarse única y exclusivamente á sus ideales.—El sacrificio quedó erigido en dogma. Y durante muchos años prevaleció en la juventud el ascetismo absoluto. Los propagandistas no querían nada para sí y personificaban la abnegación más pura.

Pero aquellos hombres eran sobrado románticos para los combates que se avecinaban. El tipo del propa-

gandista en los primeros años del decenio era más religioso que revolucionario. Su fe era el socialismo y su Dios el pueblo.—A pesar de todos los obstáculos, creía firmemente que la revolución debía estallar de un momento á otro, como en la Edad media se creía en la proximidad del día del juicio. La implacable realidad le hirió en su fe y en su entusiasmo, mostrándole á su Dios tal como era y no como él lo soñaba. Estaba más dispuesto que nunca al sacrificio; pero carecía del ímpetu y de las pasiones de la lucha. Después de los primeros desengaños, no esperaba la victoria y ambicionaba más bien la corona de espinas que la de laurel. Iba al martirio con la serenidad de un antiguo cristiano y lo sufría todo resignado y hasta lleno de voluptuosidad, porque sufría por su fe. Era todo amor y no sabía odiar á nadie, ni aun á sus verdugos.

Tal era el propagandista del 72-75. Sus ideales no le hacían apto para la inminente y reñida batalla, y no pudiendo transformarse, debía desaparecer forzosamente.

Otros se disponían á substituirle. En el horizonte se dibujaba una figura iluminada por una claridad siniestra, y que con frente altiva, con mirada llena de odio y furor salía de entre la multitud asustada para pasar á la escena de la historia.

Era el terrorista.

El terrorismo

I

Los años 1876 y 1877 fueron los más sombríos para los socialistas rusos. Costó inmensos y terribles sacrificios el movimiento propagandista. Una generación entera fué segada por el despotismo, presa de miedo y rabia. Las prisiones estaban atestadas de propagandistas y, como no bastaban las antiguas, hubo necesidad de construir otras nuevas. ¿Y el fruto de tantos sacrificios? ¡Ah, cuán mezquino era comparado con la magnitud del esfuerzo!

¿Qué podían hacer los contados obreros y campesinos amantes de las nuevas ideas? ¿Qué cabía esperar de las «colonias» esparcidas por el imperio?

El pasado era triste; el porvenir, incierto y tenebroso. Pero, á pesar de todo, persistía el movimiento. Las almas, encendidas en amor, buscaban otra vía para llegar al mismo objeto.

Pero era difícil encontrarla en aquella época. El trabajo, largo y difícil, ocasionó muchas víctimas, porque era como buscar la salida en un obscuro subterráneo lleno de trampas y precipicios, donde cada paso cuesta una vida y donde los gritos de los hermanos que caen son para los sobrevivientes la única indicación del camino.

El movimiento propagandista era una sublime prueba del poder del Verbo. Por una reacción natural se buscó el camino opuesto—el del Hecho.

—No hemos triunfado porque éramos unos parlanchines incapaces de cualquier obra seria.

Tal fué la acerba censura que á sí mismos se dirigían los sobrevivientes del gran movimiento, frente á la nueva generación revolucionaria que vino á ocupar el puesto de la precedente, y el grito de «¡A la acción!», fué más general que lo había sido años antes la aspiración de confundirse con el pueblo.

Pero ¿cuáles eran las acciones que debían cumplirse?

Impulsados por su generoso deseo de sacrificios, los revolucionarios trataron, ante todo, de organizar una sublevación en el pueblo. Desde el 75 se constituyeron las primeras sociedades de los llamados *Kuntari* (rabiosos) de Kief, Odessa y Karkof, con el firme objeto de promover una sublevación inmediata. Pero las revoluciones y hasta los tumultos populares nacen espontáneamente y no se dejan cocinar como un pastel. Una sola tentativa—la de Estefanovitch,—basada hábilmente en las agitaciones y las aspiraciones locales, logró éxito relativo. Las otras ni aun tuvieron esta fortuna, pues fueron descubiertas y deshechas antes de que se realizaran los propósitos de los conspiradores.

En las ciudades se manifestó la misma tendencia en otra forma: los revolucionarios realizaron sus primeras tentativas para luchar contra el ejército.

Los años 76-77 y los primeros meses del 78 se distinguieron por un período de manifestaciones más ó menos enérgicas, como los funerales de Chernischef y Padlewsky, la demostración de la plaza de Kazan, que tuvo un fin trágico, y al fin la de Odessa, el día de la condena de Kovalsky, con una verdadera batalla con muertos y heridos por ambas partes y algunos centenares de detenidos.

Era indudable que por este camino no se podía avanzar un solo paso. La desproporción entre las fuerzas materiales que están á disposición del partido revolucionario y las del gobierno, era demasiado grande para que estas demostraciones alcanzaran el éxito apetecido y diesen otro resultado que un voluntario sacrificio de la juventud en aras del Moloch imperial.—Una revolución ó un motín importante á estilo parisiense es imposible entre nosotros.—Nuestras ciudades no constituyen más que el décimo de la población, y la mayor parte no son más que aldeas, distantes muchos centenares de kilómetros una de otra. Las verdaderas ciudades, es decir, las de diez ó quince mil habitantes, no forman más que el cuatro ó cinco por ciento de toda la población, en junto, tres ó cuatro millones. Y el gobierno que tiene á sus órdenes el contingente militar de todo el pueblo—es decir, un millón doscientos mil soldados,—puede transformar las cinco ó seis ciudades principales y más temibles en verdaderos campamentos militares.

Esta consideración debe tenerse en cuenta para comprender las causas de lo que sucedió después.

Se desistió de las manifestaciones en la calle y ya no se celebró ninguna á partir del año 1878.

Pero aquel período señaló un cambio notable en el tipo revolucionario, que dejó de ser lo que era cinco años antes. No se había distinguido por ningún acto de audacia, pero, á fuerza de pensar siempre en lo mismo, á fuerza de repetir que las balas valen más que los argumentos, á fuerza de concebir proyectos extraordinarios, modificó su temperamento y fué hombre. Por su parte, el gobierno hacía todo lo posible para excitar los ánimos y disponerlos á la rebeldía.

Bastaba la más leve sospecha para llevar á un hombre á la cárcel. Unas señas, una carta encontrada en poder de un amigo, una palabra oída á un muchacho de doce años que no sabía lo que decía, eran suficientes

para arrojar al sospechoso á la cárcel, donde languidecía años y años sometido á todas las crueldades del sistema celular ruso. Para dar idea de esto bastará decir que durante la instrucción del proceso de los 193, que duró cuatro años, el número de suicidas, dementes y muertos se elevó á *setenta y cinco.*

Las sentencias del tribunal especial, que era sólo un dócil instrumento en manos del gobierno, revelaban una severidad increíble. Se imponían diez, doce ó quince años de presidio por dos ó tres discursos pronunciados ante corto número de obreros ó por un libro leído ó prestado.—Aquello que se hace libremente en todos los países de Europa, se castigaba entre nosotros como un homicidio.

Pero no satisfecho con estas atrocidades el gobierno, agravaba todavía, por medio de órdenes secretas, los padecimientos de los socialistas, hasta el punto de que en la prisión central de Karkof, llamada «Casa de los Horrores», se amotinaron varias veces los presos políticos, que deseaban ser equiparados á los detenidos por delitos comunes. ¡Tan mísera era su condición! Y de vez en cuando, por conductos que sólo sabe encontrar un preso, llegaba desde aquellos calabozos una carta escrita en un pedazo de papel, en la que señalaban las injurias infames, las inútiles crueldades que los carceleros realizaban para complacer á sus superiores.—Estas cartas iban de mano en mano y las noticias pasaban de boca en boca, haciendo verter lágrimas de dolor y de rabia y suscitando en los ánimos más serenos pensamientos de sangre, de odio y de venganza.

II

Los primeros hechos de armas empezaron un año antes de que el terrorismo se erigiese en sistema. Fueron casos aislados, sin alcance político, pero que de-

mostraban claramente que los esfuerzos del gobierno daban sus frutos y que la miel del socialismo se convertía poco á poco en hiel de odio.—Nacidos de resentimientos personales, tuvieron por objeto á los enemigos inmediatos—los soplones,—y en diversas partes de Rusia perecieron media docena de ellos.

Evidentemente las cosas no podían parar aquí; si se perdía el tiempo matando á un vil espía, ¿cómo dejar vivir impunemente al gendarme que lo envía ó al procurador que de las delaciones del soplón toma pretexto para encarcelar á inocentes? ¿Por qué perdonar al jefe de los gendarmes, que es el verdadero responsable de los crímenes cometidos? La lógica de la vida debía obligar á los revolucionarios á subir lentamente esa escala, y no cabía dudar que la subirían, porque se podrá negar á los rusos todas las cualidades que se quiera, menos la lógica. El hecho de no detenerse frente á las consecuencias prácticas del raciocinio, es una de las particularidades más notables del carácter ruso.

De improviso surgió un acontecimiento de extraordinaria importancia que dió al movimiento más gallardo impulso, y lo que habría tardado muchos años en ocurrir, sucedió en un solo día.

El 24 de enero de 1878, Vera Zassulich disparó un tiro contra el general Trepof.—Dos meses después fué absuelta por el Jurado.

No explicaré el hecho ni daré minuciosa cuenta de lo ocurrido durante el proceso. Todo el mundo está enterado de tales sucesos, y aun ahora, cuando han transcurrido más de cuatro años, todos recuerdan el sentimiento de admiración que invadió los corazones sin diferencia de partidos ó clases. Es fácil imaginar lo que debió pasar en Rusia.

Vera Zassulich no era terrorista, sino más bien el ángel de la venganza. Era una víctima que se ofrecía voluntariamente al sacrificio para lavar de una ofensa

el honor del partido.—Y, no obstante, es indudable que, si todos los que se han distinguido por su crueldad debiesen temer á una Zassulich, podrían dormir tranquilos.

De todas maneras, aquel suceso dió poderoso impulso al terrorismo, iluminándolo con una aureola divina y dándole la sanción del sacrificio y la de la opinión pública.

La absolución de Vera Zassulich equivalía á un fallo contra todo el sistema arbitrario y á levantar la mano vengadora contra los esbirros. Y la prensa y el público estuvieron unánimes en confirmar la sentencia de los jurados.

¿Y cómo acogió el gobierno los votos de la nación?

El emperador Alejandro II fué personalmente á visitar á Trepof, cubierto de ignominia, y mandó buscar por toda la ciudad á Vera para que la llevasen nuevamente á la cárcel.

No se podía demostrar más ostensiblemente el desprecio á la justicia y al sentimiento público, y el descontento creció, porque al resquemor de la ofensa se añadía aún el dolor del desengaño.

Debiera detenerme aquí para analizar el movimiento puramente liberal que germinaba en las clases cultas y privilegiadas del Imperio, desde el entronizamiento de Alejandro. No pudiéndolo hacer ni aun brevemente, diré tan sólo que lo que le imprimió mayor actividad fué la guerra contra Turquía, así por haber evidenciado, igual que la guerra de Crimea, todas las vergonzosas llagas de nuestro sistema social, como por las esperanzas que hizo concebir respecto á la reorganización del Estado, especialmente después de la Constitución que Alejandro II concedió á Bulgaria.

El regreso del emperador á su capital coincidió con la absolución de Vera Zassulich...

Los liberales se llamaron á engaño. Y entonces fué cuando, desesperados, se dirigieron al único partido que

luchaba contra el despotismo: el partido socialista. Las primeras tentativas de unión de ambos bandos datan del año 1878.

III

Por su parte, el gobierno parecía obstinado en exasperar no sólo á los liberales, sino también á los revolucionarios. Obedeciendo á viles propósitos de venganza, redobló su crueldad contra los socialistas que tenía en su poder.—El emperador llegó al extremo de anular un decreto del Senado que, como medida general, absolvía á la mayor parte de los complicados en el proceso de los 193.

¿Qué gobierno era aquel que, descaradamente, se dirigía contra todas las leyes del país y que no quería apoyarse ni en la nación ni en una clase determinada, ni en una ley que era obra suya? ¿Qué representaba más que la fuerza bruta?

Todo era lícito contra semejante gobierno. No representaba las aspiraciones de la nación y ni siquiera de la mayoría; era una oligarquía orgullosa y fuerte. Por eso los ciudadanos no debían respetarla, como no se tolera á unos malandrines que, prevaliéndose de su fuerza, tratan de robar á pacífico viandante.

Pero ¿cómo librarse de una pandilla atrincherada detrás de un bosque de bayonetas? ¿Y cómo librar de ella á la patria?

Como era absolutamente imposible derribar por la fuerza aquel muro, como se había hecho en países más afortunados que el nuestro, era preciso atacar de flanco para lanzarse sobre la pandilla sin que ésta pudiera valerse de la fuerza desde su posición inexpugnable.

Así nació el terrorismo. Concebido en el odio, robustecido por el amor á la patria y la esperanza, creció en una atmósfera eléctrica impregnada del entusiasmo despertado por un acto heroico.

El 16 de agosto de 1878, es decir, cinco meses después de la absolución de Vera Zassulich, el terrorismo lanzó audazmente su guante á la faz del autócrata, matando al jefe de la gendarmería y de todos los pícaros, general Mesentzef.

Desde aquel día avanzó á pasos de gigante, conquistando fuerza y terreno para terminar en una lucha implacable contra el hombre que personificaba el despotismo.

No contaré sus proezas, que están grabadas con caracteres de fuego en los fastos de la historia.

Tres veces lucharon cuerpo á cuerpo los adversarios, y tres veces, por querer de los hados, quedó vencido el terrorista. Pero después de la derrota se alzaba más amenazador y potente que antes de empezar la lucha. A la tentativa de Solovief sucedió la de Hartman, seguida de la espantosa explosión del Palacio de Invierno, que parecía sobrepujar todo lo que la imaginación tiene de más diabólico. Pero fué mayor la del 13 de marzo. Nuevamente los adversarios vinieron á las manos, y esta vez el omnipotente emperador cayó sin vida.

El terrorista ha vencido á costa de grandes sacrificios. En medio de un pueblo arrodillado, él solo levanta la cabeza, herida por el rayo, pero jamás humillada...

* * *

Es bello, irresistiblemente fascinador, porque reune las dos grandes cualidades de la grandeza humana: el heroísmo y el martirio.

Y es un mártir, porque desde el día en que se juró á sí mismo dar la libertad al pueblo y á la patria, sabe que está consagrado á la muerte. La arrostra á cada paso en su aventurera vida. Va á buscarla impávido,

cuando es preciso, y sabe morir sin miedo, no ya como un antiguo cristiano, sino como un guerrero acostumbrado á contemplar la muerte cara á cara.

No tiene nada de religioso en su temperamento. Es un luchador todo músculos y sangre que no se parece en nada al idealista soñador del siglo precedente. Es hombre maduro, y con los años ha sentido desvanecerse los sueños irrealizables de su juventud. Profesa ideas francamente socialistas, pero comprende que para una revolución se requiere un largo trabajo preparatorio que no puede hacerse antes de conquistar la libertad política. Por eso, humilde y resuelto, se decide á concretar un programa, sin perjuicio de ampliarlo más tarde. Actualmente no pretende más que abatir el aborrecido despotismo y dar á su patria todo lo que poseen los pueblos cristianos: la libertad política, á fin de que pueda encaminarse á su redención con seguro paso. La fuerza de ánimo, la energía indómita y el espíritu de sacrificio que ponía en sus ensueños el antiguo propagandista, los despliega el revolucionario en la grandeza de su misión y en las ardientes pasiones que le alientan para la lucha vertiginosa, inaudita y embriagadora.

¡Qué espectáculo! ¿Cuándo se había visto cosa igual?... Solo, obscuro, pobre, se erige en defensor de la humanidad ultrajada y del derecho hollado, ha desafiado las iras del imperio más poderoso del mundo, y durante muchos años ha tenido en jaque sus grandes fuerzas.

Soberbio como Satanás rebelde á su Amo, ha opuesto su voluntad á la del hombre que, en medio de una nación de esclavos, se atribuía el derecho de «querer». Pero ¡cuán diferente es ese amo del viejo Jehová mosaico! ¡Cómo se retuerce bajo los atrevidos golpes del terrorista! ¡Cómo se esconde, cómo tiembla! Es verdad que está aún en pie, y el rayo lanzado por mano trémula tiembla á menudo; pero cuando toca, mata. Pero

él es inmortal. Caen sus miembros, que maravillosamente se renuevan por sí mismos, y él permanece erguido, preparado para otras batallas y siempre dispuesto á lograr la libertad de su patria. Y he aquí que se le ve vacilar, perder la cabeza y adoptar insensatas resoluciones que no harán más que acelerar su caída.

Esta lucha apasionada, esta misión grandiosa y esta certidumbre de la próxima victoria le dan aquel entusiasmo frío y calculado, aquella energía sobrehumana que asombra al mundo. Si la Naturaleza le ha dado un carácter capaz de ardimiento generoso, será un héroe; si su temple es fuerte, este temple será de hierro, y si ya es de hierro, se tornará de diamante.

* * *

Tiene una energía sin límites. No es todo abnegación como su predecesor. No tiene ni busca aquel perfume de belleza moral que hacía del propagandista un ser extraordinario, y su mirada no indica éxtasis, sino que está siempre fija en el enemigo odiado. Es el tipo de la fuerza individual, resistente á cualquier yugo.

Combate no sólo por el pueblo á fin de hacerle árbitro de sus destinos, no sólo por toda la nación que perece, sino también por cuenta propia: por sus amigos, por aquellos á quienes ama con todo el entusiasmo de su corazón, por sus compañeros que gimen en las celdas de la prisión central y que imploran su ayuda. Lucha también por sí mismo. Ha jurado ser libre y lo será á toda costa.—No inclina su cabeza ante ningún ídolo. Ha consagrado su brazo poderoso á la causa del pueblo. Pero ya no le deifica. Y si el pueblo, mal aconsejado, le dice: «¡Sé esclavo!», le gritará: «No», y seguirá adelante desafiando su furor y sus imprecaciones, seguro de que se hará justicia á sus manes.

Tal es el terrorista.

PERFILES DE REVOLUCIONARIOS

Perfiles de revolucionarios

He referido brevemente la historia del movimiento revolucionario del último decenio de 1871 á 1881. Cúmpleme ahora penetrar en la vida íntima de la Rusia terrorista y de aquellos hombres tenaces que han hecho temblar al autócrata ante quien todos tiemblan. Quisiera mostrarlos tales como son, sin exageraciones y sin falsa modestia. Sé bien que para trazar el retrato de Sofía Perovskaia, de Vera Zassulich, de Demetrio Lisobug y tantos otros, se requiere una pluma mejor que la mía. Lo digo no ya por fingida humildad, sino por la admiración infinita que me inspiran y que les rendiría cualquiera que les hubiese conocido. Suplico al lector que sufra mis defectos, llenando con colores de vida las líneas áridas y geométricas que voy á trazar. Por lo que á mí toca, no tengo más pretensión que la de ser verídico. He de advertir á los aficionados á historias sensacionales que sufrirán una gran decepción, porque en la vida real todo es mucho más sencillo de lo que pudiera creerse.

Entiéndase que no haré «revelación» alguna. No contaré más que lo que pueda contarse, limitándome á los hechos y á los hombres conocidos, repetidos muchas veces hasta por los periódicos.

No hay que buscar significado político ni en el orden de exposición ni en la elección de personajes. Ha-

blaré sólo de aquellos á quienes he conocido *personalmente*—y eso basta para demostrar que elijo á la ventura, pues en un movimiento tan vasto y en país tan grande como el nuestro, no se puede tener más que un limitado círculo de amigos.—En cuanto al orden de exposición, no me he limitado ni á la importancia que tuvo el movimiento, ni á la relativa celebridad de los individuos. Por eso no empiezo hablando de Sofía Perovskaia, de Vera Zassulich ni de Pedro Kropotkin. Como verán mis lectores, he procurado en mis retratos hacer resaltar claramente, en contraste con las figuras, el carácter general del partido. He buscado para mi relato la forma, tal vez un poco frívola, del asunto en que me ocupo, es decir, la de los recuerdos personales, como la más apta para conservar ciertas particularidades de color local, que si bien insignificantes por sí mismas, en su conjunto contribuyen á dar una idea de la vida original de la Rusia revolucionaria, propósito que es, á mi juicio, el principal, por no decir el único..

Todo esto lo digo no ya dirigiéndome á la policía rusa, que lo conoce perfectamente, sino para ti, buen lector, á fin de que cuando leas estas líneas no pueda entristecer tu corazón generoso la idea de que tal vez un día podrías ser causa de tortura de un ser humano en los obscuros calabozos de la fortaleza de Pedro y Pablo.—Y después de este largo proemio, permite que te presente á mi primer campeón y amigo queridísimo, Jacobo Estefanovich.

JACOBO ESTEFANOVICH

I

En verano del 1877, el distrito de Chiguirino estaba revuelto.

Los gendarmes corrían de una parte á otra como alma que lleva el diablo; los «stanovich» y el «ispravnik» no se daban punto de reposo. El propio gobernador acudió al lugar del suceso.—¿De qué se trata?—La policía instruída por algunos sacerdotes que, abusando del secreto de la confesión, se habían convertido en delatores, tuvo noticia de que entre los campesinos se había fraguado una terrible conjura, á cuya cabeza figuraban los nihilistas, gente osada, capaces de todo. Pero no había medio de penetrar mejor los secretos de la conjura, porque los campesinos, sabedores de que se les había traicionado, tomaron la resolución de no volver á confesarse.—Entretanto no había tiempo que perder. La conjura se extendía cada vez más, según lo revelaban síntomas claros y alarmantes. Para no descubrirse á sí mismos en estado de embriaguez, los conjurados se abstenían de beber aguardiente, y en los municipios donde estaban en mayoría decidieron cerrar los *kabaki*, es decir, las tabernas donde se vende aguardiente, la única bebida espirituosa usada por el pueblo.—Era un dato infalible para reconocer los progresos del movimiento, y, no obstante, cada vez era más dificíl descubrirlo y detenerlo.—Se practicaban pesquisas de todos géneros, se encarcelaba á centenares de personas, pero no se descubría nada.

Los campesinos no chistaban y ni aun el castigo les hacía despegar los labios. Era inminente una rebelión á mano armada. Súpose que los conjurados fabricaban en secreto picas—como los *sansculotte* de París—y que compraban segures y cuchillos. El *ispravnik* mandó instalar adrede una feria de hachas y cuchillos, para ver quién los compraría. Pero los conjurados adivinaron su intento y nadie se acercó á los puestos de venta.

Los policías estaban desesperados y no sabían á qué atenerse. Pero he aquí que una noche llegó á casa del *ispravnik* el dueño de uno de los *kabaki*, Konograi, y le declaró que había llegado á su establecimiento un campesino llamado Pridkodko, que, rendido de fatiga, había bebido un vaso de aguardiente que le embriagó, pues no había comido durante el día. Hallándose borracho, había gritado que en breve todo se iría á rodar, que había jurado ya y que había visto unos «papeles». Era indudable que el aldeano tomaba parte en el complot, y Konograi concibió entonces el plan de asociarse, por medio de Prikodko, á los planes de los rebeldes. Pero se requería un previo juramento y quería que el *ispravnik* le autorizase para prestarlo.—Este último no cabía en sí de gozo. Le autorizó á prestar todos los juramentos del mundo, le alentó y prometió tierras y dinero. Poco después, Konograi prestó el juramento y Prikodko le mostró los «papeles», que indicaban el plan de la conjura.

Después de leerlos, Konograi se dirigió á su huésped y le dijo bruscamente:

—Oye, compadre; conoces los nombres y todo lo demás. Ahora escoge: ó vamos juntos á casa del *ispravnik* con estos papeles, y te perdonarán y te darán todo el dinero que desees, ó eres hombre perdido, porque estos papeles puedo llevarlos yo solo.

Puesto entre la espada y la pared, el miserable, en vez de matar á Konograi, optó por traicionar á sus hermanos.

No lo sabía todo, pero su delación bastó para aniquilar á los conjurados. Al poco tiempo la policía estaba enterada del complot y conocía á los comprometidos, desde el primero al último.

Era un negocio peligroso. El número de los afiliados ascendía á unos tres mil y se extendía por diversas provincias; estaban organizados militarmente; la señal de la insurrección y de la guerra civil debía darse en breve, en una fiesta popular. Este maravilloso edificio fué construído en menos de ocho meses y fué obra de un solo hombre. Y este hombre se llamaba Jacobo Estefanovich y había concebido un plan de un atrevimiento sin límites. Se hallaba fundado no sólo en las aspiraciones, sino también en los prejuicios del pueblo, al cual conocía á fondo, pues había pasado toda su juventud en medio de humildes campesinos. Su partido no le aprobó en absoluto y le abandonó en la hora decisiva.

Falló el intento. Poseedor de pruebas fehacientes, el gobierno detuvo á más de mil personas, y entre ellas á los jefes. Los demás huyeron. Algún tiempo después fué detenido Jacobo Estefanovich, cuando se dirigía á una reunión de los conjurados en compañía de su amigo Leo Duc. Pocos días antes había sido detenido el cajista que compusiera el «plan» y las «proclamas», Juan Bokhanovsky.

Pasaron meses en la cárcel de Kief y no tengo necesidad de decir si estarían bien vigilados.—Su proceso debía tener lugar en verano de 1878.

II

Pasé aquel verano en San Petersburgo. Muy á menudo visitaba á la señora X, distinguida pintora, que militaba en nuestro partido. No tenía que hacer allí gran cosa, pues la señora X, aun cuando prestaba á la

causa común importantes servicios, ocupábase principalmente en asuntos que no eran de mi incumbencia. Pero no había medio de resistir al encanto de su persona, elegante y artística, y á su conversación ingeniosa y llena de imágenes. Y no era yo el único de los ilegales que cometían aquel menudo pecado.

Así, pues, yo iba á su casa. Un día llegué más temprano que de costumbre, y como la señora no estaba allí, resolví esperarla. Poco después vino la señora R***, que era muy amiga de los entusiastas de Kief, y á quien yo conocía un poco. Empezamos á charlar y así pasó media hora. De improviso sonó fuertemente la campanilla de la antesala. No podía ser la dueña, cuyo modo de llamar nos era bien conocido; tampoco se trataba de uno de los nuestros, porque todos nuestros amigos tenían una seña particular para anunciarnos su llegada. Sin duda era un agente de la autoridad. —Al fin vimos que era un ordenanza de telégrafos. El despacho venía dirigido á la señora X, pero la señora R*** lo abrió, cosa que no extrañé, porque conocía la amistad que las unía.

Pero he aquí que después de leer el telegrama empezó á batir palmas y dió otras señales de marcado regocijo.

Quedé como aturdido, porque conocía bien el carácter poco expansivo de aquella señora.

—¿Qué es?—pregunté.

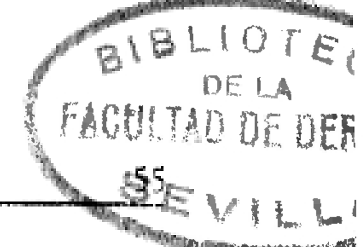
—¡Mira, mira!—gritó enseñándome el telegrama.

Lo leí. Vi las señas y luego estas cuatro palabras: *Nació niño varón. Alegraos.* Y seguía la firma y nada más.

—¿Le gustan á usted mucho los niños—pregunté,—ó lo celebra por la madre?

—¡Pero qué madre ni qué niños!—exclamó la señora R***, agitando la mano.—¡Han escapado de la cárcel!

—¿Quién? ¿Dónde ha sido? ¿Cómo?



—¡Son ellos! ¡Estefanovich, Duc y Bokhanovsky! ¡Los de Kief!

—¡Los tres!

—¡Todos, todos!

Entonces empecé, alborozado también, á batir palmas.

Algunos días después llegó una carta que anunciaba la próxima llegada de Estefanovich y Duc á San Petersburgo.—Yo deseaba ardientemente trabar conocimiento con nuestros valerosos amigos, y especialmente con Estefanovich, á quien varias veces me había dirigido para tratar de asuntos relacionados con nuestra causa.

Supliqué al amigo encargado de ir á esperarle en la estación que, si era posible, lo trajese á mi casa la misma noche de su llegada.—Vivía con el pasaporte de un alto personaje, disponía de una habitación libre y estaba en buenas relaciones con mi patrona y el *dvornik* (portero). Por consiguiente, no había peligro alguno.

Esperé con ansiedad el día fijado. El tren llegaba á las diez. Ante todo, Estefanovich debía ir á otro sitio para cambiar de vestido y *purificarse*, lo cual equivalía á despistar á los soplones, en el caso de que le hubiesen atisbado en la estación del ferrocarril. Por eso no podía venir antes de media noche. Al dar las once, yo no podía contener mi impaciencia y consultaba sin cesar el reloj. El tiempo transcurría con lentitud sobrada.

La casa donde yo vivía estaba situada de tal modo, que no podían venir más que por una calle larga, larguísima. Salí para ver si llegaban.

Era una de aquellas mágicas noches blancas que constituyen una de las mayores bellezas de San Petersburgo, cuando la aurora y el ocaso se besan en el pálido cielo sin estrellas, por el cual se difunde una luz rosada, suave, sutil, fantástica, mientras doradas nubecillas se ciernen en el aire de encantadora transparen-

cia.—¡Cuánto me gustaban aquellas noches en los tiempos en que solo, en una pequeña *duschehubka* de un solo remo, paseaba por el inmenso Neva, entre la bóveda del cielo y aquella otra bóveda reflejada en las negras aguas, que parecía de un profundidad sin límites!... ¡Y cómo empecé después á odiar aquellas maldecidas noches policíacas!—No había medio de salir á dar una vuelta: podía atraer las miradas de un soplón vagabundo ó de un polizonte que me seguiría hasta mi casa, lo cual me era poco agradable aquella noche.—Pero cuando dieron las doce y noté que nadie se presentaba, mi impaciencia se convirtió en esa cruel angustia desconocida para muchos hombres y que sólo siente el revolucionario ruso que todos los días, al separarse de su esposa ó de un amigo querido, no sabe si volverá á verles. — Hallábame embargado por los más tristes pensamientos, cuando diez minutos después de media noche, oí abrirse la puerta de la calle. Resonaron pasos en mi escalera. Fuí á abrir. ¡Eran ellos!—Reconocí en seguida á Estefanovich, porque mientras estaba en la cárcel los gendarmes le fotografiaron, como suele hacerse con los detenidos políticos. Después de su fuga, esas fotografías fueron distribuídas entre los agentes encargados de capturarle, y algunas llegaron á poder nuestro.

Me arrojé á sus brazos sin decir palabra y le besé cordialmente. Después di las gracias á mi amigo y me fuí con Estefanovich á mi cuarto; me parecía increíble verle libre, ver á mi lado á un hombre que tenía ya la cuerda del verdugo al cuello y cuya muerte llorábamos todos.

Con tácito acuerdo empezamos á tutearnos y nos tratamos como viejos amigos. Recordamos nuestras antiguas relaciones. Me dijo que no esperaba encontrarme en San Petersburgo, porque en las provincias se creía que yo estaba aún en Ginebra. Conociendo los pormenores de su fuga, le pedí me explicase cómo había rea-

lizado el viaje, con las estaciones llenas de soplones que le buscaban.

Se sonrió y empezó su relato. Yo contemplaba á aquel hombre terrible, que, desafiando todos los obstáculos, solo y sin más ayuda que su indómita energía, supo convertirse en árbitro absoluto de tantos millares de campesinos y que estaba allí para organizar y dirigir una sublevación tremenda. Era de mediana estatura y de complexión poco robusta, de pecho hundido y estrechos hombros. Físicamente debía ser muy débil. —Nunca he visto hombre más feo. Un verdadero semblante de negro ó más bien de tártaro: pómulos salientes, boca enorme y nariz aplastada. Pero era una fealdad atractiva. Sus ojos grises revelaban poderosa inteligencia. Su sonrisa tenía algo de malignidad y de mofa sutil, como el carácter de la raza ukrania, á la que pertenecía. Cuando refería alguna pesada broma hecha á la policía, se reía de todo corazón y mostraba sus dientes, bellos y blancos como el marfil. Toda su fisonomía, sus cejas fruncidas y su mirada fría y segura expresaban decisión y al propio tiempo gran dominio de sí mismo. Observé que al hablar no cambiaba el gesto de su cara.

Hablamos de nuestros amigos, á quienes había visitado durante el viaje, de los proyectos que le traían á San Petersburgo y de otras muchas cosas.

Che il tacer è bello si com'era il parlar colà dove era.

Pude apreciar la rectitud de su juicio en muchas cuestiones, tratadas desde un punto de vista nuevo y muy práctico—y observé especialmente el gran conocimiento que tenía de los hombres, á quienes apreciaba según su valer, inclinándose siempre al pesimismo.

Al despuntar el alba, terminó nuestro coloquio, y nos retiramos á descansar por breves horas.

III

Estefanovich permaneció un mes en San Petersburgo. Nos veíamos con frecuencia. Tuve luego muchas ocasiones de tratarle y conocerle, ó, lo que es igual, amarle.—Era un hombre extraordinario y muy complicado, de agradable carácter y poderoso ingenio, uno de aquellos hombres que han nacido para prevalecer sobre los demás, como lo demostró en Chiguirino. Pero su fuerza no es la que va dirigida al objeto, como la bala de cañón al blanco, rompiendo ó derribando todo lo que á ella se opone; no: era una fuerza que se complace en ocultarse, que se dobla para enderezarse luego. Se asegura de él y se cree que es muy astuto.—Es un hombre discreto, concentrado en sí mismo. Habla muy poco y jamás perora en las reuniones públicas. Escucha siempre, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si durmiese. Nunca interviene en discusiones teóricas, pues las desprecia, y cuando se ve obligado á oir la lectura de un «programa» ó «memorándum» duerme de veras, como lo prueban sus ronquidos.

Hombre de acción exclusivamente, pero no de acción inmediata, como aquellos que se enardecen antes del combate. Sabe esperar. Tiene designios de gran alcance y es el más hábil *organizador* que yo he conocido. Su entendimiento claro y eminentemente práctico, su carácter enérgico y sutil, su gran conocimiento de los hombres y del arte de tratarles, que le es tan familiar, le hacen muy apto para tan difícil tarea.—Por lo que se refiere á los hombres, es muy escéptico, pero al mismo tiempo capaz de sentir una amistad sincera sin límites. Su amigo predilecto es L. D., de quien no se separa más que lo que le obligan á ello asuntos del partido, y entonces se dirigen mutuamente cartas lar-

guísimas, que conservan cuidadosamente y que á nadie muestran, dando así materia á constantes burlas por parte de los demás amigos. No obstante todas las vicisitudes de su vida, jamás rompió las relaciones con su padre, viejo párroco de aldea, cosa arriesgada para un hombre que perturbaba á una ciudad entera cuando sabían que estaba en ella.—Le ama, le venera y habla de él á menudo; cuenta con placer anécdotas suyas y recita trozos de sus cartas, que demuestran su rústica inteligencia y su natural sencillo y bueno.

DEMETRIO CLEMENS

I

No es muy joven. Figura entre los viejos *chiaikovzi*, y ahora debe de tener 36 ó 37 años. Fué detenido en marzo de 1879 y sigue en Siberia.

Sus hábitos no revelan al conspirador. Es un buen hombre, excelente compañero, narrador inimitable; tiene fácil palabra, estilo ameno y esmaltado con bellas imágenes, adornado con todos los tesoros de la riquísima lengua popular rusa, que él habla como Giusti escribía el toscano.

Es tal vez el mejor de nuestros propagandistas populares. Brilla en su género, donde es incomparable. No se asemeja al apasionado y profético de Catalina Bresckovskaia, ni al socrático y presuntuoso de Miguel Kuprianof, joven de raras cualidades, muerto en la

cárcel á los diez y nueve años.—Demetrio Clemens hace su propaganda en tono chancero. Se ríe y hace desternillarse de risa á los viejos campesinos, siempre imperturbables, que le escuchan. Pero se ingenia de tal modo, que, después de estas risas, se hinca en su mente como un agudo clavo un serio pensamiento que ya no les abandona.—Era uno de los más afortunados en reclutar prosélitos entre los trabajadores de la ciudad y del campo.

Sus arengas en los *kabaki* ó tabernas eran verdaderas obras maestras. Recuerdo que íbamos juntos á una aldea en viajes de propaganda; muchas veces no me atreví á cortar el hilo de sus brillantes improvisaciones, y, á mi pesar, de propagandista me convertí en simple oyente y admirador de una obra de arte.

Tiene un semblante poco hermoso, mejor diré, feo, y que, sin embargo, se distingue por su singularidad inolvidable. Su ancha frente de pensador y sus ojos castaños dulces, vivos, ingeniosos, donde brilla á menudo el relámpago de una argucia, le hacen europeo, hombre de culto entendimiento. Pero de los ojos abajo se le puede tomar por un kalmuco, un georgiano, un varkirio si se quiere, pero no por un representante de la raza caucásica. Y no es que sea salvaje ó deforme; antes bien, su boca de labios sutiles y como cincelados es bellísima, y su sonrisa tiene dulce atractivo. Pero lo que en él llama la atención y da extraño carácter á su fisonomía es la nariz, que no se somete á ninguna definición: un poquito remangada, y tan pequeña que, de perfil, es casi imperceptible; una verdadera burla de la Naturaleza.

* * *

Si se buscase dos hombres que por su carácter hubiesen de formar una completa antítesis, se los encontraría en Jacobo Estefanovich y Demetrio Clemens.

El primero es el tipo del hábil organizador. El segundo nunca organizó un solo círculo, una sola sociedad secreta, y en su vida ha tratado de hacerlo.

Uno de ellos, fija la mirada en lejanos ideales, lleno de aquel severo fanatismo que no se detiene ante ninguna consideración humana, hubiera tendido su mano al mismo diablo con tal de lograr alguna ventaja en la ejecución de sus designios. El otro, sereno y obstinado en su devoción á la causa socialista, no admitía ninguna componenda y nunca se dejaba seducir por ninguna consideración de utilidad inmediata.

Uno de ellos, dotado de extraordinaria energía y de voluntad inquebrantable, sometía hombres y multitudes á un objeto elegido de antemano. El otro no sometió á nadie. Era incapaz de hacerlo y aun hubiera aborrecido á cualquiera que se hubiese mostrado dispuesto á sacrificarle su voluntad.

No obstante, jamás hombre alguno gozó de tan ilimitada influencia sobre todos los que le rodeaban—individuos y grupos—como aquel Demetrio Clemens.

Una palabra suya ponía término á las más ásperas disputas y allanaba obstáculos que parecían insuperables.—Esta influencia, no buscada, y que, por decirlo así, nacía espontáneamente dondequiera que él estuviese, se demostraba especialmente con sus relaciones personales.—Nunca he conocido ni oí hablar de un hombre que supiese suscitar en tantas personas un profundo sentimiento de admiración, ó mejor, de adoración tan sincero como Demetrio Clemens.—He visto cartas que le habían dirigido varias personas, y si no hubiese sabido de quién procedían y á quién estaban destinadas, hubiera creído que se trataba de declaraciones de amor.

Y este sentimiento no era el entusiasmo fugaz que saben inspirar ciertos hombres, los cuales, como un fuego de artificio, resplandecen por un instante, para

dejar después á su alrededor una obscuridad profunda. A Demetrio Clemens, una vez conocido, no se le puede olvidar. Un corazón conquistado por él será suyo siempre. Ni el tiempo ni la distancia destruyen ó entibian los afectos que él inspira.

¿Qué tiene, pues, ese hombre exaraordinario que tan fácilmente cautiva los ánimos?

Tiene un corazón grande como el mar.

Y no es que esté dispuesto á trabar fáciles amistades. No: como todos los hombres de nobles sentimientos, es muy tardo en abrir su corazón á los advenedizos. Desconocedor de sí mismo, se considera hombre frío y árido, y por eso los sentimientos de cariño, que á pesar suyo despierta, le oprimen, le entristecen, pues se cree incapaz de corresponder á ellos y le parecen cosas usurpadas á las cuales no tiene derecho alguno.

Sin embargo, sus amigos no se juzgan autorizados á dirigirle este reproche, porque los tesoros de su alma son tan grandes, que la más ínfima parte de ellos equivale á una riqueza.

No se paga de los amores que inspira, y su sincero cariño no ha menester correspondencia. Es ciertamente incorruptible. Pero no hay cualidad moral que escape á su penetración cuando de amigos se trata, y con su proverbial generosidad exagera las dotes ajenas.—Jamás considera á un individuo desde el punto de vista del interés que pueda lograr el partido. En medio de tantos conspiradores, ha sabido conservar su cualidad de hombre. Cuando se acerca á un amigo, no abriga segunda intención, como hacen los demás organizadores y conspiradores, quienes por fuerza deben valerse de todos los hombres, á guisa de útiles instrumentos de un designio. Por eso todos confían en él y todos están prontos á darle su alma y su vida, á obedecerle ciegamente, seguros de que él vigila atento y sería el primero en advertirles si corriesen el menor peligro.

Y si quisiera enviarles á un puesto de peligro, irían sin vacilar un instante. Si Demetrio Clemens lo dice no hay más remedio que doblar la cabeza, pues si no fuera lícito él no lo habría aconsejado.

Pero eso no lo ha hecho nunca Demetrio Clemens. El iba de buen grado al peligro, y jamás arriesgó la vida de un solo hombre. Aun los pequeños peligros que un «ilegal» se ve obligado á rehuir, pues expone su cabeza en lo mismo que á un «legal» le costaría únicamente algunos días de cárcel, hasta esos pequeños peligros los tomaba sobre sí y no quería que otros se atrevieran á jugar con el fuego. Y precisamente esto es lo que no quería reconocer Demetrio Clemens. Era modesto en sumo grado, aunque no afectaba la fea humildad de los cristianos, que nos ha sido legada por los siglos de esclavitud y de hipocresía y tras la cual se esconde á menudo una insufrible soberbia. Es independiente, orgulloso de su dignidad de hombre é incapaz de humillar ante otros su cabeza.

En él la modestia parece la cosa más natural del mundo. No se jacta de ninguna de esas cualidades maravillosas que lo han hecho uno de los hombres más estimados del partido, en el que ciertamente no faltan claros ingenios ni rectos caracteres ni generosos corazones.

II

Nació á orillas del Volga, donde su padre era comerciante, y pasó toda su juventud en medio de los nómadas de la inmensa estepa que describe muy bien en su poema, aun no terminado.

De esta vida aventurera en el seno de la bravía é imponente Naturaleza le quedó aquel sentimiento poético y aquel amor al peligro que ha conservado durante su existencia.

Pero su valor es tan singular como su método de propaganda. Se burla de los peligros, no ya como un combatiente que encuentra una excitación en ellos, sino como un artista que los goza apaciblemente y los toma por su lado cómico.

Su corazón parece incapaz de albergar el miedo. En los mayores peligros, en las pruebas más grandes á que puede sujetarse un hombre, se mantiene impasible y sereno, y ríe como si no ocurriese nada.—De aquí proviene su presencia de ánimo verdaderamente extraordinaria. Sale de los mayores apuros con maravillosa destreza y hasta con vis cómica, que prueba su desdén del peligro, y se complace en situaciones que se prestan al humorismo. Es capaz de cometer una imprudencia, no por vana presunción, que no tiene, sino por amor á las burlas.

Así, en los comienzos de su carrera revolucionaria, cuando era ya proscrito, aunque carecía de falso pasaporte, fué en persona á casa del fiscal para pedirle, *bajo su garantía*, la libertad provisional de un detenido político: Anatolio Serdiukof. Por fortuna, el fiscal, que era nuevo en el oficio, no conocía á Clemens, y éste se ingenió de tal manera que logró su objeto. Fué precisa una modificación del proceso de Serdiukof para impedir que en lo sucesivo un preso político fuese puesto en libertad bajo la caución de un proscrito.

Otras veces hace de sus empresas verdaderas epopeyas cómicas con profusión de escenas y una extraordinaria actividad de verdadero *dilettante*. Para muestra citaré una de sus salidas juveniles ocurrida hace diez años: la liberación de cierto Telsief, comprometido, aunque no gravemente, en el proceso de Nechiaef y desterrado por orden administrativa á Petrosavodsk, ciudad de Rusia septentrional.—Clemens fué allí con falsos documentos, como ingeniero encargado de investigaciones geológicas en Finlandia. Permaneció en Petrosavodsk una semana y fué adorado por la ciudad

entera, que le aclamaba como á un héroe. Después de preparar tranquilamente la evasión de Telsief, huyó *con él* á fin de evitarle los riesgos y la monotonía del viajar solo. Sin embargo, desempeñó tan admirablemente su cometido, que en Petrosavodsk nadie sospechó de él. Un año después, el *ispravnik* de la ciudad preguntó á un amigo de Clemens si conocía al ingeniero Sturm, y después de contarle maravillas de su residencia en la política, añadió:

—¡Un hombre excelente y simpático! Prometió visitarme á su regreso á Finlandia. Pero no lo hemos visto todavía. ¡Qué lástima! Apostaría doble contra sencillo á que volvió por mar.

¿Qué habría dicho si hubiese sabido quién era el ingeniero Sturm?

Pero no son las cualidades de entendimiento ni las de corazón las que forman la mejor parte de esa personalidad tan variada y rica. Su dote predominante es el pensamiento.

Clemens es uno de los más nobles ingenios con que se ha honrado nuestro partido. No obstante la intervención que ha tenido desde un principio en el movimiento, á pesar de sus tribulaciones de *ilegal*, se mantuvo siempre al nivel del progreso intelectual europeo, y aunque inclinado naturalmente á las ciencias económicas, no se limitó nunca á este único estudio.

Avido de conocimientos, quería saberlo todo, sin preocuparse de un fin ó provecho inmediato.

Recuerdo su entusiasmo por las lecciones de física de Helmholtz, á cuya cátedra asistió puntualmente el año 1875, durante su estancia en Berlín. Tuve que porfiar muchísimo para que desistiese de mandarme un resumen en las cartas que me escribía á San Petersburgo.

Infatigable en su afán de saber, era también generoso en sus miras.

No es hombre de bandería. Socialista profundamente convencido, como correspondía á hombre tan versado en la ciencia económica y social, puso al servicio de nuestra causa su vasta doctrina y su claro y perspicaz entendimiento. Pero no era apto para vivir en el limitado ambiente de las sociedades secretas.—No sabía formarse una patria, una familia, todo, en la sociedad á la cual pertenecía. Vivía siempre un poco distanciado. No sentía ni asomo de la ambición de cuerpo y de partido que constituye uno de los más poderosos móviles del conspirador. Amaba al mundo entero y no rehuía la menor ocasión de demostrarlo. Por eso escribía en las hojas clandestinas y mucho más en los periódicos «legales», en varias revistas de San Petersburgo con diferentes seudónimos, y lo hacía no sólo porque quería ser independiente y vivir del producto de su trabajo, sino porque buscaba un público más numeroso y asuntos más amplios de lo que consentían los papeles clandestinos.

Nunca se decidió por una de las fracciones que tantas veces han dividido el partido revolucionario en campos enemigos. Lleno de fe por lo que se refería á las ideas socialistas en general, era muy escéptico tocante á los medios en los cuales ven los revolucionarios algo así como la universal panacea. Y este escepticismo anuló sus fuerzas en una lucha que por su carácter requiere medios exclusivistas.

Por eso no tuvo gran importancia como conspirador. Con su irresistible seducción personal sabía atraer al partido numerosos prosélitos de todas las clases, y especialmente los jóvenes. Pero una vez afiliados no acertaba á proponerles un plan fijo; esta tarea quedaba reservada á otros compañeros.

Y no era que le faltase aquella fuerza de carácter que hace al hombre dueño de ajenas voluntades. Al contrario: su poder estaba evidenciado por la magnética fascinación de su persona.—Ni le faltaba la fuerza

de hacer valer sus ideas cuando ello era preciso. — Exento de asomos de ambición ó vanidad, posee en el mayor grado la rara osadía de impugnar las opiniones ó los apasionamientos de todo el mundo cuando le parecen irrazonables. Recuerdo que algunas veces él solo se opuso á los sentimientos de todo el partido.

Sin embargo, carece de aquel espíritu autoritario y de aquella dureza de ánimo que nacen de una fe ardiente y que son precisos para guiar á un grupo de hombres á una empresa frecuentemente desesperada.

Por eso no realizó en el movimiento revolucionario la centésima parte de aquello que pudo haber hecho merced á sus nobles cualidades.

Con su vasta inteligencia y su generoso carácter podría ser uno de aquellos que conducen á un pueblo hacia un porvenir mejor, pero es incapaz de llevar á la muerte á entusiastas jóvenes.

Es un hermosísimo modelo de *pensadores* con todas sus virtudes y todos sus defectos.

VALERIANO OSSINSKY

I

Tuve pocas ocasiones de verle, porque, veloz como el viento del desierto, recorría toda Rusia, y especialmente las comarcas meridionales, de cuyos círculos formaba parte, mientras yo residía constantemente en San Petersburgo. Le conocí en dicha ciudad, cuando vino

por cuatro ó cinco días tan sólo, para partir luego como una exhalación, y esta vez para siempre...

Era un pésimo instante. El general Mesentzef había caído en pleno día, en una de las principales calles de la capital, y sus matadores habían desaparecido sin dejar el más leve rastro... Como era el primer acto de tal índole, produjo una impresión extraordinaria.—Pasado el primer aturdimiento, la policía revolvió la ciudad entera. Se hacían incontables pesquisas y detenciones arbitrarias en la calle, á la menor sospecha. Corría el rumor, exagerado tal vez, de que el número de prisiones en los dos primeros días se elevaba á un millar.

Era peligrosísimo para nosotros, hombres «ilegales», trasponer el umbral de la puerta. Por eso debí someterme á una de las mayores molestias que surgen en nuestra vida accidentada: la de la «cuarentena».—Fuí á casa de uno de nuestros amigos, de probada fidelidad, y que ocupaba una posición por la cual estaba al abrigo de toda sospecha; allí estuve metido, sin salir ni aun de noche.—Era un mortal fastidio. Escribía un opúsculo, y cuando esto me rendía entreteníame en leer novelas francesas, para matar el tiempo. De vez en cuando algunos amigos, compadecidos de mi estado, venían á verme. Un día se presentó Olga N. y me dijo que Valeriano Ossinsky estaba en San Petersburgo. No le conocía personalmente; pero había oído hablar de él con frecuencia.—Era muy natural que desease verle, con tanto mayor motivo cuanto que esta visita rompería, al menos por algunas horas, la insoportable monotonía de mi cárcel.

Al anochecer bajé á la calle. Había poca gente, porque la casa de mi amigo estaba en los límites de la ciudad.

Pero como era preciso adoptar grandes precauciones así á la entrada como á la salida, me encaminé por una dirección opuesta á la que debía tomar. Al entrar,

después de muchas revueltas, en una calle concurrida, vi cosacos á caballo y con la lanza en ristre, y empecé á tropezarme, á cada cien pasos, con soplones que se movían ó estaban detenidos aquí ó allá. Era facilísimo reconocerles, por su aire inquieto y por las recelosas miradas con que interrogaban el rostro del transeunte. —Son señales que no engañan al ojo experto.—Se trataba de soplones de oficio. Los otros, es decir, los *espías provisionales*, tenían un aspecto mucho más cómico. No eran más que soldados disfrazados de paisano y lo demostraban á primera vista. Iban en pequeños grupos, y como gente acostumbrada de muchos años al servicio militar, no acertaban á caminar en desorden, por lo cual se mantenían invariablemente en fila. Vestían de un modo grotesco. Como por la prisa no había sido posible dar á cada cual distinto traje, muchos pelotones llevaban igual sombrero, igual pantalón y el mismo sobretodo. Algunos de ellos cubrían casi las narices con grandes anteojos turquís para asemejarse á los estudiantes. Aquel espectáculo era tan burlesco, que á duras penas pude contener la risa.

Después de revistar á muchos piquetes de estos, me encaminé hacia el local de nuestro Círculo. Al pasar por una callejuela inmediata, alcé los ojos para ver si había ó no una sombrilla en conocida ventana.—Era la señal de que todo estaba tranquilo, porque á la menor alarma debía desaparecer la sombrilla. Estaba allí.—Pero como yo sabía que los polizontes, noticiosos del uso de señales, observaban muchas veces todas las ventanas y después de la irrupción volvían á dejarlas del mismo modo, no satisfecho de la advertencia, avancé con precaución y entré en lugar donde debían darme informes seguros, que no podía descubrir ni sospechar ningún policía del mundo, aun cuando contase con hábiles espías.

Este lugar era... una letrina pública (y perdonen mis lectoras, si las tengo). Allí, en punto convenido,

debía aparecer una seña imperceptible, que se cambiaba todas las mañanas y dos veces al día en los momentos de mayor peligro. La seña estaba en su punto y decía claramente: *Tranquilidad perfecta.* No cabía la más pequeña duda.

Pero como la «agencia de informes»—así llamábamos, por burla, al lugar referido—distaba por lo menos dos kilómetros de nuestra morada, y en el trayecto podía atraer la atención de un espía, por el camino quise asegurarme de que no me seguían.—No he tenido nunca la costumbre de volver la cabeza; es la cosa más peligrosa que pueda imaginarse, y debe aconsejarse redondamente á cuantos se hallan en posición difícil, por ser el medio más seguro de atraer á los espías. El mejor recurso para no ser espiado consiste en no preocuparse de ello. Pero como mi situación era excepcional, tan pronto como descubrí una hermosa señora, la miré fijamente y, cuando hubo pasado, me volví para examinarla más atentamente.

No había nadie.

Estaba á dos pasos de nuestro local y subí tranquilamente la escalera. Llamé de un modo especial y me abrieron en seguida.

La sala estaba llena de gente. En la rústica mesa se veían algunas botellas de cerveza, un plato con jamón y otro con pesca salada. Llegaba en buena ocasión: era uno de los menudos banquetes que de cuando en cuando se permiten los nihilistas para distraerse de la tensión de ánimo en que viven sin cesar.—Aquella vez se quería festejar la llegada de Valeriano Ossinsky. Pero él no estaba allí.

Todos estaban de buen humor y me acogieron fraternalmente, á pesar de que yo había roto la consigna.—Yo me complacía en esos convites, porque es difícil imaginar nada más alegre y divertido. Todos eran gente «ilegal» más ó menos seriamente comprometida. Todos llevaban al cinto puñales y revólveres cargados y esta-

ban dispuestos á defenderse hasta la muerte, en caso de sorpresa. Pero, acostumbrados á vivir en medio de peligros, habían terminado por no concederles importancia. Tal vez el riesgo aumentaba en aquella ocasión la alegría de los reunidos.

Se oían risas y dichos agudos en torno de la mesa. Y en los ángulos de la sala, á poca distancia, se veían parejas que conversaban en voz baja: eran antiguos y nuevos amigos que se abandonaban á la expansión de sus sentimientos: otra particularidad de los banquetes que he citado. De vez en cuando se veían señas tradicionales del *bruderschaft* germánico.—Aquella necesidad de expansión tan natural entre aquella gente que, por la comunidad de la lucha, de las ideas y los peligros, está unida por estrechos vínculos, daba á tales refugios algo de noble y poético que los hacía muy atractivos.

II

Pedí noticias de Ossinsky. Me dijeron que había ido á casa de un amigo, pero que volvería pronto.

En efecto, media hora después entró elegantemente vestido, con guante negro y escarapela en el sombrero, puesta á guisa de salvoconducto.

Fuí á su encuentro. Le estreché la mano, que conservé entre las mías, sin poder separar mis ojos de su semblante.

Era hermoso como el sol. Esbelto, bien formado, fuerte y flexible como el acero. Su rubia cabeza, un poco erguida, se apoyaba graciosamente en su cuello sutil y nervioso. Su frente, alta y serena, estaba surcada en las sienes por azuladas venas. Una nariz regular y de fino perfil, que parecía trazada á cincel, daba á su fisonomía aquel carácter de belleza clásica que es tan raro en Rusia. Menudo bigote y una suave barba de un

rubio claro, ocultaban la boca bien delineada, expresiva, ardiente. Y su rostro apolíneo aparecía iluminado por bellísimos ojos azules, grandes, llenos de fuego y de juvenil viveza.

Venía de Kief, su ciudad predilecta; pero había pasado por las principales poblaciones de Rusia meridional, donde había visitado los círculos revolucionarios, de los cuales traía nuevas con los últimos proyectos.

Ardía en entusiasmo al notar el inmenso desarrollo que en tan poco tiempo había tomado el terrorismo, y, exagerándolo todo en su exaltada fantasía, esperaba grandes é inmediatos resultados de nuestra empresa.— Yo no compartía todas sus esperanzas, sobrado optimistas; pero cuando él hablaba no había medio de resistir á su persuasiva y fogosa elocuencia.

No era un buen orador en el sentido estricto de la palabra. Pero tenía aquella fuerza que nace de la fe profunda, aquel entusiasmo contagioso que tan fácilmente se comunica á los oyentes. El tono de su voz y la expresión de su rostro persuadían no menos que su palabra. Poseía el hermoso don de hacer de su interlocutor, no ya un adversario, sino un aliado, que trataba de convencerse á sí mismo de la bondad de las ideas que el otro vertía.

Al oirlo, comprendí cuán ciertas eran las afirmaciones que de él se hacían y la fama que precedía á su nombre.

* * *

Al día siguiente, Ossinsky vino á visitarme. Tres ó cuatro días después, salí otra vez de mi madriguera para ir al Círculo. Pero no encontré más que unas líneas de despedida de Ossinsky, que la víspera se había marchado á Odessa.

No he vuelto á verle.

En la primavera de 1879 fué detenido en Kief. Su proceso se vió el 5 de mayo de 1879. Fué condenado á muerte. La acusación no pudo aducir contra él ninguna prueba decisiva. La sentencia se fundaba únicamente en el hecho de que el acusado *había echado mano al revólver*, sin empuñarlo siquiera. Pero el gobierno sabía que había caído en sus manos uno de los miembros más influyentes del partido terrorista, y esto bastaba para que se dictase á los jueces lo que debían hacer...

Oyó la sentencia sereno, con la frente erguida, pues era un noble y valeroso combatiente.

Durante los diez días que transcurrieron desde el fallo á la ejecución, permaneció tranquilo y dió muestras de buen humor. Animaba á sus amigos y no tuvo un solo instante de abatimiento.—Cuando su madre y su hermana le visitaron, aun cuando sabía que la sentencia había sido firmada por el gobernador, les dijo que la pena había sido conmutada. Pero en voz baja manifestó á su hermana—jovencita de diez y seis años,—que probablemente le matarían á la mañana siguiente, y le rogó que preparase á su madre para la infausta nueva.—En la víspera del suplicio escribió á sus amigos una extensa carta que equivalía á un testamento político. Hablaba apenas de sí mismo y de sus sentimientos. Preocupado con los asuntos del partido, desenvuelve en este último trabajo sus ideas respecto al camino que debe emprenderse y á los errores que conviene evitar. Es un epitafio que inscribió en su propia tumba y que jamás será olvidado.

* * *

En la mañana del 14 de mayo fué conducido al suplicio con otros dos compañeros, Antonof y Brantner. Por un refinamiento de crueldad no le vendaron los ojos y tuvo que ver, por las atroces contorsiones de sus

amigos, el tormento que á él mismo le esperaba. A tan horrible espectáculo cedió la naturaleza física en la cual no influye la voluntad más enérgica y la cabeza de Valeriano se tornó en breves minutos cana, como la de un viejo. Pero el espíritu conservó toda su indomable audacia.

El vil gendarme se le acercó en aquel punto proponiéndole firmar una petición de gracia. El se negó desdeñosamente, y, rechazando la mano del verdugo, subió solo, con paso firme, las gradas del patíbulo.— Un sacerdote le presentó la cruz. Con decidido gesto dió á entender que no quería reconocer al amo del cielo después de rechazar á los de la tierra.

El gendarme mandó á la banda militar que tocase la *Kamarinskaia*, alegre y obscena canción que entonaron luego los soldados...

Poco después dejó de existir Valeriano Ossinsky.

III

Era un hombre generosamente dotado con todas las cualidades que dan la fuerza de disponer los acontecimientos. No tenía aptitudes de organizador. Era harto esforzado para poder pensar en las cosas pequeñas cuando aspiraba á las grandes. Todas las fuerzas de su ánimo estaban concentradas en un objeto único, solicitado por su instinto casi infalible. Así, el año 1878, cuando el terrorismo estaba en embrión, era ya partidario del regicidio y de la inclusión en el programa revolucionario de la escueta y franca exigencia de un cambio político.

Era hombre de acción. Mientras duró el movimiento de propaganda, mantúvose inactivo. Sólo en invierno de 1877, cuando de las palabras se pasó á los actos, resolvió adherirse al movimiento, prestándole la cooperación de su inextinguible energía.

Poseía en alto grado aquello que es el mayor poder del hombre: la fe, que transporta las montañas.

Y sabía infundir esta fe en todos los que se hallaban á su lado. Por eso constituía el alma de cualquier empresa en la que tomaba parte. No hubo casi ningún acto revolucionario en el Mediodía sin su intervención, y los inspiró todos, afirma su amigo Estefanovich, meridional también.—Nadie se sentía abatido al lado de Ossinsky, porque él animaba á sus amigos con el ejemplo y con su fe inquebrantable. Fué siempre el primero en arrojarse á lo más encarnizado de la pelea, y en todas las empresas se reservaba el cometido más peligroso.

Siendo todavía muchacho, á los once años, sabedor de que la casa de un vecino estaba rodeada de bandoleros, y como se hubiesen marchado sus parientes, cogió un gran fusil para volar á la defensa de los amenazados. Por fortuna, la noticia era falsa y no recibió el menor daño. Este pequeño hecho revela las audacias del futuro terrorista. Para dar una idea de su corazón caballeresco, bastará decir que el vecino era mortal enemigo de su padre y de toda su familia.

Como prueba de la irresistible influencia de su palabra, citaré un hecho que no tiene gran importancia, pero que es típico. Valeriano Ossinsky era uno de los más famosos colectores de dinero. — El partido revolucionario, especialmente desde que el terrorismo se convirtió en sistema, tiene gran necesidad de dinero, y el arbitrarlo fué siempre una de las funciones más difíciles.

En este punto, poquísimos pueden compararse con Valeriano Ossinsky. Sus empresas de esta clase, grandes y maravillosas, andaban en lenguas de las gentes.—Tal rico cicatero ó tal vieja señora avara se mostraban pródigos en lamentaciones enderezadas á los revolucionarios ó en simpatías por la causa liberal, mas no por eso aflojaban la mosca, y desesperaban á cuantos

trataban de inducirles á dar más eficaz seña de sus sentimientos. Los más diestros no lograban sacar sumas superiores á diez ó veinte rublos, y aun estos eran los más afortunados.

Pero aparecía Valeriano Ossinsky, y el avaro rico y la vieja dama abrían suspirando su pesada bolsa y sacaban quien cinco mil, quien diez mil rublos ó más, y se los daban á aquel joven seductor, de palabra tan elocuente, de rostro tan simpático y de tan dulces y afectuosos modales.

* * *

No tenía nada del moralista pedante ó del sacerdote. Era un luchador de ánimo noble y de esforzado brazo. Amaba el peligro porque estaba en él admirablemente, como el pez en el agua. Le apasionaba la lucha con su excitación febril y duradera. Amaba la gloria. Amaba á las mujeres, y fué correspondido.

PEDRO KROPOTKIN

I

No es, como se cree en toda Europa, el jefe indiscutible del nihilismo. Ni siquiera tiene asomo de influjo en el movimiento revolucionario ruso; y no es literato conocido en su patria, pues escribe siempre en lengua francesa. En Rusia no se le conoce más que de nombre. Este hecho, que parecerá extraño á mis lectores, es la natural consecuencia de otro: Kropotkin es un emi-

grado, y ninguno de los emigrados políticos que residen en diversas ciudades de Europa, juntos ó separados, tiene el menor influjo en el movimiento revolucionario de su país.

Esto parecerá increíble, y no obstante, si bien se mira, todo hombre de criterio reconocerá la absoluta verdad de mis afirmaciones.—Sólo deben tenerse en cuenta dos cosas: el carácter general del movimiento ruso y la distancia entre Rusia y los países donde pueden vivir los emigrados: Suiza, Francia, Italia, Inglaterra—pues nadie puede fiar en Prusia ni en Austria. —Citaré un solo hecho: para cambiar una carta, concediendo algunos días para la respuesta, se cuentan desde Suiza, que es el país más próximo, unas dos semanas. Ahora bien; una orden, suponiendo que deba darse—y hasta un consejo,—llegaría á San Petersburgo dos semanas ó al menos diez días después de pedida. Y en Rusia la guerra no se hace en el dominio del pensamiento, como cinco años atrás. Es una lucha á mano armada, en la que cualquier disposición debe tomarse á la vista del enemigo.—Supongamos que se prepara un atentado contra el emperador; la menor variación del horario, de la vía que sigue, de las medidas que toma para su seguridad, obligarán á modificar inmediatamente el plan de ataque.

¿Qué órdenes se pueden dar desde Londres, desde París ó Suiza? ¿Quién será tan neciamente presuntuoso que se juzgue en situación de transmitirlas?—Imaginemos por un momento que un general en jefe quisiera dirigir una guerra en Turquía sin moverse de San Petersburgo. ¿Qué dirían de él los hombres juiciosos? Y aquel general tendría al menos la gran ventaja de poseer el telégrafo, mientras que nosotros tenemos sólo el lento y penoso correo.

Si para el emigrado es tan imposible no sólo dirigir la lucha, sino hasta dar un consejo, ¿por qué razón se ha de comunicar á los emigrados lo que se prepara en

Rusia? ¿Para exponerse á que la carta caiga en manos de la policía? ¿Para aumentar los riesgos de una lucha titánica que ya los tiene innumerables?

Y he aquí otro hecho que es consecuencia del precedente: los emigrados, aun los pertenecientes al grupo encargado de la lucha activa, *ni aun saben* lo que se prepara en Rusia. De vez en cuando, por pura deferencia, reciben algún vago aviso, sin conocer jamás el lugar determinado ni la fecha ni el modo de ejecución del proyecto. ¿Por qué anunciar tales cosas, ni aun al más amigo, á fin de satisfacer su curiosidad? Sería un delito, una vergüenza, un acto reprobable, y todo hombre serio sería el primero en reprochar á su amigo acción tan indiscreta. Y por eso, actos tales como la muerte de Alejandro II y la explosión en el Palacio de Invierno, fueron para los refugiados *sorpresas tan grandes como para todo el mundo.*

El valimiento político de los emigrados rusos en esta hora equivale *á cero.*—El exterior no es más que un lugar de reposo, una isla donde aportan todos los que tienen su barquilla rota ó averiada por la deshecha borrasca. Hasta que no logren repararla y dirigirla al piélago nativo, los desterrados son pobres náufragos que tendrán todo el valor que se quiera, pero á quienes no queda más remedio que estar con las manos cruzadas y mirar con ojos envidiosos el país donde se lucha, se muere ó se vence, mientras ellos perecen en inacción forzosa, extraños á todo en extraña tierra.

II

Kropotkin es uno de los más antiguos emigrados. Hace seis años que permanece en el extranjero, y, por lo mismo, en todo este tiempo no ha podido tomar parte en el movimiento revolucionario ruso. Esto no impide que sea una de las principales figuras de nuestro partido y que, por lo mismo, merezca ser citado.

Pertenece á la más antigua nobleza rusa. La familia del príncipe Kropotkin es una de las pocas que descienden en línea recta de los viejos príncipes feudatarios de la casa real de Kurik. Por eso en el Círculo de los *chiakovzi*, á que pertenecía, decíase en tono chancero que tenía más derechos al trono de Rusia que el emperador Alejandro II, quien no pasaba de ser un germano.

Estudió en el colegio de los pajes, donde no se admite más que á los vástagos de la alta aristocracia. Terminó el curso con un primer premio, el año 1861, pero, siempre inclinado al estudio, en vez de entrar al servicio del autócrata, fué á Siberia para dedicarse á investigaciones geológicas. Permaneció allí algunos años, tomó parte en varias expediciones científicas y adquirió extensos conocimientos que utilizó después como colaborador de Elíseo Reclús. Visitó además China.

A su regreso á San Petersburgo fué elegido miembro y luego secretario de la Sociedad Geográfica, dió cima á diversos trabajos muy apreciados por los científicos y al fin emprendió una grande obra sobre los hielos de Finlandia, obra que, mediante una petición de la Sociedad Geográfica, pudo terminar cuando ya estaba preso. No pudo sustraerse á la obligación de servir en la corte. Fué chambelán de la emperatriz y mereció varias condecoraciones.

En 1871 ó á principios de 1872—porque no me acuerdo bien—hizo un viaje al extranjero. Visitó Bélgica y Suiza, donde en aquel tiempo la Internacional había alcanzado gran desarrollo. Sus ideas, que siempre fueron avanzadas, lograron el sello definitivo. Se declaró internacionalista y adoptó las ideas del bando más extremo, llamado *anárquico*, del cual ha sido siempre defensor entusiasta.

Al volver á su país, se acercó al círculo revolucionario inspirado en los mismos ideales—el de los *chiai-*

kovzi,—y en el año 1872 fué propuesto como individuo y aceptado por unanimidad. Recibió el encargo de escribir el programa del partido y de la organización, que después fué encontrado entre sus papeles. En el invierno de 1872 empezó sus conferencias clandestinas sobre la historia de la Internacional, que no eran más que el desarrollo de las ideas del socialismo y de la revolución, basado en la historia de todos los movimientos populares modernos. Estas conferencias, que á la profundidad del pensamiento unían una claridad y sencillez que las hacían accesibles á los más toscos entendimientos, despertaron vivísimo interés entre los obreros del distrito de Alejandro Newsky. Hablaron con sus camaradas de taller y bien pronto la noticia se extendió por todas las fábricas de los contornos y llegó á oídos de la policía, que hizo todo lo posible para encontrar al famoso Borodin (éste era el fingido nombre con el cual se presentaba Kropotkin en sus conferencias).—Pero no lo alcanzó, porque dos meses después, terminado su trabajo, ya no iba Kropotkin á la casa vigilada y se dispuso á ir á propagar sus ideas entre los campesinos, como pintor ambulante, pues á su vasta erudición reune grandes talentos de artista.

No obstante, lo policía pudo sobornar á uno de los obreros, que consintió en ser traidor y que empezó á recorrer las calles principales esperando encontrar un día ú otro á Borodin. Y lo consiguió ciertamente. Al cabo de algunos meses le vió junto á la puerta Gostini, en la perspectiva Newsky, y lo designó á los polizontes. El supuesto Borodin fué detenido. Al principio no quiso manifestar su verdadero nombre; pero no había medio de ocultarlo. Días después, la dueña de la casa donde él había alquilado habitaciones se presentó á declarar que su inquilino, el príncipe Pedro Kropotkin, había desaparecido el día tal. Conducida á la presencia del fingido Borodin lo reconoció, y Kropotkin tuvo que confesar su identidad.

Grande fué la emoción producida en la corte por el encarcelamiento de tan alto personaje. El emperador se enojó á tal extremo que, un año después, pasando por Karkof, donde era gobernador un primo de Pedro, Alejo Kropotkin (asesinado el año 1879), le mostró gran descortesía y le preguntó bruscamente si era verdad que le unían con Pedro lazos de parentesco.

Kropotkin pasó tres años en una celda del fuerte de Pedro y Pablo. En los primeros meses de 1876 fué trasladado por prescripción del médico al hospital de Nicolás, pues la cárcel había debilitado su salud, ya poco floreciente, hasta el punto de que no podía comer ni moverse.—Aun cuando en pocos meses se restableció, hizo todo lo posible por ocultarlo. Andaba con el paso de un moribundo, hablaba en voz baja, como si el abrir la boca le costase un penoso esfuerzo. Y la causa era muy sencilla: había sabido, por carta de unos amigos, que se organizaba una tentativa de evasión; y como en el hospital la vigilancia era menor que en la fortaleza, convenía prolongar la estancia allí.

En julio de 1876 se realizó la fuga, siguiendo las instrucciones dictadas por el mismo Kropotkin. La relataré en uno de los bocetos siguientes, porque es una obra maestra de precisión y audacia.

III

Algunas semanas después, Kropotkin se hallaba en el extranjero.

De aquella época data su actividad revolucionaria, que, sin tener alguna relación con el movimiento ruso, pues estaba dedicada exclusivamente al socialismo europeo, era tal vez la única que podía poner de relieve sus cualidades de eminente político. Sus grandes dotes le hacen principalmente apto para la actividad en la

liza pública, con preferencia á los subterráneos de las sociedades secretas.

Le falta aquella flexibilidad de espíritu, aquella facultad de adaptarse á las condiciones del momento y de la vida práctica, que son indispensables para un conspirador. Es un buscador enamorado de la verdad, un jefe de escuela y no un hombre práctico. Trata de hacer prevalecer á toda costa determinadas ideas, y no de alcanzar un fin práctico valiéndose de todos los medios posibles.

Es demasiado exclusivista y rígido en sus convicciones teóricas. No admite ninguna modificación del programa ultra-anarquista. Por eso le ha sido siempre imposible colaborar en cualquier periódico revolucionario en lengua rusa, así los que se publican en el extranjero, como los que ven la luz en San Petersburgo. Constantemente buscaba puntos de divergencia, y por lo mismo no pudo escribir en dichos periódicos una sola línea.

Es dudoso que pueda ser jefe ó siquiera organizador de un partido que tiene como único medio de acción la conjura. En la gran lucha revolucionaria, la conspiración equivale á la guerrilla en las luchas militares. Pocos son los hombres y, por lo tanto, es necesario emplearlos á todos; en un terreno limitado, precisa ingeniarse mucho, y un buen guerrillero debe, ante todo, adaptarse á las exigencias del terreno y del instante.

Su elemento natural era la *gran guerra* y no la guerrilla. Sería muy apto para convertirse en fautor de un vasto movimiento social si las condiciones del país se lo concediesen.

Es un agitador inapreciable. Dotado de palabra fácil y ardiente, se apasiona al subir á la tribuna. Posee, como todos los verdaderos oradores, la facultad de inspirarse en presencia de la multitud que le escucha. Este hombre aparece transformado en la tribuna. Tiembla de emoción, y en su voz vibra aquel acento de convic-

ción profunda que no puede ser imitado y que se siente cuando se habla no ya con la boca, sino con toda el alma. Aunque no se le pueda calificar de orador de primer orden, produce una impresión inmensa, porque cuando la pasión llega á tal extremo tiene la facultad de electrizar al auditorio.

Y cuando, pálido y agitado, abandona la tribuna, la sala tiembla con el estruendo de los aplausos.

Es habilísimo en las discusiones íntimas y sabe convencer y fascinar como pocos. Profundo conocedor de la ciencia histórica, especialmente en todo lo que se refiere á los movimientos populares, utiliza maravillosamente el vasto conjunto de su erudición para aclarar y reforzar con ejemplos y símiles imprevistos sus nobles asertos. Por eso su palabra alcanza una extraordinaria fuerza de persuasión que aumenta con la sencillez y la evidencia de exposición, derivada de sus profundos estudios matemáticos.

No es un fabricante de volúmenes. Fuera de sus trabajos puramente científicos, no escribe ningún libro de gran peso. Es un excelente periodista: ardiente, espiritual y agresivo. Hasta en sus escritos es un agitador incomparable.

A estos talentos añade una sorprendente actividad y una destreza tan grande en el trabajo, que ha maravillado á un trabajador tal como Elíseo Reclús.

* * *

Es un hombre franco y sincero como pocos. Dice siempre la pura verdad, sin rodeos y sin consideraciones al amor propio de sus antagonistas. Este es el rasgo más saliente y simpático de su carácter. Se puede fiar absolutamente en sus palabras. Su sinceridad llega á tal punto que alguna vez le ocurre, en el ardor de

una discusión, concebir una nueva idea que le pone pensativo. Y de pronto se interrumpe, permanece absorto un momento, y luego empieza á pensar en alta voz, tomando partido por su adversario. Otras veces discute mentalmente y, después de breve pausa, se dirige á su atónito adversario y le dice sonriendo: «Tiene usted razón».

Esta pasmosa sinceridad le hace el mejor de los amigos y da gran peso á sus elogios y á sus censuras.

DEMETRIO LISOGUB

I

En diciembre de 1876 asistí á una de las llamadas «asambleas de estudiantes» que constituyen el mejor medio, característico en Rusia, de hacer propaganda entre los jóvenes. Excusado es decir que están severamente prohibidas. Pero es tal el abismo que separa á la autoridad del gobierno, que esas asambleas se celebran siempre, hasta en los tiempos de mayor recrudescencia del terror blanco. Algunas veces se ven concurridísimas y son borrascosas y casi públicas.

El peligro que las circunda les da especial atractivo para la juventud é imprime en las discusiones aquel carácter apasionado que tanto contribuye á convertir una idea en arma de guerra.

Pero la asamblea á que me refiero era poco numerosa y muy tranquila. Se trataba del proyecto tantas

veces presentado y otras tantas fallido, de reunir en una sola organización todos los círculos clandestinos que existían entre la juventud. Era cosa palmariamente irrealizable por la gran diversidad de los mentados círculos y el proyecto podía considerarse irremisiblemente fracasado. Los mismos promotores de la asamblea estaban casi convencidos, porque la discusión carecía de interés y se arrastraba lánguida.

Sin embargo, entre los contados concurrentes había uno que sabía despertar la atención general, mezclando en el debate alguna observacioncilla ingeniosa y ligeramente burlesca.—Era alto, pálido y delgado. Llevaba una larga barba que le daba un aire apostólico. No era hermoso; y, á pesar de esto, no cabe imaginar mayor dulzura que la de sus grandes ojos azules, sombreados por largas pestañas, ni mayor atractivo que su sonrisa, en la que había algo de infantil y gracioso. Su voz, un poco lenta, se mantenía siempre en el mismo diapasón, acariciaba los oídos, como la melancólica nota de una canción. No era una voz musical, pero cautivaba el corazón por su expresión simpática.

Vestía pobremente. Aun cuando arreciaba el invierno ruso, llevaba una chaqueta de tela con grandes botones de madera, y que, por su mucho uso, parecía un andrajo. Un chaleco negro de paño raído le cubría el pecho hasta la garganta. Los pantalones, de un matiz muy claro, aparecían bajo la línea negra del chaleco cada vez que nuestro héroe se levantaba para tomar la palabra.

Cuando se disolvió la asamblea, y salieron los reunidos, no todos á la vez, sino en grupos de tres ó cuatro personas, como suele hacerse en tales casos, mi amigo y yo salimos juntos con el desconocido. Observé que no tenía más abrigo que un ligero paletó, una vieja bufanda roja y una gorra de cuero. Ni aun llevaba el *plaid* tradicional de los nihilistas, por más que la temperatura era de unos veinte grados bajo cero.

Después de saludar con una inclinación de cabeza á mi amigo, á quien sin duda conocía, el desconocido se fué por su vía, corriendo casi, á fin de calentarse un poco, y después desapareció en lontananza.

—¿Quién es?—pregunté á mi amigo.

—Es Demetrio Lisogub—me contestó.

—¿Lisogub de Chernigov?

—Cabalmente.

Dirigí una rápida é involuntaria mirada al sitio por donde había desaparecido aquel hombre, como para descubrir su huella.

Lisogub era un millonario. Poseía un patrimonio vastísimo en una de las mejores provincias de Rusia, compuesto de tierras, granjas y bosques. Pero vivía más modestamente que el último de sus colonos, porque todo su dinero lo consagraba á la causa.

II

Dos años después volvimos á vernos en San Petersburgo, como miembros de la misma organización revolucionaria, en la que los hombres forman una sola familia.

No diré que Demetrio Lisogub sea el hombre más puro y más ideal de los que yo he conocido, porque me quedaría corto. Afirmaré, más bien, que en todo nuestro partido no existía un hombre que por la ideal belleza de su carácter le superase, pues sólo en la imaginación pueden vivir ciertos seres.

El acto de sacrificar al partido todas sus inmensas riquezas era en él la última de las virtudes. En nuestro campo hay otros muchos que han hecho lo mismo, pero no hay otro Demetrio Lisogub.

Bajo su aire plácido y tranquilo como el sereno cielo, ocultaba un alma llena de fe, de ardor y entusias-

mo. Sus convicciones eran su única religión, y les dedicaba no sólo su vida, sino lo que es muchas veces más querido: todos sus pensamientos. No tenía más preocupación que la de servir á su causa. No creó familia. No amó á ninguna mujer. Su frugalidad era tan extremada, que muchas veces sus amigos debieron intervenir, á fin de que no enfermase por exceso de privaciones. A todas las advertencias que se le dirigían, contestaba, como si previese su fin prematuro:

—No será muy larga mi vida.

Y no lo fué realmente...

Su afán de no gastar un solo céntimo del dinero dedicado á la causa revolucionaria fué tal, que jamás se permitía subir á un ómnibus y ni aun á un coche, que cuesta tan poco entre nosotros, que el domingo lo emplean los obreros.—Recuerdo que un día nos mostró dos objetos que formaban parte de su indumentaria de gala y que se ponía cuando le era forzoso visitar al gobernador de Chernigov ó á uno de los jefes de policía. Eran un par de guantes y un sombrero de copa. Los guantes eran de fino color gris y parecían recién comprados. Pero él nos dijo que los tenía hacía tres años y explicó sonriendo los pequeños artificios de que se valía para conservarlos siempre nuevos. El asunto del sombrero era mucho más serio, porque el muelle estaba roto hacía un año y él aplazaba indefinidamente el gasto de otro nuevo, porque siempre le parecía que podía utilizar el dinero en algo mejor. Entretanto, para echarla de gran señor, entraba en el salón con el *claque* bajo el brazo y la eterna gorra de cuero que en verano é invierno llevaba en el bolsillo. Y cuando salía á la calle avanzaba algunos pasos con la cabeza descubierta, como si quisiera arreglarse el peinado, hasta que, seguro de que no le veían, sacaba del bolsillo su célebre gorra.

Pero aquel dinero que él procuraba conservar con el celo de un Harpagón, era su encarnizado enemigo, su tormento, su condenación, porque con su alma apa-

sionada y con su corazón inclinado al sacrificio padecía lo indecible al ser espectador inactivo de la lucha y del martirio de sus amigos mejores.

Sometido á rigurosa vigilancia, denunciado por sus parientes que esperaban heredarle después de la condena, no podía hacer nada porque al primer paso le hubieran arrebatado sus bienes y el partido se habría visto privado de un auxilio indispensable. Por lo tanto, su fortuna era como el grillete puesto en la pierna del presidiario: le impedía moverse.

Su inacción forzosa no sólo era para él un disgusto, por el atroz fastidio, como el que debe sentir un hombre que una el ardor de un guerrero al de un profeta, sino además un motivo de profundos padecimientos morales. En su modestia sublime, no atribuía ningún mérito á hechos que le parecían los más naturales del mundo: la renuncia á la riqueza y su vida de privaciones.

Duro para consigo mismo, como un juez inexorable que no entiende de razones y sólo se fija en el delito mismo, consideraba su inacción—que no era más que un acto de abnegación altísima—como una vergüenza. Y aquel hombre que con el sacrificio de sus aspiraciones sostuvo durante un año y medio todo el movimiento revolucionario ruso, aquel hombre que por sus cualidades morales inspiraba á cuantos le conocían admiración sin límites, y que con su sola presencia daba esplendor divino á su causa, aquel hombre se juzgaba el último de los últimos...

De aquí procedía su profunda tristeza, que nunca le abandonaba y que se advertía en todas sus frases, no obstante el tono de irónica melancolía con que procuraba ocultarla.

Y esta cruz, cuyo peso le agobiaba, la llevó resignado y triste durante su vida, sin rebelarse nunca á la voz de su deber...

Era un hombre realmente infortunado...

* * *

Fué aprisionado en Odessa, el mes de agosto del año 1878, por delación de su intendente Drigo, que le era fiel, pero que le vendió porque el gobierno le había prometido entregarle todo lo que quedaba del patrimonio de Lisogub: más de cien mil pesetas.

Aunque era la época del verdadero terror blanco y reinaba en Odessa el héroe de Sebastopol y de Plevna, el infame esbirro y concusionario llamado conde Totleben, nadie esperaba para Lisobug una pena más grave que la deportación á Siberia ó algunos años de trabajos forzados, porque el único cargo aportado contra él era el de haber gastado, no se sabe cómo, sus bienes.

En medio de la consternación general, Demetrio Lisogub fué condenado á muerte. Testigos presenciales afirman que al oir la sentencia abrió la boca: tan grande era su asombro por aquella injusticia.

Se negó desdeñosamente á firmar una petición de gracia.

El día 8 de agosto de 1879 fué conducido al suplicio en el carro de los condenados, y en compañía de sus camaradas Chubarof y Davidenko.

Los que le vieron pasar aseguran que no sólo estaba tranquilo, sino también sereno, y que con una dulce sonrisa en los labios dirigía á sus amigos frases de consuelo... Pudo al fin colmar el ardiente deseo que sentía de sacrificarse por su causa. Tal vez era aquel el mejor instante de su vida.

* * *

Estefanovich es el organizador; Clemens el pensador; Ossinsky el combatiente, y Kropotkin el agitador.

Demetrio Lisogub es el mártir.

HESSA HELFMAN

Era una de aquellas heroínas anónimas, de aquellas modestas trabajadoras que lo sacrifican todo en el altar de su causa, sin pedir la menor recompensa. Desempeñan el cometido más ingrato: se inmolan por nada, por haber prestado su nombre para la correspondencia ajena, por haber dado asilo á un hombre, muchas veces desconocido, por haber enviado un paquete sin conocer su contenido. Los poetas no les dedican versos; la historia no las inscribe en sus fastos, ni merecerán un recuerdo de la posteridad agradecida. Pero sin sus esfuerzos no podría existir el partido y toda lucha sería imposible.

Pero he aquí que una onda de la historia arrebata á una de esas heroínas del rincón obscuro donde creía consumir su vida, y la lleva en su cresta centelleante á lo más alto de la celebridad universal. Entonces todos miran aquel modesto semblante y en él advierten rasgos de una fuerza de ánimo y una abnegación tan grandes, que despiertan el asombro de los más bravos.

Tal es la historia de Hessa Helfman.

* * *

No tuve ocasión de conocerla personalmente. Pero si aquí quebranto mi palabra de hablar únicamente de aquellos á quien conocí personalmente, no lo hago por la fama que alcanzó su nombre, sino por sus cualidades

morales, unidas íntimamente con su celebridad. Y sé perfectamente que me lo agradecerá el lector, porque esta figura sencilla y simpática caracteriza mi partido mejor que lo haría un modelo excepcional, pues una modesta flor del campo da idea más precisa de la fama de un país que una planta maravillosa y rara.

* * *

Hessa Helfman nació de una familia de judíos, fanáticos de su religión, tipo desconocido en los países donde la civilización ha borrado los odios religiosos, pero que es común en Rusia. La familia de Hessa consideraba como una abominación todo lo que procedía de cristianos y aun la ciencia que enseña á menospreciar la religión de los mayores. Hessa, influída por las ideas modernas, no pudiendo soportar aquel yugo, huyó de la casa paterna y llevó por toda herencia la maldición de los fanáticos, que hubieran preferido verla muerta á temer que fraternizase con los *goi*.

La muchacha se fué á Kief, donde, para ganar el sustento, se acomodó de cocinera.

Llegó el año 1874. El soplo revolucionario alcanzó á todas partes y acarició la frente de la joven cocinera judía.

Trabó conocimiento con algunas mujeres procedentes de Zurich, que luego figuraron en el proceso de los cincuenta, y ellas la atrajeron al movimiento. Pero su participación fué humilde; limitóse á prestar sus señas para la correspondencia revolucionaria. Pero cuando fué descubierta la conspiración, «su horrendo delito» le valió nada menos que dos años de prisión preventiva y otra condena en el castillo de Litovsky. En la cárcel, encerrada con cuatro ó cinco mujeres detenidas por el mismo movimiento, Hessa fué iniciada en las ideas so-

cialistas, á las cuales se entregó en cuerpo y alma. Pero no pudo ponerlas en práctica, porque después de terminada su condena, en vez de alcanzar la libertad, fué internada en una de las provincias septentrionales y permaneció allí hasta fines de otoño de 1879, en que, aprovechando un descuido de sus guardianes, huyó y vino á San Petersburgo. Aquí, llena del entusiasmo que había crecido en su alma por haber estado comprimido mucho tiempo, se lanzó atrevidamente á la pelea, deseando satisfacer su necesidad de trabajar por los ideales.

Siempre enérgica y gozosa, se contentaba con poquísimo, con tal de contribuir al triunfo de la causa. Sirvió de todo: fué correo, mensajero, centinela y, á menudo, su trabajo era tan penoso, que debilitaba sus fuerzas de mujer del pueblo trabajador. ¡Cuántas veces, muy entrada la noche, volvía á casa rendida y sin aliento por haber recorrido durante catorce horas la capital, echando en diversos buzones cartas con los manifiestos del Comité Ejecutivo! Pero al día siguiente se levantaba para reanudar su trabajo.

Estaba siempre dispuesta á prestar cualquier servicio á quien lo necesitase, sin calcular los peligros que había de costarle. Y jamás pensó en sí misma.

Para dar una idea de la fuerza moral y de la devoción sin límites de esta sencilla joven, basta recordar la historia de los últimos meses de su actividad revolucionaria. Su marido—Nicolás Kolotkevich,—uno de los individuos más conocidos del partido terrorista, fué detenido en el mes de febrero. Pesaba sobre él una condena capital. ¡Pero ella permaneció en las filas de los combatientes, ocultando su ansiedad y su dolor!... Estaba en cinta de cuatro meses y asumió el terrible encargo de aparecer como dueña del local donde se fabricaban las bombas de Kibalchik y no se movió de allí hasta que, una semana después del 13 de marzo, fué detenida nuevamente.

El día del proceso compareció tranquila y sonriente ante los jueces que debían enviarla al patíbulo. Pero sufrió una pena más terrible: la de esperar durante cuatro meses su suplicio. Y soportó la tortura moral por espacio de eternos meses, sin un momento de debilidad; el gobierno, que no se atrevía á mandar ahorcarla, temeroso de excitar la indignación de Europa entera, trató de aprovechar su situación para arrancarle revelaciones. Por eso prolongaba su tormento moral hasta el tiempo en que podía aniquilar su vida, y no conmutó su pena hasta pocas semanas antes del parto.

VERA ZASSULICH

Hojeando el gran libro de la historia, sería difícil, tal vez imposible, encontrar un nombre que con rapidez tan fulmínea haya alcanzado una celebridad universal tan unánime é incontestable.

Este nombre humilde estuvo durante meses en boca de todo el mundo, inflamando los corazones generosos, y se convirtió en sinónimo de abnegación y heroísmo.

En cuanto á la persona que era objeto de este entusiasmo, se sustraía obstinadamente á la gloria. Huía de las ocasiones, y hasta cuando llegó al extranjero, donde podía mostrarse abiertamente sin ningún peligro, permaneció oculta ante la multitud y se negó á romper su incógnito.

Entonces, á falta de noticias ciertas, la imaginación

emprendió el vuelo. ¿Quién era aquel ser deslumbrador y misterioso? se preguntaban sus infinitos admiradores. Y cada cual la pintaba á la medida de su gusto.

Las almas blandas y sentimentales la imaginaban á modo de doncella poética, dulce, exaltada como una mártir cristiana, toda amor y altruísmo.

Los que se inclinaban á ideas más nuevas, se la figuraban como una Némesis de los tiempos modernos, con el revólver en una mano y la bandera roja en la otra, llena de altivez y terrible, á manera de la revolución personificada.

Se engañaban profundamente unos y otros.

Vera Zassulich no tiene nada de la heroína de tragedia seudorradical ni de la muchacha exaltada y romántica.

Es una mujer robusta, y aunque de mediana estatura, á primera vista parece alta. No es bella. Unicamente sus ojos son bellísimos, grandes, abiertos, con largas pestañas y de color gris que pasa á ser obscuro cuando está excitada. Pensativos y tristes en estado normal, estos ojos despiden relámpagos en los momentos de entusiasmo—lo que sucede bastantes veces,—ó son fulgurantes cuando habla en burla, cosa que sucede más á menudo. El más leve cambio de ánimo se refleja en esos ojos expresivos. El resto de la fisonomía es vulgar. Nariz larguirucha, labios finos, cabeza grande, adornada con cabellos casi negros.

Es descuidada en lo que se refiere á su exterior. No se preocupa de él en absoluto. No tiene noción de lo que interesa á casi todas las mujeres: el afán de ser hermosas. Es sobrado distraída, y, absorta en sus pensamientos, no tiene ocasión para dedicarse á estos asuntos, que la interesan poco.

Pero hay en ella una cosa que corresponde menos aun al concepto de una doncella espiritual, y es su voz. En un principio, habla como todo el mundo. Pero ese estado preliminar dura poquísimo. Apenas la conversa-

ción se anima, alza la voz y habla tan fuerte, como si su interlocutor fuese sordo ó estuviese á la distancia de un centenar de metros. Y no puede desprenderse de este hábito, á pesar de todos sus esfuerzos. Se halla tan abstraída, que olvida pronto las burlas de sus amigos y su propósito de hablar como todo el mundo, para no llamar la atención de nadie. En la calle, cuando se discute un asunto importante, empieza á gritar, acompañando las palabras con su ademán favorito, con su mano derecha, que corta el aire lo mismo que una espada.

* * *

Pero bajo este aspecto tan sencillo, rudo y nada poético, se esconde un alma llena de la más alta poesía, profunda como el mar, fogosa y potente, rica en desdén y amor.

Es muy discreta, aunque á primera vista parece todo lo contrario, porque habla mucho y entiende de todo. Admite en su intimidad á contadas personas. No me refiero á esa intimidad superficial, que es el mero resultado de confidencias recíprocas y de mucha estima, y que entre nosotros sirve de norma de relaciones, sino á la amistad que consiste en el cambio de los más recónditos pensamientos.

No es capaz de aquella amistad espontánea de las almas jóvenes é inexpertas. Procede con circunspección y no trata de suplir con la fantasía los defectos de la observación positiva. Tiene pocos amigos, pertenecientes casi todos á un grupo de antiguos conocidos; pero allí está su mundo, separado del resto de los hombres por casi infranqueable valla.

Vive con vida íntima y profunda. Padece una dolencia que es propia de los rusos: la de contemplar su

alma, para examinarla con atención, para disecarla implacablemente, buscando en ella defectos á menudo imaginarios y siempre exagerados.

De aquí proceden sus frecuentes accesos de melancolía, parecidos á los del rey Saúl, que la tienen sujeta durante días enteros sin que nadie pueda desvanecerlos.

Entonces aparece distraída, evita el trato de sus amigos y, durante horas enteras, se pasea por su cuarto, absorta en sus tristes pensamientos, ó huye de su casa para buscar alivio en la única cosa que puede dárselo: la eterna Naturaleza, impasible y majestuosa, á la cual adora con el profundo afecto de las almas verdaderamente poéticas. Y durante noches enteras, á veces hasta la salida del sol, le ocurre vagar sola por las bravías montañas de Suiza ó por las orillas de sus numerosos lagos.

* * *

Tiene aquel descontento sublime, origen de las cosas grandes, y que es en ella el resultado de un idealismo sin límites, base de su carácter. La devoción que siente por la causa del socialismo data de su niñez, y al fin se ha convertido en tan nobles conceptos del propio deber, que no hay fuerzas humanas que basten á satisfacerlos. Una amiga suya, la pintora X, de quien hablé más arriba, que conocía á Vera hacía diez años, y es persona ingeniosa é inteligente, viéndola días después de su absolución entregada á uno de sus arrebatos de negro humor, solía decir:

—Vera desearía disparar contra los Trepof todos los días, ó al menos una vez por semana. Y como esto es imposible, no puede vivir en paz.

Y la señora X se esforzaba en demostrar á Vera que no hay medio de sacrificarse todos los domingos, como se sacrifica Nuestro Señor Jesucristo, y que es

preciso conservar la paz del espíritu y hacer lo que hace todo el mundo.

Y Vera lo hacía, pero no lograba curarse. Su sentimiento no tiene nada que ver con el de las almas ambiciosas que quieren dominar á las demás. Antes y después de ser célebre, durante su último viaje en Rusia, desempeñaba los oficios más comunes y humildes: los de cajista, doncella de labor, etc.

Y cumplía sus deberes con una puntualidad y diligencia inimitables. Pero esto no le daba la ansiada paz del alma.

Recuerdo que un día me explicó lo que había sentido cuando oyó de labios del presidente del Tribunal el anuncio de su absolución. Dijo que no fué alegría, sino más bien una gran sorpresa, á la que siguió un sentimiento de profunda melancolía. Y añadió:

—No pude explicarme entonces aquel sentimiento. Pero lo he comprendido después. Si me hubiesen condenado, no habría podido por la fuerza mayor hacer cosa alguna y estaría tranquila, creyendo que he hecho por mi causa todo lo imaginable. Pero ahora que estoy libre he de buscar nuevo trabajo, y el encontrarlo me parece bastante difícil.

Este discursito, que quedó impreso en mi memoria, pinta su carácter mejor que podrían hacerlo muchas páginas de comentarios.

* * *

Su modestia excepcional, inapreciable, no es más que una forma de su idealismo sin límites. Es como el sello de un noble espíritu en el cual el heroísmo es una cualidad lógica y aparece en forma divinamente sencilla.

En medio del entusiasmo universal y de una sincera adoración, Vera Zassulich conservó toda la sencillez de

modales, toda la candidez de corazón que la distinguían antes de que su nombre estuviese rodeado de una aureola de eterna gloria. Esta gloria, que habría turbado el juicio de un estoico, la dejó fría é indiferente hasta el punto de que no hizo el menor esfuerzo para recibir el homenaje de sus admiradores.

Es un hecho único en la historia del corazón humano y que basta por sí solo para demostrar la entereza de aquel carácter, que todo lo obtuvo de sí mismo, sin buscar el concurso de causas exteriores.

Después de realizar su grande acto por íntima convicción moral y sin la menor sombra de ambición, Vera se mostró esquiva á todas las manifestaciones del sentimiento popular. Por eso se ha negado siempre tenazmente á presentarse en público.

Y su esquivez no es antojo de muchacha, sino más bien un nobilísimo pudor moral que la impide recibir parias por aquello que, en la magnífica ilusión de su ensueño, se niega á estimar como acto heroico.—Por eso Vera, que ama tanto á la sociedad, que habla con tan buen deseo, que no se abstiene nunca de rehusar una discusión ardentísima, cuando cree no tener razón, —esta Vera, cuando pone el pie en una reunión cualquiera, se transforma de pronto: se vuelve tímida y ruborosa como una colegiala. Su misma voz potente y sonora sufre un cambio admirable, y se torna dulce, delicada, suave,—viene á ser, como dicen en burla sus amigos, una voz angélica.

* * *

Pero hasta el oirle esta voz, es cosa bastante rara, porque en las reuniones públicas permanece muda como un espectro. Es preciso que el asunto le interese mucho para que se decida á pronunciar dos palabras.

Si se quiere conocer todo el precio de su noble inteligencia y de su conversación seductora, hay que oirla en su casa y en presencia de amigos. Sólo en estas condiciones da libre curso á su agudo y chancero ingenio.

Habla una lengua que es muy suya, rica, variada, que reune al humorismo popular cierta ingenuidad de niño. Algunas de sus expresiones son verdaderas joyas, no de aquellas que se ven en los escaparates de los artífices, sino de las que Naturaleza le ofrece de su próvido seno.

El rasgo característico de su ingenio es la originalidad. Dotada de una fuerza de raciocinio de primer orden, Vera Zassulich la acrecentó con diversos y formales estudios en varias ciudades de Rusia. Posee la rara aptitud de pensar así en las cosas grandes como en las pequeñas. Es incapaz de caminar por los caminos trillados en pos de ajenas huellas. Lo comprueba y lo critica todo y no acepta nada sin previo y detenido examen. Por eso pone en las cosas más vulgares un sello característico, que da á sus razonamientos y á sus ideas una frescura y una vivacidad encantadoras.

Esta originalidad é independencia del pensamiento —aliadas con el conjunto de su carácter moral—dan singular relieve á su tipo bellísimo. Hablo de aquel instinto moral, casi infalible, que le es propio; de aquella facultad de discernimiento del bien y el mal en las cuestiones más difíciles que ella posee sin darse cuenta tal vez de sus cualidades. Y ese instinto lo evidenció admirablemente lo mismo en asuntos de orden interior que en su conducta ante el tribunal el día de su memorable proceso.

Todos sus consejos y opiniones, aun los menos fundados, son siempre dignos de tenerse en cuenta, pues rara vez salen frustrados.

Por lo mismo, Vera Zassulich reune todo lo preciso para ser el alma y la conciencia de un partido. Pero

su influencia moral no debe considerarse como el tipo de una influencia política. Se halla demasiado absorta en sí misma para influir en los otros. Si se quiere obtener de ella un consejo, es preciso pedírselo con vivas instancias. Por iniciativa propia jamás se entromete en ajenos negocios, á fin de aprovecharlos, como suelen hacer los organizadores y los agitadores. Cumple su deber según los mandatos de su conciencia, sin querer arrastrar con su ejemplo á los otros.

Su propio idealismo, tan noble y fecundo que la impulsa á batallar por una causa grande, la hace incapaz de dedicarse con ardor al trabajo cotidiano, siempre trivial y mezquino.

Es una mujer de grandes decisiones en los supremos instantes de lucha y de peligro.

En cuanto al modelo de combatiente, propiamente dicho, hay que buscarlo en otra mujer, cuya noble figura quiero trazar en el capítulo inmediato, si mis fuerzas alcanzan para ello.

SOFIA PEROVSKAIA

Era hermosa. No con la belleza que á primera vista seduce, sino con aquella que es más encantadora cuanto más se la contempla.

Una rubia cabecita, con dos ojos azules, serios y perspicaces bajo la pura y espaciosa frente. Nariz pequeña, boca fresca que en frecuente sonrisa mostraba dos hileras de bellísimos dientes blancos.

Pero lo más atractivo era el conjunto de su fisonomía. Tenía un no sé qué de avispado, brioso y al mismo tiempo ingenioso en su carita redonda. Era la juventud personificada. A pesar de sus veintiséis años, parecía una muchacha de diez y ocho. Su gracioso cuerpo, menudo y sutil, y su voz fresca, argentina y extraordinariamente simpática, aumentaban esta ilusión, que se trocaba casi en certidumbre cuando la joven empezaba á reir, cosa que ocurría con frecuencia. Tenía la fácil risa de las niñas, y se reía de tan buen grado y con tal franqueza, que parecía una muchacha de diez y seis años.

No cuidaba de su exterior. Vestía muy modestamente, y tal vez no sabía lo que es un traje ó un adorno que sienta bien ó mal. Pero tenía una gran pasión por la limpieza, y en este punto era remirada como una joven suiza.

Amaba mucho á los niños y era una excelente maestra. Pero hay un oficio que ejerció todavía mejor: el de enfermera. Cuando alguna de sus amigas caía enferma, Sofía era la primera en solicitar aquel penoso cargo. Y sabía llenarlo con una dulzura, un buen humor y paciencia tales, que le conquistaban para siempre el corazón de sus enfermos.

Y aquella mujer de aspecto tan sencillo, de carácter tan noble y afectuoso, era uno de los miembros más temidos del partido terrorista.

A ella tocó la dirección del atentado del 13 de marzo; ella trazó con un lápiz, sobre un viejo sobre, el plano de la localidad indicando á los conjurados su puesto respectivo, y en la mañana fatal estaba en el campo de batalla, recibiendo de los centinelas noticias sobre los pasos del emperador y avisando con un pañuelo á los conjurados el lugar á donde debían dirigirse.

¿Qué titánica fuerza se escondía bajo aquel semblante tan sereno? ¿Qué cualidades poseía aquella mujer extraordinaria?

Reunía en sí tres poderes que por sí solos constituyen una fuerza de primer orden: una vasta y profunda inteligencia, un carácter entusiasta y ardiente, y, sobre todo, una voluntad de hierro.

* * *

Como Kropotkin, Sofía Perovskaia pertenece á la más alta nobleza rusa. Los Perovski son la rama menor de la familia del famoso Rasumovski, esposo morganático de la emperatriz Isabel, que reinó á fines del siglo pasado.—Su abuelo fué ministro de Instrucción pública; su padre, gobernador general de San Petersburgo, y el tío paterno de Sofía, el célebre conde Perovski, conquistó por el emperador Nicolás una parte considerable del Asia central.

Tal es la familia en que nació la mujer que tan terrible golpe debía dar al zarismo.

Sofía nació el año 1854. Su juventud fué tristísima, al lado de un padre severo y de una madre idolatrada, siempre ultrajada y escarnecida... En el seno de su familia, sintió crecer el germen de su odio contra la opresión y del amor á los débiles y los oprimidos que conservó hasta la muerte.

La historia de su vida es á la vez la de la juventud rusa y la del partido revolucionario.—Resumirla aquí equivaldría á presentar en forma concreta lo que he referido en mi proemio. Me limitaré á indicar los puntos principales.

Sofía Perovskaia empezó, como todas las jóvenes de su generación, dedicándose con ardor al estudio.—Al cumplir quince años, halló que estaba en su período álgido el movimiento para la emancipación de la mujer, en el cual había tomado parte su hermano mayor. —Sofía quiso instruirse también, pero su padre se lo

vedó, y entonces ella huyó de su casa, imitando á tantas otras jóvenes.

Oculta en casa de una amiga, envió un parlamentario á su padre, que después de rabiar inútilmente durante algunas semanas, mientras la policía buscaba por todas partes á la doncella, transigió y consintió en enviar á Sofía un pasaporte. La madre le envió secretamente algún dinero. Sofía, libre de cuidados, empezó á estudiar ávidamente.

¿Qué enseñanzas le procuraba la literatura rusa de aquella época? Una severa crítica de nuestro orden social, la cual indicaba como único remedio y fin positivo el socialismo. Sus maestros son Chernischevsky y Dobrolinbof, guías esclarecidos de la generación moderna.—Su deseo de saber se convirtió pronto en ansias de realizar lo que había aprendido. Igual tendencia nace espontánea de otras muchas jóvenes que se hallan en situación idéntica. La comunidad de ideas y aspiraciones determina un sentimiento de profunda amistad, y cuando se ven reunidas conciben el propósito y la esperanza de hacer algo.

He aquí el embrión de una sociedad secreta, porque en Rusia todo lo que se hace en bien de la patria, prescindiendo del emperador, debe realizarse con el mayor sigilo.—Sofía Perovskaia se alió con la desventurada familia de las hermanas Kornilof, núcleo que dos años después debía convertirse en el círculo de los *chiakovzi* á que me he referido varias veces. La joven Perovskaia, á quien se habían unido algunos estudiantes, y entre ellos Nicolás Chiakovsky, que dió su nombre á la agrupación, fué uno de los primeros miembros de tan importante círculo, cuyo carácter fué en un principio más bien familiar que político.

Aquel círculo, que por el momento no tenía más designio que el de la propaganda entre la juventud, era poco numeroso. Los miembros eran admitidos por unanimidad. No tuvieron estatutos, porque no los nece-

sitaban. Todas las decisiones se tomaban siempre por unanimidad, y esta regla poco práctica no tuvo nunca desagradables consecuencias ni la menor molestia, porque el cariño y la consideración recíproca entre los asociados eran tales, que se había logrado lo que el genio de Rousseau entreviera como ideal de las relaciones entre los hombres: la minoría cedía á la mayoría, no ya por necesidad ó por imposición, sino con la seguridad de que tenían razón los más contra los menos.

Las relaciones entre los asociados eran tan cordiales como pueda concebirse. Se adoptaron como regla general la lealtad y la franqueza. Todos se estimaban como individuos de una misma familia y ninguno de ellos ocultaba al otro los actos de su vida. Por eso la más pequeña debilidad, una falta de devoción á la causa, toda tacha de egoísmo fueron citadas, subrayadas, á veces censuradas fuertemente, no como lo haría un orgulloso mentor, sino como suele hacerse de hermano á hermano, con amor y amargura.

Estas relaciones ideales, imposibles en un círculo que comprende gran número de personas unidas por el objeto á que aspiran, desaparecieron en cuanto el círculo extendió su actividad política. Pero influyeron en el desenvolvimiento moral del individuo y formaron aquellos caracteres, aquellos corazones de oro y acero que se observan en Cuprianof, Cheruschin, Alejandra Kornilova, Serdiukof y tantos otros que en un país distinto al nuestro serían el honor, la gloria de la nación, pero que aquí han muerto en la cárcel, se han suicidado, han sido sepultados en las ruinas de Siberia ó destrozados por el inmenso dolor de haber perdido todo lo que más querían en la vida...

En aquel ambiente severo y amoroso, lleno de rigorismo casi monástico y saturado de devoción y entusiasmo, pasó Sofía Perovskaia tres ó cuatro años de su primera juventud, en los que el alma cándida y delicada recibe solícita toda impresión generosa y en que el

corazón se desvive por todas las nobles ideas. Allí se templó su carácter.

Sofía Perovskaia fué uno de los miembros más influyentes y estimados del círculo, por la estoica severidad de su ánimo, por su infatigable laboriosidad y, especialmente, por su poderosa inteligencia. Su mente clara y perspicaz tenía aquella aptitud, tan rara en las mujeres, de entender perfectamente un asunto y saber enlazarlo con todas las deducciones filosóficas que de él puedan inferirse. De aquí procedía su firmeza de convicciones, que no se modificaba por sofismas, y menos aun por pasajeras impresiones, unida á una extraordinaria habilidad en todas las polémicas, así teóricas como prácticas. Era un entendimiento dialéctico de primer orden. Como veía el objeto por todos sus lados á la vez, llevaba gran ventaja á sus contrincantes, que lo consideraban desde un punto de vista especial ó mezquino.—A pesar de su fogoso temperamento, Sofía se elevaba con la fuerza de su ingenio sobre las exigencias de la pasión y veía las cosas con ojos no ofuscados por la niebla del entusiasmo. Nunca exageraba nada y no atribuía á su actividad y á la de sus amigos mayor importancia que la que tenían realmente. Por eso trataba de ampliarla con vías y medios nuevos, y vino á ser la *iniciadora* de nuevas empresas. El paso de la propaganda entre los jóvenes á la propaganda entre los obreros, que por los años 1891 y 1892 se realizaba en el círculo de los *chiakovzi*, se debió en gran parte á la iniciativa de Sofía Perovskaia.—Y cuando se hubo verificado este cambio, fué también la primera en pedir que de la ciudad se pasase al campo, pues comprendía que en Rusia un partido del porvenir debe buscar, ante todo, la adhesión de los trabajadores agrícolas.—Y después, cuando perteneció á la agrupación terrorista, hacía toda clase de esfuerzos para desarrollar la actividad de su partido, que le parecía demasiado exclusiva.

Esta ansiedad de la joven procedía de su gran fuerza de raciocinio y no del romanticismo, que tiene por base una imaginación sobrado ardiente. Del romanticismo que algunas veces impulsa á grandes empresas, pero que comúnmente consume la vida en varios ensueños, no había nada en Sofía Perovskaia. Era demasiado positivista y perspicaz para nutrirse con quimeras. Tomaba la vida tal como era, tratando de hacer el máximo de lo que puede hacerse en un momento dado. Para ella la inercia era el mayor tormento.

Y, no obstante, por espacio de cuatro años debió permanecer inactiva.

* * *

El 25 de noviembre de 1873, Sofía fué detenida juntamente con un grupo de trabajadores, en el barrio de Alejandro Newsky. Fué encarcelada, pero después de un año de prisión fué puesta en libertad provisional, por falta de pruebas, bajo fianza prestada por su padre, y tuvo que ir á Crimea, donde su familia poseía grandes dominios.—Durante tres años, Sofía nada pudo hacer, porque estaba muy vigilada, y en caso de huir hubiera comprometido á todos los que habían sido puestos en libertad provisional, en vez de esperar en la cárcel el resultado de su proceso.—Pero al fin, en 1877, se vió el proceso de los 193, en el que se vieron envueltos con Sofía Perovskaia casi todos los miembros de la sociedad de los *chiakovzi*.

No sería inútil citar aquí un pequeño detalle que revela los rasgos del carácter de Sofía.

Los acusados, no queriendo ser un juguete en manos del gobierno, que disponía las sentencias antes de que se abriesen los debates, resolvieron hacer una manifestación solemne. Pero hasta el último día no se determinó el alcance de esa manifestación.

Sofía, que estaba en libertad, compareció sin conocer los propósitos de sus amigos, detenidos en la cárcel, y declaró en primer término, pues se creía cogerla de sorpresa y aprovechar la eficacia de su castigo.

Pero esta esperanza salió frustrada. Sofía, al verse sola, pasado el primer momento de sorpresa, declaró que no quería tomar parte en los debates, porque no veía á ninguno de aquellos de quienes quería compartir la suerte.

Era precisamente lo que se decidía en aquel instante en las celdas de la cárcel.

Se absolvió á Sofía; pero, en vez de recobrar la libertad, fué entregada á los gendarmes para pasar á una de las provincias septentrionales, que es lo que se hace en Rusia con los delincuentes *absueltos* por el tribunal.

Pero ya no pesaba sobre ella ninguna obligación moral. Por eso decidió fugarse, y lo hizo aprovechando la primera ocasión favorable, sin ajeno auxilio y sin avisar á sus amigos, que la vieron de nuevo en San Petersburgo alegre y sonriente, como si nada hubiese sucedido, refiriendo los detalles de su evasión tan sencilla, inocente y casi burlesca, que entre las terribles peripecias de su vida es como una flor de rododendro en medio de las abruptas rocas del Diablaret suizo.

* * *

En 1878, tomó otra vez parte activa en el movimiento. Pero cuando volvió, después de cuatro años de ausencia, al campo de batalla, todo había cambiado: los hombres, las tendencias y los medios.

Por primera vez aparecía el terrorismo.

La joven se adhirió al movimiento como único recurso para combatir al gobierno. Y en esta tremenda

lucha demostró todo el valer de sus eminentes cualidades.

Pronto conquistó en la organización terrorista la misma influencia y el mismo prestigio que tenía en el círculo de los *chiakovzi.*

Poseía una energía sin límites. Sabía realizar por sí sola el trabajo de muchos. Era incansable. Predicaba á la juventud y era una de las más afortunadas, porque al arte de convencer añadía aquel otro más difícil de inspirar entusiasmo y sentimiento del deber, de los que estaba llena su alma.—Con frecuencia dirigía su voz á los obreros, que la amaban por su sencillez y su seriedad, y fué una de las iniciadoras de la sociedad terrorista obrera llamada *Robochaia drugina*, á la que pertenecían Timoteo Mikailof y Risakof.—Tomó parte en todas las empresas de los terroristas, empezando por la de libertar á Voinaralsky.—Su mente serena y perspicaz sabía prever los más pequeños detalles, de los que muchas veces depende el éxito de las grandes empresas.—Era muy hábil en los preparativos que requieren tanto ingenio y sangre fría, porque una palabra puede comprometerlo todo, no ya por lo que se refiere á la policía, de la cual viven muy apartados los nihilistas, sino en virtud de indiscreciones casi inevitables—entre marido y mujer ó entre amigos,—que á veces descubren el secreto mejor guardado y lo entregan á la curiosidad de las gentes.—En cuanto á Sofía, llevaba su reserva hasta el punto de que podía vivir durante muchos meses con íntimas amigas sin comunicarles el menor de sus actos.

Acostumbrada á vivir en el mundo revolucionario, Sofía adquirió una gran aptitud para adivinar en sus compañeros las cualidades que les distinguían, y sabía, como pocos, servirse de los hombres. Y no era que emplease para esto subterfugios, pues no tenía necesidad de recurrir á la astucia. Se imponía por su carácter de hierro, por su palabra soberanamente persuasiva y,

sobre todo, por su valer moral y la pureza que emanaba de su persona.

El temple de ánimo era en ella tan poderoso como la inteligencia. La tremenda labor de la conspiración perenne en las condiciones de Rusia, era labor que agota y consume los temperamentos más robustos, porque el Dios implacable de la Revolución pide en holocausto, no ya la vida, no ya la sangre de sus servidores —¡y ojalá eso le bastara!—sino la médula de sus nervios y su cerebro, el alma de su alma: el entusiasmo y la fe—y si no es así los rechaza despiadado;—esa labor no ha podido debilitar el ánimo de Sofía Perovskaia.

Durante once años permaneció en su puesto de honor, presenció inmensas pérdidas, sufrió crueles desengaños, y, aun así, redobló su audacia. Supo avivar el fuego sacro. No se envolvió en el manto lúgubre y triste del rígido «deber». A pesar de su estoicismo y su aparente frialdad, fué siempre una sacerdotisa inspirada, porque bajo su coraza de bruñido acero latía un corazón de mujer, y, hay que confesarlo, las mujeres se encienden en esta llama divina mejor que los hombres. Por eso hay que atribuirle casi todo el fervor religioso del movimiento revolucionario ruso. Y por eso el nihilismo, mientras cuente con las mujeres, será invencible.

* * *

Sofía Perovskaia no era sólo una organizadora. Marchaba al combate y buscaba siempre el puesto de mayor peligro. Tal vez esto le daba su fascinación invencible. Cuando fijaba en alguien su profunda mirada, que parecía penetrar en lo más hondo del pensamiento y decía con su noble ademán ¡Adelante!, nadie podía retroceder ni detenerse. Ella volaba al peligro gozosa, «feliz», según decía.

La vemos intervenir en todas las empresas de los años 1879 á 1881, y á veces corría el mayor riesgo, como en la tentativa de Hartmann, donde, en calidad de casera, tuvo que hacer frente á serios peligros inesperados, y donde, con su presencia de ánimo y sangre fría, supo alejar las contingencias que preceden ó acompañan á cualquier empresa.

En cuanto á su denuedo y calma en la ejecución, no hay palabras bastante expresivas para ponderarlas. Baste decir que en la tentativa de Hartmann, los seis ú ocho hombres que ayudaban á éste y que no eran gente despreciable, encargaron á Sofía prendiese fuego al depósito de explosivos que estaba dentro de la casita, para volarlo todo y perecer todos, en el caso de que la policía viniese á detenerlos. También se le confió la delicada misión de vigilar la llegada del tren imperial para dar la señal de la explosión en el momento preciso. Y ya es sabido que, si fracasó el intento, no tuvo ella la culpa.

No hablo de la dirección del asunto del 13 de marzo, porque sería repetir lo que todos saben.—El procurador imperial, queriendo demostrar la poca fuerza del Comité Ejecutivo, dijo que éste se había visto obligado á confiar la dirección de acto tan importante á la débil mano de una mujer.—Sin duda el Comité entendía más que él de estas cosas, como lo probó la misma Sofía Perovskaia.

* * *

Fué detenida una semana después del 13 de marzo, porque se negó á salir de la capital. Compareció ante el Tribunal serena y firme, sin la menor ostentación ó jactancia, sin tratar de disculparse ó glorificarse, sencilla y modesta como había vivido. Sus propios enemigos se conmovieron al verla.

En brevísimas palabras pidió tan sólo que no la separasen de sus compañeros, pues quería correr su misma suerte, y esta petición suya fué atendida...

Se aplazó la ejecución por seis días eternos, aun cuando estaba fijado en tres el término legal de la casación y de los recursos de indulto.

¿Cuál fué la causa de este inexplicable retardo? ¿Qué se hacía entretanto con los sentenciados á muerte?

Nadie lo sabe.

Circularon por la capital los más siniestros rumores. Se aseguraba que, por jesuítico é infame consejo de Loris Melikof, los condenados fueron sometidos á la tortura, que debía arrancarles revelaciones, y que esto se hacía, no ya *antes* de la sentencia, sino *después*, á fin de que nadie pudiese oirles.

¿Eran vanos rumores ó indiscreciones ciertas?

Nadie lo sabe.

Como no hay testimonios positivos, no queremos dirigir ni aun á nuestros enemigos una acusación semejante. Pero hay un hecho innegable que contribuyó á dar crédito á esos asertos persistentes: ¡nadie oyó más la voz de los condenados!—Se prohibió á los parientes de los reos visitarles en la cárcel, á pesar de que una piadosa costumbre permite estas visitas. El gobierno no vaciló en apelar á indignos subterfugios para sustraerse á todas las censuras.—La amorosa madre de Sofía vino desde Crimea al primer anuncio de la prisión de su hija. La vió por última vez el día del fallo.—Después, con diversos pretextos, se le negó tenazmente la entrada á la cárcel. Por fin le designaron la mañana del 15 de abril para que viera á su hija.

Fué allí; pero no bien hubo llegado á las puertas, se abrieron de par en par, y vió á su hija... pero ya en el carro fatal.

Era la lúgubre comitiva de los condenados que se dirigían al lugar de la ejecución.

No referiré los horribles pormenores de aquella matanza.—«He asistido á una docena de ejecuciones en Oriente—dice el corresponsal de la *Gaceta de Colonia;* —pero nunca vi acto de tal barbarie.

»Todos los reos murieron heroicamente. Kibalchik y Geliabof aparecen muy tranquilos. Timoteo Mikailof está pálido, pero firme. Risakof tiene una palidez enfermiza. En cuanto á Sofía Perovskaia, da pruebas de extraordinario vigor de ánimo. Sus mejillas conservan su color sonrosado, mientras su sereno semblante, en el que no hay ni sombra de orgullo, revela un verdadero valor y una abnegación sin límites.—Su mirada es tímida y humilde y no refleja la menor ostentación...»

Esto lo dice, no ya un nihilista, ni un radical, sino el corresponsal de la *Koelnische Zeitung* (16 de abril de 1881), que no puede ser tildada de simpatía por los nihilistas.

A las nueve y cuarto, Sofía Perovskaia había dejado de existir...

BOCETOS REVOLUCIONARIOS

El atentado de Moscou

I

Una compañía de eremitas

En los confines de la vieja capital de Rusia, allí donde esta ciudad medio asiática, inmensa como la antigua Babilonia y Nínive, es vencida por los espacios, y disminuyendo cada vez más el número de sus habitaciones se confunde con las ortigas, con los campos, inmensas llanuras incultas que la circundan por todas partes, como el mar una isleta, en aquellos mismos confines álzase una casucha de un solo piso y planta baja, vieja, ennegrecida por el tiempo, medio arruinada.

Pero aunque en una capital, aquella casuca no desentona en aquel barrio, pues todas las otras casas que están á su alrededor tienen el mismo aspecto mezquino y tosco; todo aquel rincón de la inmensa ciudad se asemeja más á un villorrio perdido en las llanuras de Rusia, que á una porción de una de las más grandes capitales de Europa. La hierba crece en estío en los caminos en una extensión tal, que un regimiento de caballería podría maniobrar libremente; y en el otoño lluvioso presentan aquellos caminos charcos y lagunas donde se zambullen los gansos y las ocas.

Ningún movimiento. De cuando en cuando, pasa un viandante, y, si no pertenece al barrio, es mirado largo rato y desconfiadamente por los muchachos. Si por acaso aparece un coche por alguna parte, todas las puertecitas verdes, rojas y azules se abren precipitadamente y atisban desde ellas las muchachas y las mujeres curiosas por ver un espectáculo tan extraordinario.

Todos los habitantes de aquel barrio pacífico se conocen, porque en él han nacido, crecido y envejecido. Son gente sencilla, patriarcal, que parece completamente extraña á toda la civilización moderna. Viven poco menos que como sus padres de hace dos ó tres siglos. Casi todos pertenecen á las antiguas sectas religiosas que se formaron en el siglo XVIII, cuando el patriarca Nicon, hombre sabio, pero despótico é implacable, quiso corregir los antiguos libros de sus diversos *errores de ortografía*. No queriendo reconocer las correcciones de Nicon, que éste se desvivía porque aceptasen *por fuerza* los celosos del rito antiguo, las sectas renegaron de todas las ordenanzas del Estado, que ayudaba con mano firme al feroz patriarca, especialmente después de las reformas de Pedro *el Grande*, hechas según los ejemplos de los descreídos «alemanes». Las sectas rehusaron el vestido europeo que el zar reformador quería imponerles por violencia.

Perseguidas despiadadamente durante dos siglos, esas sectas se propagaban, no obstante, por toda Rusia, entre el pueblo humilde, y en la actualidad contaban al menos con diez millones de adheridos. Su sede principal es la vieja capital abandonada por los emperadores, como la antigua religión. El barrio de Preobragenskoye y el de Rogoskoe, que describimos—los cuales tomaron su nombre de dos cementerios donde están sepultados tantos mártires de esas sectas,—son sus verdaderas capitales, en las que residen clandestinamente sus sacerdotes, sus obispos y se celebran secretamente sus concilios ecuménicos.

Es verdad que la corrupción del siglo comienza á invadir hasta esos últimos refugios de la antigua fe, y cuando en los días de fiesta la población sale de sus casas para sentarse, según costumbre oriental, junto á ellas charlando con los vecinos, no es raro ver un muchacho alegre, que trabaja en cualquier fábrica de la ciudad, tocar la «armónica», en lugar de la antigua guitarra, y llevar un *jubón* de relucientes botones en lugar de la antigua chupa, y botas *con tacones*—lo cual es una abominación alemana;—se cuenta también que algunos de ellos fuman á escondidas *tabaco*, lo cual es realmente nefando. porque hace parecer al hombre un diablo en persona, que en los relatos de la vida de los santos es siempre representado con humo hediondo que sale de su boca.

Los viejos mueven tristemente la cabeza y dicen que se acerca el fin del mundo, porque se apaga la antigua devoción.

Los dueños de la casa que hemos indicado más arriba, no pertenecen á los aborígenes de aquel barrio patriarcal. Son gente recién venida á establecerse. Ello no obstante, no son mal mirados por el vecindario, porque son buena gente, sencilla, temerosa de Dios. Es una familia, marido y mujer, que esperan á cada momento la llegada de sus viejos padres.

La mujer, aunque parezca muy joven, es una casera excelente, siempre dada á los quehaceres domésticos. El marido—un artesano de Saratoff—tendrá unos treinta y dos ó treinta y tres años, pero es muy serio para su edad. Es evidentemente un sectario. No fuma tabaco, y no se afeita la barba, cosa considerada como un pecado gravísimo, porque quita al hombre la semejanza con Dios, á cuya semejanza, como es sabido, fué creado. Cierto que el recién venido lleva botas con tacones y jubón, pero lo hace «por temor de los judíos», ó porque pertenece á otra secta que admite estas cosas, y en tal

caso ya no hay por qué reprocharle, ya que las diversas sectas tienen unas para con otras perfecta tolerancia.

Hay un indicio importante que contribuye á cambiar la amistosa sospecha en certeza. Los habitantes eran dos, pero no hay duda de que en la casa habitaban muchos; las provisiones que compraban eran tales, que por grande que fuera su apetito no podían consumirlas por sí solos. Y después, algunas viejas habían oído en sus noches de insomnio el chirrido de la puerta y el rumor de coches que evidentemente conducían gente desde muy lejos. ¿Quién podían ser, sino hermanos? se decían con confianza los ancianos. Nadie, ciertamente, iría á soplar una palabra al enemigo común—el polizonte,—que está en el extremo del camino. Ni por soñación.

Y esta pía gente no se engañaba. La casa, en efecto, era habitada por toda una compañía de eremitas... de profesión mineros. Los coches que venían de noche, traían la dinamita y los instrumentos necesarios para la explosión.

Era la excavación de Moscou.

II

La excavación

La excavación de la mina de Moscou para hacer saltar el tren imperial, principiada hacia la mitad de septiembre y terminada dos meses después, fué una parte del vastísimo proyecto de un triple atentado del mismo género que debía realizarse durante el viaje del emperador desde Crimea á San Petersburgo, sin hablar de otros tres que se refieren casi á la misma época.

Las minas debajo de la línea férrea se hicieron en

tres puntos distintos: cerca de Moscou, cerca de Alexandrowsk y cerca de Odessa.

Así se creía que el golpe no podría fallar de ningún modo.

Pero, por diversas circunstancias, ocurrió lo siguiente: los trabajos en el ferrocarril de Odessa, junto con los de la Italianskaia, recientemente descubiertos, para hacer saltar el coche imperial mientras pasara por el camino de la ciudad, debieron ser abandonados por cambio del itinerario del emperador. En el de Alexandrowsk, organizado por Geliabof y Okladsky, la mina no explotó por algunos defectos de la cápsula, por más que la batería se cerrara en un momento oportunísimo; de modo que el tren imperial pasó ileso sobre un precipicio, á cuyo fondo hubiera caído inevitablemente á la menor sacudida. De la misma manera fallaron las otras dos tentativas precedentes: la de hacer saltar el puente de piedra en San Petersburgo, organizada por el mismo Geliabof y por Tetiorka, á causa de no acudir este último con puntualidad, y el de hacer saltar el yate imperial cerca de Nicolaief, organizada por Logodenko, único atentado descubierto por la policía, que por mera casualidad hizo una visita domiciliaria precisamente en la habitación donde se habían dispuesto los hilos eléctricos.

Sólo en Moscou los terroristas tuvieron la fortuna de llevar á efecto una tentativa, aunque allí precisamente la cosa pareciese más difícil y las probabilidades de éxito mucho menores, sobre todo por el trabajo ciclópeo que exigía muchos hombres, que era difícil tener escondidos, y por la proximidad de la capital, donde la vigilancia era tan grande.

No quiero contar lo que ya se sabe por los periódicos de aquel tiempo. Me propongo únicamente revelar dos circunstancias, tales como me fueron relatadas por un amigo mío que tomó parte en el hecho, y de cuya veracidad respondo en absoluto.

La primera se refiere á la organización, la segunda á la ejecución del proyecto. Ambas son muy características, no sólo de aquella tentativa, sí que también de todas las empresas de los terroristas: es la sencillez llevada al último límite y en contradicción flagrante con todas las ideas preconcebidas acerca del nihilismo, de sus medios y de las formas de ejecución que les atribuyen.

Se cree generalmente que los nihilistas tienen á su disposición medios extraordinarios. Es un error grandísimo, y el atentado de Moscou es la mejor prueba. Los gastos de la lucha son tan inmensos que los nihilistas corren siempre como hambrientos tras un billete de cien rublos. Por eso se ven obligados á realizar sus proyectos con la mayor economía, aun á riesgo de sus propias cabezas.

Merced á ello, los enormes trabajos de la mina de Moscou y de otros dos atentados ferroviarios, organizados en el mismo noviembre, costaron en total la mezquina suma de 80 á 100,000 liras, comprendidos los viajes. Las otras empresas de inferiores vuelos costaron aun menos. La tentativa para libertar á uno de los condenados en el proceso de los 193, mientras lo trasladaban desde San Petersburgo á la prisión central de Karkof, organizada en larga escala, y en la que era necesario comprar cinco caballos, un coche, muchas armas y pagar los gastos de un numerosísimo personal de centinelas, colocados en San Petersburgo, Moscou, Kursk y Karkof, para vigilar todos los movimientos de los gendarmes, aquella tentativa no costó más, según las minuciosas cuentas presentadas por los encargados de la organización, que la suma de 4,500 rublos, más alguna fracción, es decir, unas 5,000 pesetas.

Gastando tan poco los terroristas, vense á menudo obligados á remendar con la propia piel las hendiduras que, por demasiada economía de madera, se abren en su edificio. Así en el atentado de Moscou debió recu-

rrirse, por falta de dinero, á un empréstito con la hipoteca de la misma casa donde se hacían las excavaciones. Se debía pensar, además, en una visita de peritaje hecha siempre en presencia de la policía, cuando los trabajos de excavación estaban ya casi terminados. No hay necesidad de insistir en los peligros de semejante visita. Los mismos trabajos se hacían con los menores gastos posibles.

El instrumento para perforar no fué adquirido hasta los últimos tiempos, cuando por demasiado trabajo los mineros vieron absolutamente agotadas sus fuerzas. Primero se realizaba el trabajo á mano. Y como por la humedad del tiempo la galería estaba siempre llena de agua, que trasudaba de lo alto y se reunía en el fondo, debían los mineros trabajar bañados en agua helada, sumergidos hasta la rodilla y tenderse en el cieno, pues no tenían vestiduras impermeables como la de los buzos, que les hubieran preservado de tantos sufrimientos en aquella cueva dantesca.

Para conservar la verdadera dirección de la galería, se usaban medios é instrumentos que habría rehusado desdeñosamente un geodesista. Ni siquiera se compró un astrolabio, ni siquiera una brújula con cuadrante, y sí tan sólo una muy sencilla de viaje, de las que únicamente se usan para levantar planos militares.

Por medio de aquella brújula fueron encontrados con más ó menos precisión los puntos cardinales, y para referirlos al interior de la galería usáronse trocitos de hierro atados con largos bramantes á los travesaños.

A pesar de todo ello, cuando después de la explosión fué visitada la mina por los ingenieron, éstos encontraron que estaba perfectamente hecha. La diligencia suplía los defectos de los intrumentos de trabajo, y el buen humor sostenía las fuerzas.

Sería grave error imaginarse aquella terrible conspiración con los atributos tradicionales de los conspi-

radores de teatro. Todas las reuniones de los nihilistas se distinguen por su sencillez y por la falta absoluta de aquella pompa ú ostentación que rehuye severamente el carácter ruso, enemigo de lo cómico.

En los asuntos más graves, en los que ha de arriesgarse ó perderse indudablemente la cabeza ó las cabezas, todo se combina por nosotros en cuatro palabras. Ningún desfogue de arte oratorio. Ninguna arenga apasionada, porque no suscitaría más que sonrisas, como cosa perfectamente fuera de propósito. El público no asiste á las discusiones. Todo se arregla entre gente que se conoce á fondo y que comprende perfectamente lo que es y lo que no es.

¿Por qué hacer gala de lo que se sobrentiende ó se supone? Muy raramente vibra sin pensar una frase ó una palabra en tono más profundo, ó un relámpago de entusiasmo fulgura en una mirada. Si uno que no entendiera nuestra lengua asistiera á una reunión de terroristas donde se decidiera la cosa más tremenda, la tomaría por una tertulia de gente pacífica que habla tranquila y sencillamente de un asunto sin importancia.

Esto lo digo para norma de los bonachones novelistas que han tenido la cortesía de representar tipos de la vida nihilista, porque todos hacen de ellos héroes de melodrama, que, por lo que á nosotros se refiere, en lugar de excitar el entusiasmo, como se les atribuye, hubieran producido precisamente efecto contrario, porque habrían, sin duda, hecho sospechar de la resolución del hablador demasiado fecundo; ya es sabido, que el perro que ladra no muerde. La excavación de Moscou puede servir de excelente prueba de lo que digo. En cuanto al peligro que amagaba á cuantos se encontraban en la casa fatal, no podía ser ni exagerado ni desconocido. Según las leyes rusas, cuando se trata de un atentado contra la vida del emperador, todos los cómplices, sin ninguna distinción, incluso los encubridores, son castigados con la muerte. Y esta muerte revoloteaba

á cada momento, día y noche, sobre las cabezas de los mineros, que de cuando en cuando sentían el aura fría de sus negras alas, cual si se aprestara para arrebatarlos.

Algunos días antes del paso del emperador, la policía visitó aquella casa con fútil pretexto. Los trabajadores fueron avisados inmediatamente, y la policía no vió más que á los dueños legítimos de la casa, quienes lo dispusieron todo de manera que no suscitara la menor sospecha. La más leve turbación del semblante, el más ínfimo temblor de la voz, podían comprometer y provocar un minucioso registro que lo habría descubierto todo.

Otras veces era de temer las sospechas nacidas en las mentes de los curiosos vecinos (como puede leerse en el relato del proceso de los diez y seis), y que tan bien sabía alejar Sofía Perovskaia.

Para demostrar que los mineros no se ilusionaban acerca de la suerte que les esperaba, basta recordar el hecho de la botella de nitroglicerina dispuesta en el interior de la habitación.

No obstante todo ello, el buen humor inalterable reinaba en la compañía durante todo el tiempo del trabajo. En la comida, reunidos todos, se discurría, se bromeaba, como si tal cosa, y aquella que tenía en el bolsillo un revólver cargado, destinado á hacerlo saltar todo y á todos—Sofía Perovskaia,—alegraba á menudo á los trabajadores con su risa argentina. Uno de los mineros llegó á componer versos cómicos donde se relataban en estilo burlesco las diversas vicisitudes y aventuras de la excavación.

Dos fugas

I

Una noche, hacia la mitad de enero de 1880—ya no recuerdo fijamente el día,—se reunieron en Ginebra algunos emigrantes para tomar una taza de té que les ofreció un compañero, el señor G...

La reunión era bastante numerosa—podían ser seis ó siete personas,—y, lo que era más raro en las tertulias de los emigrados, bastante alegre. La bellísima señora G..., nuestra huéspeda, sentóse al piano, que tocaba con tanta gracia y tanta inspiración, y nos cantó algunas canciones de la Ukrania. Todos estábamos algo excitados por la música, bromeando y riendo entre nosotros. El argumento principal de la conversación fué la fuga de Siberia de un amigo nuestro, de la cual el mismo día habíamos tenido noticia.

Contados todos los pormenores de aquella fuga hasta entonces conocidos, hechas todas las observaciones y todas las suposiciones pertinentes, transcurrió un momento de aquel silencio mortecino, incomparable, cuando los rusos dicen: «Ha nacido uno necio», ó «Vuela el ángel del silencio», según los gustos respectivos.

Entonces, con la inspiración de tanto discurrir en torno de la fuga de nuestro amigo, tuve la idea de proponer á los asistentes, entre los cuales estaba Kro-

potkin y Bokanovski, que contáramos uno por uno las propias fugas, porque casi todos habían tenido la suya.

A esta proposición, acogida con aprobaciones generales, debo la posibilidad de trazar este boceto.

Kropotkin se excusaba, diciendo que había contado su fuga tantas y tantas veces que estaba cansado ya, y no podía más. Pero debió rendirse á la insistencia de todos nosotros.

* * *

«El firme propósito de huir á toda costa—comenzó,—no me abandonó desde el primer día de mi detención. Pero si algo hay imposible en el mundo, es huir de la fortaleza de Pedro y Pablo. Echaba mis planes, ó mejor, fantaseaba, porque no podía menos de comprender que eran vanos sueños.»

Después de este proemio, Kropotkin relató cómo fué trasladado al Hospital de Nicolás, cómo procuró convencer á los guardianes de que estaba siempre *in extremis*, etc. No repetiré todo esto, porque ya he hablado de ello en su biografía. Paso inmediatamente á lo principal.

«El médico me ordenó paseos cotidianos y se me conducía, después del mediodía, al patio del hospital. Un centinela, fusil al brazo, estaba siempre á mi lado.

»Comencé á observarlo todo detenidamente para trazar mi plan.

»El patio era grande. Su puerta, ordinariamente cerrada, estaba entonces abierta, porque en aquella estación (estábamos en julio) el hospital se aprovisionaba de leña para el invierno. Pero como yo no debía estar allí más que pocas semanas, no habían situado ningún centinela á la puerta. Era una gran ventaja.

»Paseaba en el fondo del patio, situado al otro lado

de la puerta. El centinela me vigilaba por los flancos, permaneciendo entre mí y la salida. Pero como yo caminara más lentamente que una tortuga, lo cual, como se sabe, fatiga á un hombre robusto más que los saltos, el soldado recurría al siguiente subterfugio: recorría una línea paralela á la mía, cinco pasos más cerca de la puerta. Así podía hacer su camino diez pasos más tarde que yo, porque estando al extremo de su línea, estaba siempre á la misma distancia de la puerta, igual que yo situado al extremo de mi línea. Este cálculo que el centinela hacía á ojo, evidentemente era justísimo en teoría. Pero pensé yo que si corriésemos los dos á la vez, el soldado, por instinto natural, procuraría agarrarme lo más pronto posible, arrojándose sobre mí, en lugar de correr directamente hacia la puerta para cortarme la retirada. Y así haría él dos lados del triángulo, en tanto yo haría el tercero únicamente.

»En este punto, pues, tenía una ventaja. Podía esperar que alcanzaría la puerta antes que el centinela, corriendo con la misma velocidad; esperaba correr más aprisa, pero no estaba cierto de ello, por lo débil que me tenía la enfermedad.

»Si á la salida me esperase, decíame, un coche, tendría muchas probabilidades de huir.

»Cuando estaba para enviar á los amigos una carta con los primeros esbozos de mi plan, recibí de ellos una en que se me hablaba del mismo particular. Comenzamos á cartearnos. No expondré los varios planes y proyectos concebidos y abandonados, porque fueron muchos. Se trataba de resolver diversas cuestiones: si los amigos entrarían en el patio, como me lo proponían, para entretener de una ú otra manera al centinela; si el coche me esperaría á la puerta ó en el ángulo del hospital, donde no estaría tan á la vista; si tomaría asiento en él uno de los nuestros ó permanecería solo el cochero.

»Yo propuse el plan más sencillo y natural, que fué finalmente aceptado. Nadie entraría en el patio. El coche esperaría á la puerta, porque me sentía demasiado débil para correr hasta la esquina. Un íntimo amigo propuso que ocuparía el coche para ayudarme á escapar más pronto y especialmente para vestirme, apenas fugado.

»En el hospital sólo nos daban para vestirnos una vestidura de enfermería. Era una prenda larga é incómoda, tanto que al caminar debía llevar la cola al brazo. Correr con tal impedimenta era absolutamente imposible. Precisaba desembarazarse de ella á toda costa, pero con la velocidad del rayo, porque un átomo de tiempo perdido podía desbaratarlo todo. Muchos días seguidos estuve ejercitándome en tal operación, en mi celda, observando que para realizarla con la máxima celeridad posible era necesario dividirla en tres movimientos elementales, como se hace con los soldados en el manejo del fusil: ¡uno, dos, tres!

»Quedaba lo más difícil: la elección del momento. Esto dependía de las condiciones de los caminos por donde debía pasar. Un convoy de leña, un destacamento de soldados, un cosaco á caballo, podía hacer fracasar la tentativa, tanto más cuanto los caminos por los que debía huir eran muy estrechos y tortuosos. Era preciso, pues, observarlos y que fuera avisado cuando estuvieran libres de todo obstáculo. A este objeto debieron colocarse centinelas en cuatro puntos distintos. El quinto centinela, recibiendo los avisos de los otros cuatro, debía darme en el momento oportuno la señal decisiva. Debía servir para ésta un globo que aparecería en un punto convenido, tras el muro altísimo del patio por donde yo paseaba.

»Había propuesto colocar un sexto centinela en el ángulo exterior de un callejón algo más alejado, porque, según mis cálculos, aquel callejón estrechísimo era de una longitud tal, que un carro que entrase en él en el

momento de nuestra partida nos habría barrado la entrada inevitablemente antes de que hubiéramos recorrido nuestro camino desde la puerta del hospital al extremo del susodicho callejón. Pero como los hombres eran pocos, se suprimió este sexto centinela.

»El día fijado fuí al paseo lleno de esperanza y de excitación. Pero miré, miré el punto del muro por donde debía ascender el globo rojo y no vi nada. Mi paseo tocaba á su fin y todavía nada. Y he aquí que acabó el recreo y con él se desvanecieron mis esperanzas. Con la imaginación asaz impresionable de los presos, hacía suposiciones unas tras otras persuadido de que todo se había dejado correr.

»Por el contrario, tratábase de una nonada. Por una coincidencia extrañísima no habían podido encontrar un globo rojo en ninguno de los almacenes de juguetes que habían visitado durante toda la mañana. No había más que globos blancos y azulados que los amigos no quisieron comprar, y con razón, porque, aun cuando parezca sin importancia, no debe permitirse ningún cambio en las señales. En su defecto, compraron á toda prisa una vejiga de goma roja en un almacén de gutapercha y la llenaron con gas de su propia fabricación. Pero el globo salió tan malo que en el momento oportuno, cuando el centinela soltó la cuerdecita, el globo, en lugar de volar por los aires, se elevó sólo algunos metros y cayó á tierra antes de alcanzar la altura del muro del patio. El centinela, rabioso, quiso arrojarlo en alto con la mano, pero inútilmente.

»A este caso fortuito debí tantas horas de tormento, y al propio tiempo mi salvación, porque precisamente en el momento en que fué lanzado al aire el globo, entró un largo convoy de leña en el callejón de que os he hablado, donde no se había colocado ningún centinela. El convoy nos hubiera barrado inevitablemente el camino y todo se habría perdido.

»Transcurrió otro intervalo para el carteo necesario,

á fin de combinar las modificaciones indispensables. Colocóse, naturalmente, otro centinela en la entrada del callejón, lo cual requirió un cambio en todo el plan, porque no había medio de recoger las señales de los cinco centinelas estando yo tras el muro del patio. Debíase, pues, introducir centinelas accesorios, para la simple transmisión de señales, ó cambiar la señal decisiva.

»Nos decidimos por lo último.

»Uno de los nuestros alquiló una habitación en el tercer piso de una casa situada frente al hospital, y desde cuya ventana se podía ver no sólo los cinco centinelas, sino también el patio por donde me paseaba. La señal debía dármela el amigo tocando repetidas veces un violín cuando los avisos que él recibiera fueran propicios, y cesando la música cuando alguno fuera desfavorable. Esta combinación presentaba la gran ventaja de indicarme reiteradamente el tiempo favorable á la fuga, dejando á mi mano la elección del momento oportuno.

»El primer día, cuando todo estaba pronto, y el coche me esperaba ya á la puerta, fuí yo quien di á los amigos bien malos momentos: recrudeció mi dolencia y me sentí tan débil que no me atreví á arriesgarme á la prueba. Por esta razón no bajé al patio. Mis amigos pensaron que la policía había entrado en sospechas y que ya no me querían conducir al paseo.

»Me restablecí dos días después y resolvimos aprovechar aquel intervalo que me dejaba la enfermedad.

»Y después de prepararlo todo, los zapatos y la vestidura de cámara, que exigía algunos descosidos para que pudiera arrojarla más pronto, bajé al paseo. Apenas entro en el patio, oigo que suena el violín. La música duró unos cinco minutos; pero no quise aprovecharme en seguida, porque al principio la vigilancia es siempre un poco mayor, instintivamente. Pero he aquí que el violín se calla: dos minutos después en-

traban en el patio algunos carros cargados de leña, y el violín comienza de nuevo.

»Esta vez estaba decidido á aprovechar la ocasión. Miré al centinela: hacía su línea ordinaria, á cinco pasos de distancia entre mí y la salida. Miré su fusil: estaba cargado, lo sabía. ¿Tiraría ó no? Probablemente no, porque estando yo á tan poca distancia se decidiría por agarrarme. La bayoneta era mucho más peligrosa en el caso de que me faltaran las fuerzas en aquella larga carrera. Pero había yo hecho mis cálculos y estaba seguro de morir si permanecía en la prisión. «¡Ahora ó nunca!» dije para mis adentros. Agarré la vestidura... ¡Uno!...

»Pero he ahí que cesa el violín.

»Permanecí como aniquilado cual si hubiese levantado un gran peso.

»Un momento después comienza de nuevo la música: acababa de pasar entonces una patrulla por uno de los callejones.

»Apenas el centinela llegó al extremo de su línea, sin perder un segundo, arrojo en tres movimientos bien estudiados mi ropaje de enfermo y salgo disparado como una saeta. El centinela se arrojó aullando sobre mí para agarrarme, en lugar de correr derecho á la puerta y cortarme la retirada, trazando de tal suerte los dos lados del triángulo, como había previsto. Pero estaba yo tan débil que los que vieron nuestra carrera desesperada dijeron que el soldado estaba á tres pasos de distancia y casi me tocaba con su bayoneta. Yo no veía nada de esto. Oía tan sólo sus aullidos y los de los leñadores que descargaban la leña en el fondo del patio.

»Junto á la puerta vi un coche, pero por un momento dudé que fuera el nuestro, porque no podía reconocer á mi amigo en el cochero, que estaba atento en el camino. Di para que se volviera una palmada, con sorpresa de los amigos que estaban observando esta

escena, tomada por ellos por una señal de alegría. El cochero se volvió, lo reconocí, y más pronto que lo que se cuenta me arrojé en el coche, que partió como un rayo, mientras me sentía envuelto en una capa militar que otro amigo tenía á punto, junto con un ros de oficial.

»En el hospital, según luego supe, hubo un trastorno indescriptible. El oficial de guardia acudió con sus soldados á los aullidos del centinela, gritando mientras perdía la cabeza y se arrancaba los cabellos:

»—¡Oh, estoy perdido, estoy perdido! ¡Corred, seguidle, seguidle!

»Pero no era capaz de dar orden alguna. Uno de los nuestros, el que había dado la señal, precisamente el que tocaba el violín, bajó precipitadamente al camino, y acercándose al oficial, comenzó á apiadarse de su estado, preguntándole: «¿Qué ha sucedido? ¿quién ha huído? ¿cómo? ¿cuándo? ¿dónde? etc.», consiguiendo así que el oficial, al responderle, perdiera un tiempo precioso.

»Una vieja dió un consejo terrible:

»—¡Pero qué!—dijo.—Darán una vuelta y volverán infaliblemente á Newsky. No hay que dudarlo. Desuncid los caballos de este ómnibus (que estaba á la puerta del hospital) y cortadles el camino. Es cosa sencillísima.

»Precisamente nosotros hacíamos este camino. Por fortuna no fué seguido el consejo de la perspicaz mujer.»

II

Cuando Kropotkin terminó su relato tocóle el turno á Juan Bokanovsky, de sobrenombre *el Cosaco*, porque siendo ukraniano de origen, se parecía á los antiguos cosacos de aquel país por su valor, por su sangre fría imperturbable y su taciturnidad. Todos se volvieron ha-

cia él, el cual, separando de la boca su pequeña pipa de madera, exclamó:

—¡Pero si no hay nada que contar! Vino, nos cogió y salimos: he ahí todo.

—No, no—exlamaron los asistentes.—Cuéntalo todo con sus pelos y señales.

—Pues bien, cuando llegó el día fijado, vino con dos llaves á nuestras celdas...

—No, no—le interrumpieron de nuevo.—¡Con sus pelos y señales! Cuéntalo todo desde el principio hasta el fin.

El Cosaco, viendo que no tenía evasiva, cargó lentamente su pipa, con el aire de un hombre que se dispone para un largo viaje, la encendió, probó si tiraba bien, y comenzó su relato empleando en él muchas más palabras que las que pronunciaba ordinariamente en tres meses.

* * *

«Miguel llegó á la prisión unos dos meses antes de nuestra fuga. Fué asunto largo y difícil introducirle, pero finalmente, con un pasaporte falso de un campesino llamado Fomenko, entró primero en calidad de simple leñador y como guardián luego.

»Merced á su diligencia en el cumplimiento del servicio y de su conducta irreprochable consiguió captarse las simpatías de todos sus superiores. Al terminar el mes, era promovido al empleo de cabo guardián en uno de los corredores de detenidos por delitos comunes.

»Para dar al director una prueba indudable de sus excelentes cualidades morales, Miguel, siguiendo el consejo de Estefanovich, espió un día á éste mientras escribía en su celda una carta de ninguna importancia al objeto de hacerse coger en flagrante delito.

»Sin embargo, el director no quiso aprovecharse de su denuncia.

»He de advertir que en la prisión de Kief, la posición de los detenidos políticos era en aquellos tiempos del todo excepcional. El terrorismo, que hería antes que nadie á los empleados secundarios, produjo en Kief tal pánico, que todos, desde el procurador hasta el director, nos hacían la corte en competencia, porque temían ser muertos á nuestra primera señal. Por eso, en cuanto supo el director que el que escribía era Estefanovich, el más temido de todos, exclamó:

»—¡Déjale hacer!—y no hizo más.

»Pero desde aquel día, su corazón estaba conquistado por Miguel.

»Para complacer á los otros detenidos políticos, el director nos dió como cabo guardián á un tal Nikita, hombre excelente, bueno como el pan. Pero era necesario librarnos de él á toda costa, porque vacante su puesto tocaría probablemente á Miguel.

»Era difícil lograrlo, porque el buen hombre jamás nos hacía ningún mal, por cuya razón debíamos inventar descaradamente contra él ofensas que ni siquiera pensaba hacernos, para poder acudir en queja al director, el cual le recriminaba, le gritaba, le amenazaba, sin que el infeliz tuviera la menor culpa; aquel buen hombre, en vez de irritarse contra nosotros y cometer, como esperábamos, alguna imprudencia, lo soportaba todo en paz, repitiendo:

»—Jesucristo ha sufrido y debo también sufrir yo.

»Estábamos ya desesperados cuando Valeriano Ossinsky, que organizaba nuestra fuga desde fuera, tuvo la buena idea de ir á la posada que frecuentaba Nikita y decirle, después de hacerse amigo de él como por casualidad, que buscaba un mayordomo para una fábrica de azúcar, en el interior de la provincia. Las condiciones eran ventajosísimas y Nikita no titubeó. El negocio fué bien pronto terminado, y habiendo recibido

el dinero para el viaje y un mes de paga anticipada, Nikita abandonó el servicio de la prisión, porque debía partir inmediatamente.

»Vacante su puesto, el director fué á hablar amigablemente con Estefanovich y Deuc, acerca del sucesor que debían darnos.

»—¿No os parece que Fomenko (Miguel) sería un hombre muy conveniente?

»Estefanovich hizo un gesto de desagrado y mascullió entre dientes:

»—Un espía tiene cuanto pare...

»—¡Pero es un hombre excelente! —exclamó el director.

»Miguel fué nombrado cabo guardián en el corredor de delitos políticos.

»Estaba hecho lo más importante. Pero no era todo. Podía abrirnos las puertas de nuestras celdas, pero ¿cómo saldríamos cuatro presos de una prisión custodiada militarmente?

»Era preciso no perder un minuto de tiempo. La posición de Miguel era terriblemente peligrosa. La prisión rebosaba de detenidos políticos de toda especie, comenzando por los jovenzuelos sospechosos hasta los revolucionarios seriamente comprometidos. Era gente de todas condiciones, y por su actividad pasada, Miguel fué reconocido por muchos. No era de temer una denuncia, porque Miguel, siendo «ilegal» hacía ya años, no tenía relaciones inmediatas con la gente de confianza. Pero ¿quién podía defenderlo de las indiscreciones inocentes, tratándose especialmente de un caso tan particular?

»Estábamos realmente como sobre ascuas y resolvimos aprovecharnos lo más pronto posible de la favorable situación creada por Miguel. De modo que una vez bien entrado en su nuevo oficio fijamos la noche para la huída.

»La manera más natural de salir era la de disfra-

zarnos de centinelas, que hecho su servicio salen de la prisión para reunirse en sus cuarteles. Miguel preparó trajes de soldado para dos de nosotros, debiendo permanecer los otros dos vestidos de paisano. Sólo había un sable para los cuatro, pero resolvimos no esperar más.

»La noche del día fijado por Miguel nos trajo los arreos militares. Nos disfrazamos, é improvisamos luego con mantas muñecos que ocuparon nuestras camas, para que á la mañana siguiente creyeran que dormíamos.

»A media noche Miguel vino para abrirnos las celdas. Pero aquí surgió un obstáculo imprevisto. El guardián de turno que debe vigilar toda la noche vino precisamente á nuestro corredor sin mostrar prisa por irse.

»Entonces Estefanovich hizo caer, como impensadamente, un libro descosido en el jardín, cuyas hojas se desparramaron por tierra, rogando entonces su dueño á Miguel que se lo hiciera traer en seguida. Miguel mandó al guardián de turno que lo recogiera, y mientras estaba ocupado en tal labor abandonamos sin ruido nuestras celdas y nos encaminamos hacia la salida.

»Cuando pasamos por el corredor del fondo ocurrió una cosa terrible: caminando junto al muro en aquella obscuridad profunda, tropecé no sé con qué; sentí que se me iban los pies, levanté instintivamente las manos, algo me tocó en los dedos, y lo agarré con fuerza para no caer... ¡Maldición! un sonido alarmante retumbó por todo el edificio: ¡era la cuerda de la campana de alarma! El horror, la vergüenza, el ridículo por nuestra desgracia, pasó como un relámpago ante mis ojos. Lo creímos todo perdido. Se oía ya el rumor y las voces de los soldados de guardia, que se levantaban apresuradamente. Pero Miguel, haciéndonos esconder en varios rincones, corre al cuerpo de guardia para decir que había estirado la cuerda de la campana impensadamente. Volvió de nuevo la calma. Pero entonces surgió

otro obstáculo; habiéndonos escondido en distintos rincones, en poco estuvimos que no nos perdiéramos en la obscuridad profunda. ¡Gracias á Miguel que corrió de unos á otros para juntarnos y ponernos en orden!

»Quedaba lo más difícil: el paso por la puerta de la prisión ante el portero y el centinela. Pero esto salió á maravilla. A la voz de Miguel, el portero le dió la llave para abrir el portillo, y el centinela, en su garita, no paró mientes en nuestras extrañas vestiduras.

»Pero dados algunos pasos, henos plantados ante un oficial, salido como de bajo tierra. Por fortuna se embozó en la capa y ya no vimos más que la hermosa cabeza de Valeriano Ossinsky que nos apretó radiante las manos. Nos esperaba con un coche para conducirnos á brida suelta hacia el Dnieper, donde flotaba un bajel aprestado para un largo viaje y provisto de provisiones de boca de todo género.

»Un momento después volábamos por el río dirigiéndonos hacia el Sur. Aquel viaje acuático duró cerca de una semana. De noche dirigíamos nuestra embarcación al boscaje de la orilla para reposar algunas horas, y de día navegábamos á todo remo. Si distinguíamos en el horizonte lejano la humareda de algún buque de vapor, nos ocultábamos entre los juncos que bordean el Dnieper.

»Llegados á Cremenciug nos encontramos con Ossinsky, llegado por ferrocarril, que nos esperaba con los pasaportes y todo lo pertinente.

»Por él supimos que toda la ciudad de Kief fué puesta en zozobra, porque se creía que estábamos escondidos en ella.

»En la prisión no se dieron cuenta de nuestra fuga hasta muy entrada la mañana. Viendo que junto con nosotros había desaparecido Miguel, nadie adivinó la verdad. La confianza que supo inspirar era tal, que el director y todos creyeron que para efectuar nuestra fuga lo asesinamos, tanto que llegaron á buscar inútilmente su cadáver.

»Sólo cuando se hicieron las necesarias averiguaciones y se reconoció que su pasaporte era falso, se descubrió el secreto, incomprensible hasta entonces, de lo acontecido.»

Aquí acabó su relato *el Cosaco.*

Otros tomaron la palabra después de él. Pero por ser los hechos poco interesantes y el espacio exiguo, no los referiré.

Los ukrivatelos

(Escondedores)

I

Estoy otra vez en San Petersburgo.

Era perseguido; los esbirros pisábanme los talones. Por dos veces tuve que cambiar de casa y de pasaporte.

Pero no podía abandonar la capital por cualquier ciudad de provincia; tenía un encargo que no podía transferir á nadie, y luego amaba á esta ciudad, siempre en efervescencia, y su vida nerviosa y ardiente bajo un aspecto frío y plácido.

Esperaba que los malos vientos que de cuando en cuando soplan para todos los hombres «ilegales» amainarían después de algún tiempo, y que podría pasar extremando las precauciones sin necesidad de recurrir á los *ukrivatelos*.

¿Quiénes eran esos *ukrivatelos?*

Es una clase numerosísima, compuesta de gente de toda especie, comenzando por la aristocracia y la alta burguesía, y acabando por los empleadillos de todos los ramos del servicio gubernativo, la policía incluso, que sin tomar parte activa en la lucha, y aprovechándose de su posición social, ayudan y protegen poderosamente á los luchadores, *escondiendo*, cuando conviene, personas y cosas.

Precisaría un libro especial para describir aquel mundo original en su género, vastísimo y mucho más variado que el mundo militante. En este trabajo, sólo presentaré algunos de los tipos que he tenido ocasión de conocer personalmente.

* * *

Había acabado el té cuando entró en mi habitación el *dvornik*, no el representante del poder supremo de la policía, sino nuestro amigo, el terrible *Dvornik*, que recibió tal seudónimo por burla, pues no soportaba ningún descuido ó transgresión en lo que se refería á cautelas de seguridad prescritas por nuestro «estatuto».

—¿Qué pasa?—pregunté acercándole una taza, porque sabía perfectamente que no habría venido á verme sin un «negocio» de importancia.

—Eres perseguido y vigilado—me contestó.—Es necesario acabar, y he venido para conducirte á un escondrijo.

Me lo esperaba. Pero como nadie va de buena gana á encarcelarse voluntariamente en una ciudad llena de vida y de actividad, pedí explicaciones á *Dvornik*.

Púsose á relatarme lo que había, mientras le escuchaba, por mi parte, haciéndole, entre sorbo y sorbo de té, algunas preguntas para convencerme de la realidad del peligro.

Esta vez era vigilado ligeramente, de modo que si en lugar de *Dvornik* hubiese venido otro, me habría rebelado para conservar mi independencia. Pero no valían bromas con él. Por eso después de algunas inútiles tentativas de resistencia no tuve más remedio que ponerme en sus manos.

Le pregunté dónde quería conducirme.

—Al Bucéfalo—me dijo.

Suspiré profundamente pensando en mi mísera suerte. Ese Bucéfalo era cierto consejero llamado Tarakanof, empleado en el ministerio del Interior, así denominado porque, como el caballo de Alejandro de Macedonia, temía su propia sombra.

Era miedoso como un conejo y desconfiaba de todo. Jamás se ponía junto á la ventana, porque temía las corrientes de aire; no atravesaba el Newa en barca porque temía ahogarse; no quería casarse porque temía ser engañado.

Pero siendo discípulo ardiente de Cerniscewsky, participaba teóricamente de las ideas de los revolucionarios, y conociendo á muchos de ellos personalmente, se prestaba de buen grado al oficio de «escondedor», entre quienes era uno de los más seguros. Su posición oficial, y más aun, su carácter tan poco revolucionario, lo ponían á salvo de toda sospecha. Y aun cuando sabía perfectamente que nada le amenazaba, tomaba las más rigurosas medidas para seguridad propia y veía espías por doquiera.

Es fácil imaginar que con un guardián semejante la suerte del custodiado debía ser muy dura. Observé al *Dvornik* que sería mejor esperar la noche para salir, porque entonces los espías que había visto vagar en torno de la casa habríanse ya retirado forzosamente. Pero me dijo que no, añadiendo que él respondía de los espías.

Acabado el té procedimos al «desocupo» de la habitación, es decir, á la destrucción del más nimio papel que pudiese servir á la policía. Después, advertida la dueña de la casa de que me iba al campo por algunos días, que le escribiría si me quedaba, etc., salimos.

Apenas dimos algunos pasos, vimos á dos señores que estaban ante un escaparate. El *Dvornik*, mostrándomelos con el rabillo del ojo, hizo un gesto imperceptible que significaba: «son ellos», y después otro que quería decir: «echemos adelante».

Comenzó la «caza», que es cosa muy poco interesante para ser relatada y propicia para perder el ánimo; pero con un hombre como mi compañero, era casi una diversión.

El *Dvornik* era un verdadero especialista en todo lo que se refiere á la lucha con la policía y los espías, y en este ramo poseía conocimientos vastísimos, aumentados con un largo estudio. Habiendo alquilado una habitación situada enfrente de la casa del jefe de la policía secreta, pasó días enteros observando á cuantas personas entraban y salían. De aquí que conociera á buena parte de los espías de San Petersburgo, haciendo de ellos una especie de clasificación, según las costumbres, el carácter, el modo de vigilar, de dar la caza, etcétera, y pudiera suministrar detalles interesantísimos sobre este particular. Por lo mucho que tuvo que ver con aquella gente adquirió una habilidad especial para reconocerlos al primer golpe de vista por detalles insignificantes que escapaban á la mirada más atenta. Parecía uno de los pieles rojas de Cooper en lucha con la raza enemiga. Por añadidura, el *Dvornik* se sabía al dedillo la topografía de San Petersburgo, y de las casas con dos salidas, de las cuales había hecho un estudio largo y pacienzudo.

Combinando el paso por estas casas en diversas direcciones con paseos á pie y en coche de alquiler, consiguió en media hora «desembarazarse de sus hormas», como se dice vulgarmente, y nos encaminamos á casa de Tarakanof, con una profusión de precauciones, designios y de señales que eran el flaco del *Dvornik*.

Tarakanof—un hombre de unos treinta y cinco años, bajo, rechoncho y rollizo—nos esperaba, pues estaba ya advertido. Vino á abrirnos en persona é inmediatamente nos condujo á una de las habitaciones interiores. Era una precaución completamente superflua, porque vivía sólo en su pequeña morada. Pero Tarakanof no podía hacerle menos.

Como ya nos conocíamos algo, no hubo necesidad de presentaciones.

Tarakanof comenzó preguntándonos si nos había visto alguien subir la escalera.

—Sabed—añadió—que la inquilina de abajo, una mujer de grandes ojos, florista ó modista, no lo sé á punto fijo, me mira siempre que me ve pasar. Es una espía, estoy seguro.

A nuestra negativa se tranquilizó un tanto, y, volviéndose á mí, me dijo con serio ceño:

—En todo caso, no debéis salir jamás de vuestra estancia. De día es la florista, de noche es el portero, que también es un espía, y muy peligroso. Todo lo necesario os lo traeré yo.

Decía á todo tristemente que sí, con inclinaciones de cabeza, tanto más cuanto sentía sobre mí la severa mirada del *Dvornik*.

Cuando se marchó este último, Tarakanof me condujo á la habitación que me había destinado, donde encontré una mesita para escribir, algunos libros de Economía Política y un sofá que debía servirme de lecho.

Hacía pocos días que había despedido á la cocinera; según se decía, sospechaba que también fuera una espía, cosa que negaba Tarakanof, diciendo que esto era una broma pesada y que la despidió porque sisaba demasiado. En tanto decidió no tomar otra cocinera, haciéndose traer la comida de una fonda próxima.

No queriendo interrumpir sus costumbres, Tarakanof salió y me dejó solo, prometiéndome volver cuando obscureciera. Hacía ya mucho tiempo que estaba el gas encendido en la calle, y no venía. Comenzaba á impacientarme, cuando por fin oí la llave entrar en la cerradura y le vi aparecer sano y salvo.

Le estreché fuertemente la mano, poniéndole al corriente de mis temores.

—No he querido venir directamente á casa—res-

pondió—para no ser seguido, y por esto he girado un poco.

Me maravillé interiormente de las estrambóticas precauciones de aquel buen hombre.

Pasamos la noche juntos, discurriendo sobre diversas cuestiones.

Al menor rumor que se oía en la escalera, Tarakanof se interrumpía para parar el oído, á pesar de que procuraba tranquilizarle, diciéndole que no era de temer ningún peligro.

—Sí—respondía cándidamente,—bien lo sé yo; de otra suerte, no os habría invitado; pero ¿qué queréis? tengo miedo.

Hacia media noche pedí permiso á mi huésped para meterme en cama. Hasta que no me dormí le oí andar de arriba abajo, por su estancia.

Al día siguiente, cuando después de haber tomado juntos el té, Tarakanof se fué á su oficina, vino á visitarme el *Dvornik* para transmitirme el encargo de escribir un artículo acerca de algunos hechos palpitantes, llevando consigo las indicaciones, los periódicos y los libros á propósito. Le di las gracias, tanto por su visita como por su comisión, y le rogué que volviera lo más pronto posible, al día siguiente ó al otro, prometiéndole hacer cuanto pudiera para acabar el artículo.

Por la noche me hallaba trabajando diligentemente, habiendo pasado buena parte del tiempo en el escritorio, oyendo de tanto en tanto á mi huésped revolverse en su cama. Sonaron las dos, las tres, las cuatro y no dormía. ¿Qué le pasaba? No podía turbarle el rumor que yo hiciera, no podía ser menos la luz, porque la puerta estaba bien cerrada. ¿Estaría enfermo? Y entonces me acordé que el día antes lo había visto un poco pálido.

Muy de mañana me distrajo el rumor de las tazas que preparaba para el té. Me levanté en seguida para no hacerle esperar.

¡Qué mala cara hacía! Pálido, casi amarillento, con los ojos hundidos y la mirada apagada.

—¿Qué tenéis?—le pregunté.

—Nada.

—¡Cómo, si hacéis cara de redivivo y no os habéis dormido hasta las cuatro!

—Decid mejor que no he dormido en toda la noche.

—Entonces, ¿estáis enfermo?

—No; es que no puedo nunca dormir cuando tengo á alguien en casa.

Entonces lo comprendí todo.

Le cogí la mano y la estreché afectuosamente entre las mías.

—Os lo agradezco de todo corazón—le dije,—pero no quiero ocasionaros tanto sinsabor y me voy cuanto antes.

—¡De ningún modo! ¡No hay caso! Si me hubiera imaginado esto, no os habría dicho nada. Permaneced, os lo ruego.

—Pero podéis enfermar...

—No os preocupéis. Puedo dormir de día, ó mejor aun, tomar algún medicamento.

Efectivamente, según luego supe, tomaba cloral en casos semejantes, cuando ya no podía más.

Lo miré con un sentimiento de admiración y de profundo respeto. Aquel hombre era cómico con su miedo; pero ¡qué grande era con su devoción! Sabía que su casa estaba siempre abierta á quienes se encontraban en mi situación, y algunos de los nuestros permanecieron en ella durante semanas enteras, guardados por el buen hombre. ¡Cuánto debía sufrir este ser que por un escarnio cruel de la Naturaleza fué privado de aquella propiedad completamente fisiológica que se llama valor! ¡Cuán grande, por el contrario, debía ser su fuerza moral!

Cuando al día siguiente vino el *Dvornik* para recoger mi artículo, le dije que no quería de ningún modo

permanecer más tiempo al lado de mi huésped y le rogué me buscara otro escondrijo lo más pronto posible.

Con gran asombro mío, consintió apenas con resistencia.

—He visto hoy—dijo—á Serof y me ha preguntado por ti; si quieres, puedo hablarle del asunto. A mayor abundamiento, se halla actualmente en posición excelente.

No podía pedir más ni mejor. El asunto quedó bien pronto listo. Dos días después tenía respuesta afirmativa de Serof.

Combiné las cosas para hacer creer á mi huésped que debía ir á una ciudad de provincia para ciertos negocios, y después de haberle dado las gracias y de abrazarle calurosamente, me despedí.

—¡Hasta más ver! ¡hasta más ver! — repetía; — ¡buen viaje! Espero que volváis. Estoy siempre á vuestra disposición. No lo olvidéis.

La noche comenzaba ya á extender sus negras alas sobre la capital, cuando salí. Estaba solo porque sabía perfectamente cómo encontrar á Serof, que era amigo mío hacía años.

II

La estancia estaba inundada de luz. En torno de una gran mesa donde bufaba un gran *samovar* luciente había sentadas en corrillo cinco ó seis personas, entre hombres y mujeres. Era la familia de Serof, con algunos antiguos amigos.

El huésped se levantó con una exclamación de alegría y me tendió ambas manos.

Boris Serof era un hombre ya envejecido. Blanqueaba su espesa cabellera. Pero no eran los años los

que encanecieron aquella cabeza altiva, que no pasaba de los cincuenta.

Había estado complicado en las primeras conspiraciones del reinado de Alejandro II. Hacia el año 1861, siendo médico de la armada en Kasán, tomó parte activa en la conspiración militar de Ivanisky y sus compañeros, uno de los episodios más gloriosos del movimiento revolucionario ruso—olvidado demasiado pronto por la generación presente,—y debió asistir á la matanza despiadada de todos sus amigos. Por milagro salió ileso, y algunos años después se estableció en San Petersburgo.

Desde entonces la policía le tuvo echado el ojo y casi todos los años le hacía una visita domiciliaria. Fué encarcelado diez ó doce veces, por más que su encarcelamiento no se prolongase mucho, porque la policía no conseguía jamás hallar pruebas contra él. Bien es verdad que ya no tomaba parte activa en las conspiraciones, porque tantos años de lucha continua y de continuas pérdidas habían apagado en él lo que es el alma de toda actividad revolucionaria: la fe.—Desde el entusiasmo de sus primeros años había pasado á aquel escepticismo desconsolador que en Rusia es la plaga de las clases cultas y que hace que entre nosotros, en nuestras evoluciones, sean tan raros los hombres *maduros:* no se encuentran más que jovenzuelos ó viejos.

Pero ningún escepticismo podía desarraigar del alma de Boris Serof un amor y una especie de culto hacia quienes más afortunados ó más jóvenes que él permanecían en las filas de los combatientes. Aquel amor, unido á cierto espíritu caballeresco y un valor sin igual, le impulsaban siempre á prestar á los revolucionarios servicios de toda clase.

Tantos años de práctica le dieron gran habilidad en todo lo referente á la parte exterior de las conspiraciones: organización de correspondencia, depósitos para

los periódicos y las cartas prohibidas, colectas de dinero por medio de suscripciones ó de cuotas mensuales, etc. —Pero era insuperable en la más difícil y más preciada de todas las funciones—la de escondedor,—que ejercía continuamente, al extremo de invitar cierto día á algunos amigos para festejar y conmemorar el jubileo del *decenio* de su feliz servicio en esta función.

Con su valor á toda prueba, jamás exageraba y no veía el peligro donde no había más que sombras creadas por imaginaciones excitadas. Pero si, por el contrario, el peligro existía realmente, no se le escapaba nunca. Sabía descubrir desde lejos la aproximación de la policía, y hasta hallar las huellas cuando había pasado, como los perros de caza hacen en la selva. Por el aspecto más ó menos marcial del *gorodowoi* (guardia de seguridad pública) que estaba en la esquina de la calle, deducía si tenía ó no el encargo de vigilar su casa. Por ciertas inflexiones de voz del *dvornik* (portero), por el modo de quitarse el sombrero á su paso, adivinaba si la policía le había hablado y en qué sentido. Por ciertos rumores y sombras, arcanos, traslucía si era inminente alguna pesquisición.

Por todo ello, el hombre que acogía bajo su protección, tenía seguras las espaldas.

Para dar una idea del gran predicamento que tenía como «escondedor», baste decir que escondió á Vera Zassulich, conducida á él por sus admiradores después de su absolución, cuando se había revuelto la ciudad toda para encontrarla y estaba empeñado el honor del partido en ocultarla.

Sofía Perovskaia, su gran amiga, solía decir que cuando Boris Serof abría su puerta en señal de seguridad, entraba mucho más tranquila que el emperador en su palacio.

Tal era el hombre á quien estrechaba la mano.

Me uní al corrillo que estaba sentado en torno de la mesa y pasé muy alegremente aquella velada, como las

siguientes, durante todo el tiempo que permanecí en su casa.

Era este no sólo el más seguro, sino también el más placentero de los escondrijos que puedan imaginarse. Serof no recurría jamás á ninguna de aquellas precauciones superfluas que son tan fastidiosas y que, á la larga, resultan insoportables. De día trabajaba en una habitación interior para esquivar las miradas de los visitantes fortuitos, y de noche se me permitía salir de cuando en cuando, pero ordinariamente pasaba la velada en casa, en la amable compañía de su familia, embellecida con dos graciosas muchachas hijas suyas, con las cuales tuve bien pronto aquella sincera y pura amistad que es tan común en Rusia entre las mujeres y los hombres, y que tan naturalísima era en nuestras respectivas situaciones, de protegido yo, de protectoras ellas.

Pero mi estancia en aquella familia no duró más que una semana escasa.

Un día Serof llegó á la hora de la comida, se encaró conmigo y pronunció sonriendo, con un insignificante movimiento de cabeza, su frase sacramental:

—¡Se huele!

—¿Qué es? ¿qué es?—exclamaron las señoras.

—¡Oh! no es nada todavía—dijo.—Pero ¡se huele!

—¿Creéis que el peligro sea inminente?—pregunté.

—No, no lo creo—respondió Serof, como si al mismo tiempo hiciera mentalmente sus consideraciones.—Pero lo espero hace días y, en todo caso, es necesario irse.

Contra las consideraciones de tal hombre no era cosa de hacer objeciones.

Después de la comida, Serof fué á prevenir á los nuestros, y la misma noche me despedí, disgustado por dejar aquella buena familia, y recomencé mi peregrinación en compañía de un amigo.

Algunos días después me dijeron que la policía fué á casa de Serof para hacer su «visita sanitaria», como

él llamaba á esas pesquisiciones casi periódicas. Pero no encontrándole nada sospechoso, se volvió con las manos vacías.

III

Doña Otilia Horn era una vieja de cerca de setenta años. No era rusa y hablaba malísimamente nuestra lengua. Y aun cuando nada le importaban nuestras cuestiones, así internas como externas, era nihilista, y hasta terrorista rabiosa.

La historia de su conversión al nihilismo es tan original que merece ser contada.

Doña Otilia era danesa. Se estableció junto con su primer marido en Riga, y, habiendo enviudado al cabo de poco, se casó con un ruso y pasó á San Petersburgo, donde su marido recibió un empleíllo en la policía. Y habría vivido tranquilísimamente sus años, sin pensar jamás en el terrorismo, en el nihilismo y demás, á no querer la casualidad que la princesa Dagmara se casara con el príncipe heredero del Imperio ruso.

Aquel acontecimiento precisamente impulsó á doña Otilia hacia el nihilismo; he aquí cómo:

Siendo danesa de origen, y muy fantaseadora por tanto, concibió el ambicioso plan de procurar para su marido alguno de los innumerables empleos cortesanos cerca de la nueva archiduquesa. Para llevar á la práctica su proyecto, doña Otilia se presentó en persona al embajador dinamarqués, á fin de que éste se interpusiera en favor de su marido, visto que su *primer* esposo, medio siglo atrás, había tenido una comisión ó un empleíllo—ya no me acuerdo—en la corte de Copenhague.

Como era de prever, el embajador mandó á paseo á doña Otilia; pero como la tenacidad de ésta en su

propósito la hiciera volver al embajador, el diplomático tuvo la descortesía de permitirse algunas burlas.

De aquí nació en el ánimo de doña Otilia un odio implacable contra el pobre embajador.

¿Cómo apagarlo? Evidentemente era necesario rabiar en secreto sin ninguna probabilidad de éxito.

Así pasaron años y más años, hasta que los nihilistas comenzaron sus trabajos. Una idea fulminó entonces en el alma de doña Otilia: «¡Esto, esto es lo que me falta!» repitió en su interior, inflamándose en entusiasmo ilimitado hacia los nihilistas, sea porque esperaba que habiendo comenzado con Trepof, con Mesenzef y con Kropotkin, acabarían con el embajador danés, el más malvado de todos, sea porque el odio contra un hombre tan elevado estalló por todas partes, alcanzando á toda su clase.

Nadie podría decir lo que anidaba en el pecho de doña Otilia. ¿Cómo adivinar los pensamientos del cerebro trastocado de una mujer septuagenaria? El hecho innegable, perfectamente verídico é histórico, es que doña Otilia sintió inundarse su corazón de una admiración sin límites por los nihilistas.

Y como ésta alquilaba habitaciones á los estudiantes, que son todos más ó menos nihilistas, éstos, después de haber reído la tardía pasión política de doña Otilia, acabaron por tomarla en serio, porque en las pesquisiciones que han de sufrir casi todos los estudiantes, doña Otilia demostraba un valor y una presencia de ánimo poco comunes, pues lograba sustraer los libros y documentos comprometedores á la rapiña de los gendarmes, gracias á su edad, que la ponía fuera de toda sospecha, y á todas las preguntas del procurador respondía con una sagacidad y una prudencia laudables.

Los estudiantes la pusieron en relaciones con algunos miembros de la organización, y doña Otilia comenzó su carrera revolucionaria, primero como depositaria de libros y después de la correspondencia, y pronto acabó

por ser una «escondedora» excelente; podía fiarse de ella en absoluto, pues era prudentísima é incorruptible, como lo demostró en muchas ocasiones.

Así me dijo mi compañero mientras andábamos hacia la casita que poseía doña Otilia en Kamenostrovsky.

* * *

Nos esperaba la patrona. Era una mujer alta, robusta, de aspecto enérgico, casi marcial, que no demostraba más de cincuenta ó sesenta años.

Aun cuando la veía por primera vez, me recibió con los brazos abiertos, cual si fuera un pariente que regresara después de larga ausencia. Nos trajo en seguida el *samovar* con pan, leche y dulces, y toda atareada me mostraba la habitación preparada para mí, donde encontré toda una colección de aquellas cosucas que no olvidan jamás las mujeres.

Doña Otilia me pidió con interés noticias de tal y cual que habían pasado unas semanas en su casa. Evidentemente, después de haber trabado conocimiento personal con los terroristas, que primero admiraba desde lejos, acabó por amarlos tiernamente, cual si fueran hijos suyos, tanto más cuanto no tenía ninguno. Así se explica que toda su ternura se concentrara en quienes se confiaban á su protección. Debí gastar alguna saliva para que no se molestase, pero quiso á toda costa presentarme á su marido.

El viejecito estaba ya para dormirse, pero ella le hizo levantar imperiosamente, y algunos minutos después entró envuelto en un vestido de dormir deteriorado y avanzó arrastrando sus zapatillas descosidas.

Me apretó la mano con su sonrisa infantil, haciendo repetidas inclinaciones con su cabecita calva. El buen viejo estaba completamente sometido á su fogosa mitad.

—Si es preciso—dijo doña Otilia con gesto marcial, —lo enviaré mañana á la oficina de la policía para que tome informes.

El viejecito inclinaba su cabecita calva, sonriendo siempre.

Su enérgica esposa le hizo afiliar al nihilismo. ¡Hasta á él!...

* * *

En casa de esta buena mujer estuve todo el tiempo necesario, hasta que pasó la turbonada, y me olvidó la policía, entregada á perseguir á otros. Después de lo cual volví á la libertad y á la vida activa, bajo otro nombre y en otro barrio de la capital.

La imprenta clandestina

Fundar una tipografía clandestina, dar al pensamiento libre que lucha contra el despotismo esta poderosa arma, había sido siempre el deseo ardiente, imperioso, de todas las organizaciones apenas se sintieron en estado de emprender algo serio.

Ya en el año 1860, cuando surgieron las primeras sociedades secretas que tienen por objeto la revolución agraria—como la sociedad llamada «Tierra y Libertad» y la «Joven Rusia»,—vemos las primeras tentativas rudimentarias de fundar algo como una imprenta en embrión, que sólo duraron pocas semanas.

Era evidente que hasta entonces la imprenta libre que funcionaba en el extranjero, no bastaba ya á las necesidades del partido militante, por más que tuviera á su cabeza un escritor como Herzen.

En los últimos diez ó quince años, cuando el movimiento adquirió una fuerza y una amplitud hasta entonces desconocidas, la insuficiencia de las prensas libres que funcionaban en Suiza y en Londres se hizo más manifiesta, y la necesidad de la prensa local, pronta á responder á las cuestiones del momento, cada vez más apremiante.

Por eso todas las organizaciones que se vinieron su-

cediendo y perdiéndose una tras otra en las prisiones, fortalezas y minas de Siberia, intentaron fundar su imprenta en la misma Rusia.

Pero diríase que pesaba una maldición sobre las empresas de este género; todas resultaban efímeras, condicionales, y sólo duraban breve tiempo. Apenas fundadas, se descubrían infaliblemente.

El Círculo de los *Karakosovzi* tuvo su tipografía, pero no duró más que algunos meses.

El Círculo de *Nichiaevzi* tuvo también la suya, pero debió enterrarla durante mucho tiempo, hasta que fué descubierta, junto con la organización. Los *Dolguschinzi* tuvieron la suya, que fué descubierta apenas impresas dos proclamas. El Círculo de los *Chiackovzi* hizo análogas tentativas para fundar una, y tenía ya á punto los caracteres y una máquina excelente, cuando, por falta de lugar donde emplazarla, máquina y caracteres anduvieron durante cinco años consecutivos escondidos en cualquier rincón, sin que lograra hacer uso de ellos la organización.

De modo que la dificultad de hacer funcionar una tipografía en un país donde todo es vigilado, parecía insuperable. Se puede esconder libros, papeles, hombres, pero ¿cómo ocultar una cosa que se traiciona por su misma naturaleza, una imprenta, que además del trabajo complicado y á menudo ruidoso, exige mucha gente junta y hace un uso continuo de papel en cantidad grandísima, que devuelve luego impreso?

Después de las innumerables tentativas realizadas y fallidas, la fundación de una imprenta clandestina fué universalmente reconocida, no ya como difícil, sino como imposible; no era más que un sueño vano, un derroche de dinero y un sacrificio de hombres inútil é insensato.

Los hombres serios no hablaron ni quisieron ya oir hablar de ello.

Pero hubo un «soñador» que no quiso asentir á la opinión universalmente admitida, el cual sostenía contra los demás que podía fundarse una tipografía clandestina en el mismo San Petersburgo, y que él sería el fundador si se le daban al efecto los medios necesarios.

Este soñador se llamaba Aaron Zundelewich, nacido en Vilna (Lituania), hijo de un modesto tendero hebreo.

En la organización de que formaba parte (la que llevaba la divisa siempre vieja y siempre nueva: «Tierra y Libertad»), rieron al principio las fantasmagorías de Zundelewich. Pero consiguió vencer cuantas dificultades se le ofrecieron, hasta que le asignaron diez mil liras con las cuales marchó al extranjero, transportó á San Petersburgo todo lo necesario, y habiéndose amaestrado en el oficio de cajista, lo enseñó á otras cuatro personas, con quienes, en 1877, pudo funcionar regularmente é imprimir obras de grandes vuelos, la «tipografía libre» en San Petersburgo, la *primera* que mereciera este nombre.

Los principios sobre los cuales basó su empresa fueron tan bien encontrados y combinados, que durante cuatro años consecutivos no pudieron descubrirla las más rabiosas investigaciones de la policía, hasta que vinieron en ayuda de ésta una traición y una simple casualidad.

Pero se había roto el hielo. Destruída una tipografía, se fundaron otras y otras según los mismos principios, que duraron y funcionaron sin interrupción.

Y de cuando en cuando, de subterráneos ignotos, en medio del murmullo de tantos hipócritas y aduladores, sale una voz poderosa que acalla su habladuría servil, y retumbando desde el mar Glacial al mar Negro, hace estremecer al despotismo bajo su púrpura ensangrentada, porque demuestra que hay un poder más grande que el suyo, el poder del librepensamiento,

que tiene por albergue el corazón generoso y por instrumento el brazo desinteresado.

Aquel librepensamiento llamó en su ayuda el hierro y el fuego, y, haciendo de ellos armas tremendas, trabó una batalla encarnizada que sólo acabará con la destrucción del despotismo. Y en esta batalla, su estandarte glorioso, en torno del cual era más terrible la lucha y hacia el cual se volvían las miradas de los combatientes, fué la imprenta clandestina. Mientras tremolara esta bandera, hasta tanto los esfuerzos de los enemigos no lograran arrebatarla de las manos de sus defensores, no había que desesperar de la suerte del partido y de la organización, aun á pesar de las más terribles derrotas de los parciales.

¿Cómo se explica, pues, el hecho maravilloso de la existencia, á las barbas de la policía, en un país como Rusia, de una tipografía clandestina permanente?

Este hecho, que da, á mi entender, una idea más grande de las fuerzas del partido que no darían muchas estrepitosas empresas, se explica de la manera más sencilla: es el resultado de la devoción de quienes trabajan en la imprenta y de la exactitud con que cumplen las más insignificantes precauciones para conservarla.

Nadie la visitaba; nadie, entre los que á ello estaban obligados, sabía dónde estuviese y cómo fuese. Para dar una idea de la reserva sobre este punto, baste decir que no ya los miembros de la organización que sostenía la tipografía, más ni siquiera los directores y colaboradores del periódico que se imprimía, sabían dónde estaba. Ordinariamente sólo había en la dirección un iniciado en el secreto del representante de la imprenta y á él correspondía mantener todas las comunicaciones.

Por mi parte sólo estuve una vez, y he aquí por qué: era uno de los directores de *Tierra y Libertad*, perió-

dico del partido antes de que se dividiera en dos fracciones.

Las comunicaciones se hacían en puntos neutrales, que se escogían siempre entre los más seguros. Entregaba los originales, recibía las pruebas y fijaba el lugar y el tiempo preciso para las reuniones sucesivas. En caso de alguna necesidad imprevista, ó si el hilo de las comunicaciones se interrumpía, enviaba una tarjeta postal, para fijar de un modo convencional un nuevo encuentro.

Una sola vez fuí, como he dicho. Era precisamente el 30 de noviembre, día que debía salir el primer número del periódico. La misma mañana vino á verme un amigo nuestro y me relató cómo habiendo ido á casa de Trosciansky, donde la policía estaba escondida, á poco si cae en sus manos; pero consiguió huir gracias á su destreza y á la buena idea que tuvo de gritar también: «¡Al ladrón! ¡al asesino! ¡detenedle!», mientras la policía le perseguía.

Me urgía insertar aquella noticia en el número que estaba por salir, siquiera para burlarnos de Zurof (el jefe de policía), el cual andaba diciendo que nuestra imprenta no podía estar en modo alguno en la capital, porque la habría descubierto infaliblemente.

Aproveché, pues, aquella ocasión para visitar la imprenta, lo cual me interesaba mucho, tanto más cuanto había sido invitado con insistencia por los tipógrafos para que les hiciera una visita.

La imprenta estaba establecida en una de las calles centrales de la ciudad.

Después de precauciones infinitas llegué á la puerta y llamé en forma convenida. Abrió María Krilof. Entré respetuosamente, cual el creyente que entra en una iglesia...

* * *

Las personas destinadas á la imprenta eran cuatro: dos mujeres y dos hombres.

María Krilof, que hacía las veces de dueña de la casa, era una mujer que tendría sobre cuarenta y cinco años. Pasaba por uno de los miembros más antiguos y más beneméritos de nuestro partido; había estado ya complicada en las conspiraciones de los Karakosowzi. Encarcelada y condenada á destierro en una de las provincias septentrionales, consiguió huir y comenzó á hacer vida «ilegal». Trabajó siempre infatigablemente por nuestra causa de distintas maneras, hasta que fué destinada al puesto que ocupaba, como soldado arma al brazo, en la imprenta *Perediel,* el año 1880. Durante diez y seis años consecutivos permaneció en las filas de los conspiradores, sin intentar jamás otra cosa que provecho para la causa, y ocupando los puestos más modestos y peligrosos.

Trabajó en la imprenta desde su fundación, y muy enferma y medio ciega por miopía progresiva, continuó siempre laborando, con tanto celo y despreocupación por su persona que, á pesar de su enfermedad, valía en la composición tanto como uno de los mejores operarios.

Basilio Buch, hijo de un general y sobrino de un senador, pasaba por inquilino de la señora Krilof. Tenía un pasaporte de empleado en no sé qué ministerio, y por eso salía todos los días á una hora fija, llevando en su cartera de empleado los ejemplares del periódico.—Era un hombre de unos veintiséis ó veintisiete años, pálido, aristocráticamente elegante y talmente taciturno, que no abría la boca durante días enteros. Servía de anillo de comunicación entre la imprenta y el mundo exterior.

El tercer cajista no legó su nombre á la posteridad. Figuraba en las filas hacía ya tres años y era amado

y estimado por todos; pero habiendo muerto el que lo presentó á la organización, nadie supo jamás su nombre. Era conocido por el apodo de *Ptiza (Pájaro)*, que le dieron á causa de su voz, y nunca fué llamado de otra manera. Se suicidó cuando, después de cuatro horas de resistencia desesperada, la tipografía de la *Narodnaia Volia* debió rendirse á la soldadesca lanzada al asalto.

Vivió anónimo y anónimo bajó á la tumba.

Su suerte era de las más duras, porque para mayor precaución vivía sin estar anotado en el padrón municipal, sabiendo que era siempre un peligro el pasaporte presentado á la policía. Por eso debía vivir escondido y pasar meses enteros sin salir de casa para que no le viera el *dvornik*.

En general, casi todos los que trabajan en las imprentas rompen sus relaciones con el mundo exterior y llevan una vida claustral. Pero el pobre *Pájaro* debía extremar esta reserva hasta una reclusión casi absoluta, siempre encerrado en su triste jaula, siempre revuelto entre caracteres tipográficos.

Era un joven de veintidós ó veintitrés años, alto, delgado, de faz seca, rodeada de largos cabellos de negro corvino, que hacían resaltar aún más su palidez cadavérica, efecto de la privación continua de aire fresco y de luz y del continuo manejar el plomo en aquella atmósfera impregnada de exhalaciones venenosas. Tan sólo los ojos eran vivos; grandísimos y negros como los de la gacela, lucientes, llenos de una bondad y de una tristeza inexplicable. Estaba tísico y lo sabía, pero no quería abandonar su puesto, porque era muy diestro en el trabajo y nadie podía substituirle.

La cuarta persona era una joven que hacía las veces de camarera de la señora Krilof. Jamás supe su nombre. Era una muchacha de diez y ocho ó diez y nueve años, rubia, con ojos azules, sutil y graciosa, que hubie-

ra parecido bellísima á no ser por aquella expresión de continua tensión nerviosa que se pintaba en su semblante pálido y que producía una impresión dolorosísima. Era un reflejo viviente de aquellos continuos esfuerzos que debía costar aquella vida, prolongados por meses y más meses en aquel lugar terrible, expuesto á las pesquisas rabiosas de tantos millares de polizontes.

* * *

Después de los primeros saludos, expliqué el motivo de mi visita, ó sea el deseo de insertar en el periódico la picante escena de la mañana, de que he hablado más arriba, y que, inútil es decir, fué acogida con gran alegría. Pero como el periódico estaba ya compuesto y se debía quitar algo para poner el *entrefilet*, que sólo era cuestión de pocas líneas, rehusé á la inserción.

Visité las habitaciones interiores donde se hacía el trabajo, cuyo mecanismo era sencillísimo. Algunas cajas con caracteres diversos, un pequeño rodillo recién fundido con una especie de pasta gelatinosa, muy semejante á la cola de los carpinteros, y algo dulce al gusto; un gran cilindro pesado cubierto de paño que hacía las veces de prensa; algunas escobillas y esponjas ennegrecidas en una cazuela, y dos vasijas con tinta tipográfica. Todo estaba dispuesto para poder ser escondido en un cuarto de hora en un armario grandísimo situado en un rincón de la estancia.

Me explicaron el mecanismo del trabajo y algunos subterfugios que servían para alejar la menor sospecha del *dvornik*, el cual venía diariamente á traer el agua, la leña, etc. El sistema adoptado no era el de privar la entrada, sino al contrario, precisamente el de hacerle ver con distintos pretextos y con la mayor frecuencia posible las habitaciones interiores, quitando antes de

ellas todo lo sospechoso. Y cuando los pretextos faltaban, eran inventados; así, por ejemplo, no pudiendo encontrar medio adecuado para hacerle visitar la última de las habitaciones, la señora Krilof díjole cierto día que había en ella un topo y que era preciso matarlo.

Fuése á la habitación el *dvornik* y, efectivamente, no halló nada; pero la cosa estaba hecha: había visto todo el departamento y podía dar fe de que no había en él nada anormal. Una vez al mes venían los barrenderos á limpiar el suelo de todo el local.

Una profunda tristeza me asaltó en presencia de aquella gente. Comparaba, sin quererlo, su vida terrible con la mía y tuve vergüenza de mí mismo. ¿Qué significaba nuestra actividad á la luz del día en medio de la multitud agitada de los amigos y del ruido de la lucha, en parangón con aquel sacrificio continuo de la existencia toda que se consumía en aquel verdadero subterráneo?

Salí. Bajé lentamente la escalera y anduve por las calles presa de los más encontrados sentimientos.

Pensaba en lo que había visto, pensaba en la lucha por la cual daban aquéllos su vida en holocausto. Pensaba en el partido.

Una idea me asaltó de improviso.

¿No son esos, pensé, los verdaderos representantes de nuestro partido? ¿No es éste el cuadro viviente que resume en sí el carácter de toda nuestra lucha? Y un sentimiento de entusiasmo me inflamó el corazón. Somos invencibles, pensé, hasta que no se agote la fuente de donde proviene tanto heroísmo anónimo, que es el más grande de todos; somos invencibles mientras el partido cuente con tales personas.

Un viaje á San Petersburgo

Prólogo

Fuertes golpes dados á mi puerta me hicieron saltar del lecho.

¿Qué era? Si hubiera estado en Rusia, habría pensado, desde luego, en la policía. Pero me hallaba en Suiza: no había peligro.

—*Qui est la?*—grité en francés.

—Soy yo—respondió en ruso una voz bien conocida. —Abrid en seguida.

Encendí la vela, porque estaba obscuro, y me vestí apresuradamente, con el corazón oprimido por un presentimiento siniestro.

Dos semanas antes, uno de los nuestros, amigo mío de la infancia, hombre gravemente comprometido en los últimos atentados contra el emperador, partía para la patria, después de algunos meses de permanencia en el extranjero. Hacía días que esperábamos en vano la noticia de haber atravesado la frontera.

Una sospecha terrible, que no osé formular, atravesó mi mente como una centella...

Abrí.

Andrés entró bruscamente en la habitación, sin quitarse el sombrero, sin darme la mano.

—¡Basilio está detenido!—díjome á quemarropa.

Basilio era también su amigo. Las lágrimas se traducían en su voz insegura.

Le miré unos instantes con los ojos fijos y muy abiertos, como si no hubiese comprendido. Después las tres palabras: «Basilio está detenido», se repitieron dentro de mí, primero con voz débil, mecánicamente, como un eco, después con voz tremenda, preñada de lágrimas y horror indecible.

Después todo enmudeció.

Un no sé qué frío, cruel, horrendo, parecía haberse abierto paso hasta mí, invadido toda la estancia, todo el espacio, y penetrado hasta el fondo de mi ser, helándome la sangre y el pensamiento. Era la sombra de la muerte...

Pero no había que perder tiempo en vanos desesperos. Era necesario averiguar si todo estaba perdido ó si aun se podía obrar.

Pedí pormenores.

Fué detenido en la frontera hacía ya cuatro días, pues los contrabandistas, en lugar de avisarnos por telegrama, nos mandaron, por tacañería, una carta.

—¿Dónde está la carta?

—La tiene Juan, á quien he dejado en este momento esperándonos. He venido para llamarte.

Bajamos á la calle.

Los primeros albores del día comenzaban á alumbrar con voz pálida las calles desiertas. Caminábamos en silencio, con la cabeza baja, sumergidos en dolorosos pensamientos.

Juan me esperaba. Eramos amigos, pero no nos habíamos visto hacía algún tiempo. ¡Bien triste fué nuestro encuentro! Ninguna palabra amistosa, ninguna pregunta, ninguna sonrisa.—Mudos y serios nos estrecha-

mos la mano. ¡Así se saluda la gente en cuya casa hay un muerto!

Leyó de nuevo la carta del contrabandista. Basilio fué detenido en la frontera prusiana, cerca de Vergbolovo, y llevado á la cárcel de dicha ciudad. Lo que luego ocurriera, no se sabía, porque el contrabandista repasó despavorido la frontera. Sus informes posteriores eran muy contradictorios: primero parecía que Basilio fué detenido como presunto prófugo. Pero después se sospechó que andaban de por medio los «gendarmes», lo cual significaba que el asunto era político.

Una cosa resultaba evidente: el contrabandista no tenía ninguna culpa. Se justificaba, y después de exponer sus lamentos, pedía el dinero que se le debía. La detención fué consecuencia de una distracción del mismo Basilio. Encerrado en una guardilla durante un día entero, salió á pasear para alejar el aburrimiento. Era una niñería imperdonable.

Mi dolor tuvo entonces necesidad de desahogarse, y, convirtiéndose en rabia, exclamé, apretando los puños:

—¡Hacer el valiente en tales momentos! ¡Dejarse ver en un villorrio de la frontera, donde todos están ojo alerta! ¡Un niño de treinta años hacerse prender en la frontera que todos atraviesan tranquilamente! ¡Diríase que lo ha hecho por su gusto!... Pues bien—añadí rechinando los dientes,—tendrá lo que se le esp...

Quise decir: «lo que se le espera», pero se me truncó la palabra en la garganta.

Se me ofreció un cuadro horrible: un tablado, una viga, un nudo, y luego...

Volví la cabeza horrorizado. Hube de morderme los labios hasta hacerme saltar sangre, para no prorrumpir en llanto.

Continué andando inquieto de arriba abajo por la angosta estancia.

Andrés, anonadado bajo el peso de su dolor, estaba

sentado junto á la mesa, apoyando sobre el codo casi todo el cuerpo, como postrado. Su elevada figura, alumbrada por la luz rojiza y mortecina de la vela, parecía como rota.

De súbito se me plantó delante.

—¿Qué hacer ahora?—me preguntó.

Era precisamente lo que quería preguntarle.

Me volví bruscamente para recomenzar mi marcha á lo largo de la habitación, restregándome fuertemente la frente con la mano, cual si quisiera extraer alguna idea de mi cerebro.

—«¿Qué hacer?»—repetía para mis adentros.—He ahí la cuestión. ¿Qué hacer en situación tan desesperada? Desde el viaje de Juan, á raíz de la detención de Basilio, habían pasado cinco días. Para ganar la frontera y pasarla se necesitaban otros cinco días. Y en diez días la policía tenía tiempo sobrado para reconocer al hombre que tenía entre manos y mandarlo con fuerte escolta á San Petersburgo. El caso era desesperado... Pero es forzoso que lo tengan aún en Vergbolovo ó en cualquier prisión de las poblaciones limítrofes... Ha caído en sus manos tan estúpidamente que lo tomarán por un «polluelo» sin importancia. Pero no, es imposible. Tenemos informes secretos de que los gendarmes esperaban á alguien del extranjero... ¡El asunto es desesperado! Pero hay que hacer algo...

—Hay que mandar á la Rina—dije medio suspirando.—Si puede hacerse algo, ella lo hará.

—¡Sí, sí, hay que mandar á la Rina!—exclamó Andrés, cuya pálida faz pareció reanimar un rayo de esperanza.

—¡Sí, sí, la Rina!—repetía Juan vivamente.—Si hay algo que hacer ella lo hará.

* * *

La Rina era una polaca, hija de uno de los tantos mártires de aquel noble país, nacida en una pequeña ciudad cercana á la frontera, cuya industria principal y casi única consiste en el contrabando. Habiéndose trasladado para sus estudios á San Petersburgo, se inflamó en las ideas del socialismo y tuvo en el movimiento revolucionario una función completamente especial: la de «guardar la frontera», es decir, organizar las comunicaciones entre Rusia y el extranjero, donde en aquellos tiempos se publicaban tantos libros revolucionarios.

Su origen y cierto instinto práctico, tan común en la mujer polaca, junto con una delicadeza y una astucia completamente suya, la hacían no sólo aptísima para tratar con los contrabandistas, sino que le daban entre ellos una verdadera popularidad. Decía, bromeando, que en la frontera mandaba más que el gobernador; y estaba en lo cierto, porque allí todo es venal, desde los soldados y los empleados de la aduana hasta los magistrados de la ciudad. No hay más que saber tratarlos.

Pasado el período de propaganda y transcurrida la sanguinaria etapa del terrorismo, Rina no tomó ya parte en el movimiento, porque no creía con tales medios en la posibilidad del éxito. Y aunque no estuviese muy comprometida, marchó al extranjero, estudió en París y á la sazón se hallaba en Suiza por motivos de salud.

A esta mujer me dirigí directamente. Andrés y Juan me esperaron.

Llamé á la puerta. Me abrieron en seguida, porque en Suiza se levantan muy de mañana.

—La señorita duerme—me dijo la camarera.

—Ya lo sé, pero ha venido uno de sus parientes que

la señorita tendrá gusto en ver en seguida—respondí, según la costumbre rusa de ocultar de tal suerte lo que se relaciona de alguna manera con la revolución.

Me dirigí hacia la puerta de Rina y, golpeando fuertemente, dije en ruso:

—Tengo que hablarte con urgencia. Déjate ver.

—¡Pronto, pronto!—respondió la voz algo turbada de Rina.

Cinco minutos después vi abrirse la puerta y aparecer Rina, que inclinó su bella cabecita adornada de largas trenzas de un negro corvino y algo desordenadas.

—¿Qué hay?—preguntó apenas entré en su habitación, fijando en mí pavorosamente sus grandes ojos azules.

Le relaté en cuatro palabras lo acontecido.

A pesar del color moreno de sus mejillas, pude percibir cómo palidecía ante la infausta nueva.

Sin responderme una palabra inclinó la cabeza, y toda su delicada figurita de muchacha expresaba un dolor indecible.

No quise distraerla de sus pensamientos. Esperaba que hablase ella antes.

—¡Si lo hubiésemos sabido á tiempo!—dijo finalmente, con voz lenta, cual si hablara consigo misma.—Todo hubiera podido arreglarse... Pero ahora...

—¡Quién sabe!—repuse.—Lo tendrán aún en la frontera.

Inclinó la cabeza en señal de duda, sin contestar.

—En todo caso—dije,—es preciso probar. He venido precisamente para que vayáis...

Rina permaneció silenciosa é impasible como si no hubiese oído. Ni siquiera alzó sus largas cejas, que velaban sus ojos, y su mirada continuó clavada en tierra.

—En cuanto á mí, no hay que hablar—respondió, por fin, á media voz.—Pero...

Se excusó y comenzó á tratar el asunto desde el punto de vista práctico.

No hay nada seguro, convenía en ello; pero precisaba intentar algo. Así lo vió y en cinco minutos quedó resuelta la cuestión.

Una hora después, Rina, con algunos centenares de liras recogidas apresuradamente entre los amigos, volaba en el tren expreso hacia la frontera rusa, llevando consigo todas nuestras esperanzas.

* * *

La tentativa salió fallida, como Rina había previsto. Llegada á la frontera, perdió dos días buscando en vano á nuestro contrabandista para tener informes precisos. Aquél se escondía, cambiaba de alojamiento y, finalmente, huyó á América, llevando el dinero que le habíamos mandado para los gastos eventuales.

Convencida del robo, Rina atravesó la frontera, exponiéndose á gravísimo peligro para no perder un momento de tiempo. Pero Basilio hacía ya tiempo que no estaba en la frontera. Habiendo sido reconocido, fué trasladado á una cabeza de partido del gobierno y después á San Petersburgo.

Allí fué Rina, no tanto para intentar algo, cuanto por deseo de visitar la ciudad y ver á sus antiguos amigos, pues que tan cerca estaba de ellos.

Llegó á San Petersburgo una semana antes del 13 de marzo, y permaneció durante otras dos en la caldera infernal en que se convirtió San Petersburgo después del asesinato de Alejandro II. Al terminar el mes partió para una de las provincias del interior de Rusia, en la cual se estableció.

Habiéndome decidido á escribir estos bocetos, pensé que no estaría desprovisto de interés un apéndice á los

mismos, trazado según las memorias de Rina, acerca de aquellos días terribles, y á tal propósito le escribí una carta.

Consintió en ello, advirtiéndome únicamente su pasividad en el movimiento, y su poca práctica en escribir. «Pero, añadía, relataré todo cuante he visto. Dejo á vuestra discreción escoger lo que más os guste».

Habiendo leído sus cartas, las encontré interesantísimas casi en todas sus partes. El hecho de estar escritas por una persona no perteneciente al partido militante, aumenta su valor, dándoles carácter de imparcialidad.

En lo que se refiere á la parte literaria, no he hecho más que refundir juntas todas esas cartas (que eran muchas por los suplementos y aclaraciones que había pedido). He debido hacer, es cierto, alguna pequeña amplificación, pero ésta es de ninguna importancia, unas cincuenta líneas en junto, que hubiera sido pedantería distribuir en anotaciones. Se refieren á partes accesorias y á ciertos extremos que no comprendería un extraño. He procurado conservar las propias palabras de la autora, para no alterar aquel documento interesante, según mi opinión, precisamente por su autenticidad.

Respecto de las escenas que se refieren á nuestros grandes mártires, no me he permitido cambiar ni siquiera una sola palabra, porque hubiera cometido un sacrilegio.

He aquí el relato.

I

Llegada á San Petersburgo, fuí á encontrar á mi paisana y antigua amiga la señora Dubrovina. Sabía que aun cuando no tomase parte alguna en el movimiento, tenía, si vale la frase, un *salón* revolucionario, y podía, por tanto, darme los informes necesarios. Fuí acogida con los brazos abiertos. Me dijo que de tanto en tanto alguno de los revolucionarios frecuentaban su *salón*. Pero no me podía dar ninguna indicación acerca de Betti, la esposa de Basilio, que deseaba ver con urgencia.

Como no había estado hacía años en San Petersburgo, me imaginé que en los últimos tiempos la vida de un nihilista debía ser una cosa terrible.

Pero Dubrovina me aseguraba que después de cada nuevo atentado se andaba durante algún tiempo sobre ascuas; pero pasada la borrasca, volvía la bonanza. Ahora, añadía, estamos en plena calma.

Me producía gran inquietud no tener pasaporte, pero Dubrovina me tranquilizaba, asegurándome que no lo pasaría mal.

En tanto, precisaba encontrar á Betti. La cosa era ardua, porque los nihilistas tienen en el mayor secreto sus domicilios precisamente, y son muy caros de encontrar. Según me relataron, cierto señor D, para encontrar un amigo suyo que estaba como él en San Petersburgo, debió hacer un viaje á Kief (que dista cuarenta y ocho horas en ferrocarril) para tomar su dirección, y luego regresar á San Petersburgo.

Comenzaron los pasos interminables por la ciudad, de una á otra persona que se creía capaz de suministrar

alguna luz para encontrar á Betti. Pero no se conseguía nada.

Así pasaron dos días, y no sabía ya á qué santo encomendarme, cuando la señora Dubrovina, que conocía evidentemente su mundo, me aconsejó que me tranquilizara y abandonara al acaso.

En el mundo nihilista las noticias se propagan con celeridad maravillosa por poco que sea su interés. Y aquélla pensaba que la noticia de la llegada de una mujer desde Suiza se esparciría en breve, y Betti adivinaría que era yo y enviaría á alguien para llamarme.

Así ocurrió, en efecto.

El tercer día charlábamos alegremente con Dubrovina y otras amigas suyas, cuando llegó el Bonzo (el mismo que por su afición á los experimentos estuvo á punto de envenenarse cuatro veces con distintos venenos) y me dijo con aire misterioso:

—Tendré mucho gusto de ir con usted de bracero.

Lo dijo con tanta solemnidad, que soltamos todas una sonora carcajada. El, por el contrario, permaneció impasible y serio, abotonándose los guantes. Su figura alta y seca se mantenía derecha como un palo.

Brinqué de mi puesto en medio de la risa general y lo cogí del brazo, mostrando cómo haría por la calle la gran señora.

El Bonzo continuaba serio, levantando su cabeza calva de bronceada frente sin sobreceja y faz enjuta, que le daba aspecto entre caballero de la Triste Figura y el de ídolo indio.

No hubo necesidad que me dijera dónde íbamos cuando salimos de casa. Me bastaba saber que era amigo de Betti y de Basilio, que le amaba por su resolución, aunque se burlase de su exceso de precauciones.

Apenas anduvimos doscientos metros á pie, el Bonzo tomó un fiacre para ir á Pesky, que estaba muy distante. El caballo trotaba á duras penas. El trayecto parecía interminable.

—¡Qué lejos está!—dije á mi compañero.

—Pues apenas empezamos — me contestó misteriosamente.

Me rebelé contra tanta profusión de precauciones, diciendo que quería ir directamente á casa de Betti. Pero el Bonzo se mostró inexorable.

Llegados á Pesky, después de haber andado otros doscientos metros á pie, el Bonzo tomó otro fiacre para el Politécnico. Apenas bajamos del coche fué tomado por un oficial, circunstancia que desagradó no poco á mi compañero.

En la acera había dos infantiles mendigos, un niño y una muchacha de ocho ó diez años. Me paré ante ellos: ¡eran tan bellos!

—¡Señora, señora... un *kopek!*—gritaron los muchachos alargando la mano.

Díjeles algunas palabras y les dí un *kopek* á cada uno.

—¿Qué hacéis?—me dijo con voz severa el Bonzo cuando nos alejamos.—¿No sabéis que son pequeños espías? La policía echa mano de estos pretendidos mendigos y les envía á que vigilen á la gente.

Reí la perspicacia del Bonzo y continuamos nuestras idas y venidas, que duraron una hora al menos. Cuando llegamos á la casa donde vivía Betti, encendían el gas en las calles.

El aspecto de la pobre mujer era desgarrador. Tardé en reconocerla, tan enflaquecida, pálida y extenuada estaba.

La estancia donde discurríamos comenzó á llenarse poco á poco de gente. Muchos venían con el *plaid* y la *bluse* de estudiantes. Algunos momentos después llegó la patrona—una joven y hermosa morena,—y llamando á Betti aparte, le dijo que la estancia estaba comprometida aquella noche para una asamblea de estudiantes. Nos invitó á asistir á ella, pero no teníamos ganas. No pude menos de expresar mi extrañeza y mi satisfacción

de que después de tanto atentado se anduviera tan libre en San Petersburgo.

—Sí—respondió Betti,—y es un gran mal. Pero, ya se sabe—añadió, y citó un proverbio ruso:—«hasta que el rayo cae, el leñador no hace la cruz».

Se nos propuso bajáramos al piso de abajo, donde había otro departamento á nuestra disposición.

Allí pasamos el resto de la velada discurriendo sobre nuestro asunto. Le relaté todas mis aventuras en la frontera: el robo del contrabandista, el traslado de Basilio, todo, en una palabra. Ella me dijo, por su parte, lo que había podido hacer en San Petersburgo. Era bien poca cosa, tanto que di el asunto por irrevocablemente perdido. Betti, en cambio, no quería darse por vencida. Esperaba siempre.

II

El día siguiente vi por primera vez á Hessa Helfman en la misma casa de Dubrovina.

Lo que más me llamó la atención fué la expresión de dolor indecible que se dibujaba en torno de su boca y en los ojos. Pero apenas le fuí presentada, comenzó á discurrir con animación sobre los «asuntos», sobre los programas de las diversas fracciones, sobre el partido, sobre la Cruz Roja, etc., etc.

La vi después otras muchas veces y me produjo siempre la impresión de un ser cándido, sencillo, modesto y devoto por la causa hasta no más, pero sin ninguna iniciativa.

Su marido, Koloskevie (condenado á muerte en el proceso de los 22), había sido arrestado algunos días antes de mi llegada. A pesar de la tristeza inmensa que oprimía su corazón, y que se revelaba contra su voluntad por sus ojos, por su semblante, por su voz, siempre

estaba ocupada en los diversos asuntos del partido y hasta en todos los de aquellos que le encargaban alguna comisión. Dubrovina y cuantos la conocieron decían que su bondad era rarísima.

En cuanto á su propio dolor, parecía como si no tuviese tiempo de ocuparse de él, ó que se avergonzase de hacerlo. Me acuerdo perfectamente que un día entregó á Dubrovina una misiva para que la llevara á Skripaceva, que estaba en regulares relaciones con los gendarmes, y el cual transmitía secretamente las cartas á los detenidos políticos recluídos en la fortaleza de Pedro y Pablo. ¡Qué dolor se traslucía en su voz, que se esforzaba en vano en hacer igual, cuando rogó á Dubrovina que hiciera transmitir aquella misiva á su marido, detenido también en la fortaleza!

Desgraciadamente, habiéndose roto las comunicaciones con la prisión, no pudo ser transmitida la misiva, y vi que Dubrovina se la devolvía.

Helfman venía muy á menudo á ver á Dubrovina, á quien todos querían en la casa, incluso la vieja abuelita.

Observé que era muy tímida. Siempre que se la invitaba á comer ó tomar un bocado, rehusaba sistemáticamente. Por gran rareza tomaba una taza de té aun cuando tuviese gran apetito, pues á causa de sus muchas ocupaciones, apenas si tenía tiempo de entrar en su casa para almorzar.

En mis largas peregrinaciones por los «albergues», he debido visitar una infinidad de casas. Por doquiera conocían á Hessa Helfman, de quien la juventud hablaba con gran respeto. Los estudiantes la amaban mucho y se alegraban cuando iba á hacerles una visita. Estaba siempre al corriente de las últimas novedades del mundo revolucionario, que tanto interesan á la sociedad y especialmente á la juventud. Sus bolsillos y la gran bolsa de cuero negro, de la que nunca se separaba, estaban siempre llenos de proclamas del Comité, de ejem-

plares de la *Narodnaia Volia*, de billetes de loterías, conciertos, bailes y espectáculos en favor ya de los desterrados ó detenidos, ya de la imprenta clandestina. Se sabía de memoria una multitud de direcciones y podía combinar cualquiera cita con quienquiera de los principales terroristas.

Por ella recibí cierto día un saludo de parte de Sofía Perovskaia, que conocía desde hacía años. Díjome que Sofía habría venido á verme si no hubiera estado enferma.

III

Vi á Perovskaia algunos días después en casa de Olenin, antiguo amigo mío, empleado de oficina. Pálida como un pañuelo, arrastraba penosamente los pies, y apenas entró en la habitación se tumbó sobre un sofá.

Venía para recoger el dinero de las cuotas mensuales que Olenin reunía: bien poca cosa: cien rublos á lo sumo. Desgraciadamente, el dinero no había sido aún recogido. Tenía en el bolsillo otros cien rublos que debía entregar, por encargo, á otra persona, cuya llegada á San Petersburgo era inminente, y propuse á Perovskaia prestárselos por dos días. Sabía que no tenía derecho á hacerlo, porque el dinero no era mío; pero su aspecto era tan desconsolador, y, por otra parte, como sin una necesidad urgentísima nadie pide dinero, en hora tan avanzada—eran ya las once,—y en semejante estado de salud, determiné entregárselos.

Perovskaia no aceptó mi propuesta diciendo que no estaba segura de poderme devolver el dinero en tan breve tiempo. Díjome que había gastado el último céntimo para huir de un espía que la perseguía, á cuyo objeto debió cambiar varias veces de coche. Añadió que no

estaba segura de haberse librado de su perseguidor y que era posible que la policía fuera á casa de Olenin para prenderla. Era preciso hacer salir á Sofía lo más pronto posible. Vaciamos nuestro portamonedas en el suyo. En cuanto á Olenin, que era un viejo lobo, su demora era siempre perfectamente «pulida», es decir, no tenía nada de comprometedora. Como yo llevaba en el bolsillo un paquete de números de la *Norodnaia Volia*, Sofía lo llevó consigo para no quemarlos, diciendo que si era detenida, tales documentos no la harían ni bien ni mal.

Salió apresuradamente, no sin decirme que deseaba tener una entrevista conmigo al día siguiente, si todavía estaba «viva», es decir, libre. Fijamos el lugar y la hora, y como ella no viniera, temí grandemente que la hubieran detenido. Al día siguiente, Hessa me tranquilizó diciéndome que Sofía estaba libre, pero que no podía salir de casa por hallarse gravemente enferma.

Todo esto tuvo lugar dos ó tres días antes del 13 de marzo. Según luego supe, el día antes de nuestro encuentro con Olenin, fué detenido Geliabof...

La mañana del 13—era domingo—fuí á ver á una amiga mía en Gatschina, que en aquellos tiempos no era lo que hoy, sino el paraje más pacífico de Rusia.

Tuvimos indicios del atentado en la mañana del lunes por la camarera de Nadia.

El párroco vino hacia el toque de oración y contó haber oído algo por los campesinos venidos de San Petersburgo. Pero no llegó á nosotros ninguna noticia oficial hasta la noche, con la venida de la hermana mayor de Nadia, que traía periódicos de la capital. Huelga decir que pasamos momentos terribles, al punto de caer enferma Nadia.

Siguieron días atroces, días de tormento, de zozobra, de horror; parecía el fin del mundo. Cada número de los periódicos daba nuevas noticias de nuevos rigo-

res contra los nihilistas y de nuevos descubrimientos hechos por la policía. Vino el terrible asunto de la Telegnaia, el suicidio de un desconocido... Y después detenciones en masa y al menudeo...

¿Cómo entrar en aquel infierno? ¿Cómo permanecer fuera?

Al fin no pude más y resolví marchar á San Petersburgo.

Era jueves.

La ciudad, toda enlutada, oprimía el ánimo. Los faroles, las casas, los balcones, las ventanas, todo estaba cubierto de lúgubres bandas negras y blancas.

Fuí directamente á ver á Dubrovina. Toda la familia estaba encerrada en casa. En todos los semblantes se pintaba un temor pavoroso. Dubrovina me acogió con exclamaciones de terror. Los otros no tenían aspecto menos tranquilo.

—¿Qué mal viento os ha traído? ¿Por qué habéis venido á este infierno? ¿No sabéis que también yo estoy vigilada por la policía? ¿Dónde diablo esconderos en estos momentos?

Todo esto me repetía Dubrovina con voz dura, andando de arriba abajo por la habitación y parándose ante mí de tanto en tanto.

«¿Por qué no me había quedado en Gatschina? ¿Por qué haberme metido en aquel infierno?» pensaba en mi interior.

Algunos días después volvió el sosiego á mi querida amiga, á quien debo al menos la cuarta parte de mis alojamientos, cosa que le agradeceré mientras viva, aunque entonces se mostrara inexorable. Su enojo contra mí llegó al colmo cuando entró de improviso en la habitación una señora desconocida, muy bien vestida, con el deseo de hablar aparte con Dubrovina.

Todo enmudeció por un momento. Permanecimos perplejos y atemorizados, porque la hermana menor de Dubrovina había desaparecido hacía algunas horas y

no se sabía su paradero. Pensamos de momento en una desgracia, pero pronto regresó Dubrovina y, llamándome aparte, dijo que la señora venía á buscarme de parte de Sofía Perovskaia.

Hube de contenerme para no saltar de alegría al oir estas palabras. Estaba viva y quería marchar evidentemente al extranjero. Ni siquiera se me ocurría la idea de que pudiera necesitarme para atravesar la frontera, que era mi especialidad.

Con estos pensamientos entré en la habitación donde Sofía me esperaba. Esta vino á mi encuentro y comencé á expresarle el más vivo placer por su resolución de marchar al extranjero.

Abrió los ojos desmesuradamente, como si escuchara la cosa más estupenda del mundo.

Comprendí mi error y me decidí á rogarle, á conjurarle á que abandonara la capital, donde tantos peligros la rodeaban. No tenía entonces la menor sombra de sospecha en su participación en el hecho del 13 de marzo, y sólo me enteré por los periódicos. Pero la parte que había tomado en el atentado de Moscou—revelada ya por Goldenberg y relatada por los periódicos—era, á mi ver, una razón más que suficiente para alejarse de San Petersburgo en aquellas circunstancias.

Pero ella respondía á todas mis insistencias con una negativa invariable.

—Es imposible—decía—abandonar la capital en momentos de tanta importancia. ¡Hay tanto que hacer! ¡hay que ver á tanta gente!

Estaba entusiasmada con la terrible victoria alcanzada por el partido. Esperaba en el porvenir y lo veía todo de color de rosa.

Cortó secamente mis ruegos explicándome por qué me había llamado.

Quería saber algo del proceso de los regicidas. Se trataba de avistarse con un pez gordo, un «excelencia»,

un hombre perteneciente á la alta policía que podría, sin duda alguna, darnos pormenores del proceso, bien que la instrucción se llevase en el mayor secreto. Este hombre no estaba en relaciones regulares con los nihilistas, pero yo le conocí casualmente hacía algunos años. Por esto precisamente había pensado en Sofía. La cosa le urgía mucho. El hombre que amaba estaba entre los acusados, y, aunque terriblemente comprometido, no había tomado parte directa en el hecho del 13 de marzo. Y Sofía esperaba.

Le dije que iría de buen grado, no ya á ver á mi «excelencia», sino también, si lo creía oportuno, á mi «gendarme», con quien años atrás sostuve relaciones para la correspondencia con los detenidos políticos.

No asintió á lo último Sofía, alegando que mi «gendarme» había roto toda relación con los nihilistas y me pondría por tanto en manos de la policía, ó, si temiese mis revelaciones, mandaría contra mí un pandilla de espías. Por el contrario, no había que temer nada del «excelencia», porque, personalmente, era incapaz de una infamia, y en el fondo simpatizaba hasta cierto punto con los nihilistas.

Determinamos que á las diez de la mañana del día siguiente iría á ver á mi «excelencia». Sofía deseaba la respuesta lo más pronto posible, pero por más que se devanó los sesos, no pudo darme cita antes de las *seis de la tarde*. No pudiendo contener mi admiración, me expuso la distribución de sus horas: debía tener por la mañana *siete entrevistas*, todas en barrios opuestos de la ciudad.

Terminado nuestro coloquio, Sofía llamó á un joven perteneciente á la familia donde teníamos nuestra cita, y lo envió al *adresni stol* (oficina de direcciones) para tomar la de mi «excelencia». Al propio tiempo envió á una joven, amiga de la casa, á que me buscara «albergue», pues le dije que no tenía ninguno.

Mientras quedamos solas, comencé de nuevo á con-

jurarla á que partiese para el extranjero. Le proponía, si le parecía imposible abandonar Rusia por mucho tiempo, conducirla á alguna pequeña ciudad de la frontera, donde pasaríamos juntas dos ó tres semanas.

No quería oir nada, burlándose bonachonamente de mi debilidad.

Después cambió de asunto. Díjome quién era el joven muerto por la explosión de la bomba arrojada á los pies del emperador. El hombre suicidado en la Telegnaia, era Nicolás Sablin, que conocía hacía años. Esta noticia me causó calofríos.

Cuando regresó la joven enviada en busca de un albergue, nos separamos. Sofía me preguntó si me faltaba dinero para vestirme elegantemente antes de presentarme al «excelencia». Esta vez sus bolsillos estaban llenos de dinero, pero le dije que no hacía falta nada, porque tenía un vestido bastante decente.—Al día siguiente fuí al encuentro del «excelencia», el cual me recibió mucho más cortésmente de lo que esperaba, y me dió todos los informes necesarios y precisos. Pero ¡qué tristes eran! La suerte de Geliabof, como la de todos los demás, estaba irrevocablemente decidida. El proceso no debía ser más que pura fórmula para el público.

Con estas noticias fuí á la cita hacia las seis. Perovskaia no vino hasta las nueve. Exhalé un profundo suspiro cuando la vi entrar. Ambas teníamos un aire descompuesto: yo por el tormento que me causara su retardo, ella porque estaba muy fatigada, como dijo, ó por cualquiera otra razón. Nos trajeron el *samovar* y nos dejaron solas.

Le comuniqué sin preámbulos las noticias que tenía. No pude ver su semblante, porque tenía los ojos bajos. Cuando los levanté vi que todo su cuerpo temblaba. Después me asió las manos, inclinó paulatinamente su cabeza y cayó de bruces, apoyando la faz en mis rodillas. Así estuvo por algunos minutos. No lloraba, pero

temblaba toda. Luego se levantó y sentóse, procurando recomponerse. Pero con un movimiento brusco me asió otra vez las manos, apretándolas fuertemente hasta hacerme daño...

Me acuerdo que la propuse marchar á Odessa para avisar á algún pariente de Geliabof, á fin de que le visitara, á lo cual contestó que no sabía sus direcciones á punto fijo, y que, por otra parte, era demasiado tarde para llegar antes de los debates.

El «excelencia» se maravillaba de que Geliabof hubiera declarado ser él únicamente el organizador del atentado.

Cuando se lo expliqué á Perovskaia, ésta me contestó las siguientes palabras:

—No podía ser de otra manera. El proceso sólo contra Risakof resultaría demasiado pálido.

El «excelencia» me había comunicado muchos pormenores acerca de la altiva y noble conducta de Geliabof.

Cuando se lo relaté á Sofía, observé que sus ojos se inflamaban y que el color volvía á sus mejillas. Esto le producía, evidentemente, un gran consuelo.

El «excelencia» díjome también que todos los acusados sabían ya la suerte que les esperaba y que habían recibido el anuncio de la próxima muerte con una tranquilidad y una sangre fría admirables.

Cuando oyó esto Sofía exhaló un suspiro. Sufría inmensamente. Quería llorar, pero se contenía. Tan sólo un instante se humedecieron sus ojos.

Por aquellos días corrían ya insistentes rumores de que Risakof hacía revelaciones. El «excelencia» lo negaba, no sé por qué. Me acuerdo que hice observar esta contradicción para deducir que tampoco el «excelencia» lo sabía todo. Con esto me proponía tranquilizar á Sofía de un modo ó de otro. A pesar de ello, me contestó:

—No, estoy persuadida de que todo es verdad, porque hasta en este punto debe tener razón. Conozco á

Risakof y creo que no dirá nada. Lo mismo opino de Mikailof.

Y comenzó á relatarme quén era ese Mikailof, y quiénes los hombres del mismo nombre que figuraban entre los terroristas, y me encargó comunicara á un amigo mío lo que uno de ellos reveló sobre su persona.

Permanecimos juntas hasta media noche.

Quería marcharse primero, pero se hallaba tan extenuada, que apenas podía tenerse en pie. Hablaba poco, con voz seca y palabras breves.

Sofía prometió venir al día siguiente á la misma casa, entre dos y tres de la tarde. Llegué á las dos y media, enterándome de que Sofía había concurrido antes á la cita, y no tuvo tiempo de esperarme. Ya no la volví á ver más.

Dos días después fué detenida.

IV

Siguieron días tristísimos para mí. Mi posición equívoca—no «legal» y no «ilegal»—produjome infinitos sinsabores.

Siendo absolutamente extraña al movimiento, no quería tomar un pasaporte falso.

Y hallándome sin pasaporte debía buscar siempre escondrijos y alojamiento, cosa sumamente difícil, cabalmente por mi situación excepcional.

No podía aprovecharme de los escondites que tienen los terroristas, tanto más cuanto en aquellos ominosos tiempos los necesitaban sobremanera. Debía componérmelas sola. ¿Y á quién dirigirme? Mis amigos personales—los únicos que hicieron algo por mí—eran, como Dubrovina, «gente sospechosa». No podía recurrir á ellos más que en raros casos.

Quieras que no, había de dirigirme, por así decir, á la beneficencia pública.

Así se comprende que tuviera ocasión de conocer, en parte al menos, la clase media, que se podría llamar neutral, porque ó no quiere tomar parte alguna en la lucha, ó porque, aun simpatizando con todas sus fuerzas con los revolucionarios, no ha tomado todavía parte inmediata en el movimiento; me refiero á la clase de los burgueses pacíficos, que viven con sus propios medios, y á la juventud estudiosa.

Es de las únicas que puedo hablar.

En cuanto á la primera, seré muy breve; es asunto muy indigesto. He observado que en Rusia el hombre se asusta tanto más cuanto menos motivo tiene de asustarse. No contaré más que un hecho.

Una vez supe por casualidad que mi mejor amiga de la infancia, Emilia ***, con la que durante varios años fuimos más que hermanas, había llegado á San Petersburgo. Quise verla inmediatamente. Pero como acababa de llegar, y no se encontrara su dirección en el *adresni stol*, hube de recurrir á otro paisano mío, el profesor Boiko, amigo de mi casa.

Pasé en estos trotes medio día, en excitación casi febril.

Boiko me aconsejaba que no fuera, alegando que, siendo de su país, Emilia sabía que era una «emigrada» y que mi presencia le causaría verdadero pavor. No le hice caso; tanta era mi fe en Emilia.

Heme ante la puerta buscada, en compañía de Boiko. Pregunto al portero si están en casa, me dice que sí, y vuelo por la escalera, rebosando de alegría el corazón y seguida penosamente por Boiko.

Era domingo. Los criados habían salido probablemente á divertirse. Por eso me abrió Emilia en persona.

Apenas me atrevo á relatar la escena que siguió á mi aparición en la casa.

Emilia comenzó á temblar de pies á cabeza. Avancé hacia ella, y retrocedió presa de verdadero pánico... Pasaron algunos momentos antes de que lograra abrazar aquella figura fugitiva y cubrir de besos su pálido semblante.

Cuando entramos, finalmente, en la antecámara del saloncito, se me ofreció un cuadro parecido. El marido de Emilia y su hermano (también éste amigo mío de infancia) hallábanse sentados á una mesita jugando á cartas. Ni se movieron ni hicieron el menor saludo; permanecieron como petrificados. Durante largo rato hubo un silencio embarazador, que parecía oprimir las gargantas.

—¡No podemos interrumpir el juego!—dije por fin, para sacar á Emilia de aquel mal paso.

La infeliz intentó sonreir, pero su sonrisa resultó una mueca.

Comencé á hablar de mí. Dije que no había tomado ninguna parte en cuanto había ocurrido en los últimos tres años; que era casi «legal»; que á no ser por aquel tiempo aciago, hubiera procurado proveerme de un nuevo pasaporte; en suma, que no corrían el menor peligro recibiéndome, y que de otra suerte no hubiera ido. Emilia estaba convencida de que era incapaz de decirle una cosa que no fuera cierta.

Creía que mis palabras le habrían tranquilizado. Pero no produjeron ninguna variante en aquel temor pánico, instintivo, invencible, contra el cual no hay razonamiento que valga.

Emilia, cada vez más pálida que la muerte, me dijo balbuceando cuánto se había asustado al verme en semejantes tiempos.

En fin, los dos caballeros se levantaron y se acercaron á mí para estrecharme la mano. La parálisis de que estaban poseídos había ya atravesado el período agudo.

Continué al lado de Emilia unos veinte minutos,

charlando de mil futesas, para ahorrar á mis huéspedes el sacrificio de abrir la boca.

Cuando me despedí, Emilia me acompañó hasta la puerta, pronunciando entre dientes, como si se excusara:

—¡Me asusto tanto!

Apenas en la calle, Boiko comenzó á burlarse de mí.

—¿No os había aconsejado que no fuerais? Y vos: «¡pronto, pronto!»

Así decía, imitando mi voz y riendo á mandíbula batiente.

Le respondí, no sin enojo, que no importaba, que estaba satisfecha de haberla visto, etc. Y, cambiando de tema, pasamos á otra cuestión más urgente, la del «albergue».

Era ya demasiado tarde para encontrar uno. Apenas levantada, mi primer pensamiento era siempre el de buscar dónde dormir, y pasaba ordinariamente en mis correrías casi todo el día; pero entonces no había pensado en ello, á causa de mi entrevista con Emilia.

—Esta noche la pasaré en la calle—dije.

Boiko no lo permitió y comenzó á devanarse los sesos para ver dónde podía conducirme. No consiguió hallar nada. Siendo un hombre, en cuanto á política, inocente como un recién nacido, tenía amigos no menos inocentes y no menos asustadizos. Era inútil, pues, que buscara un puesto donde alojarme.

—¡Venid á mi casa!—dijo finalmente.

Le conocía desde pequeño y le quería como á un hermano, pero me disgustaba pasar la noche en su habitación, tanto más cuanto sabía que sólo tenía una. Comencé á hacerle objeciones, hablando de los *dvorniks*, de la camarera, de la patrona de la casa...

—¡No importa!—respondió.—La patrona no lo sabrá hasta mañana por la mañana y la camarera otro tanto.

—¿Cómo no importa? ¿Los porteros no importan? Nos dejarán entrar y después irán á avisar á la policía.

—¡No importa! —repetía Boiko. —Los porteros no avisarán á la policía; pensarán solamente que...

Le dije que se callara, diciéndole que los porteros no pensarían nada semejante. Pero ¿qué hacer? Pasar la noche en la calle era no sólo fastidioso, si que también muy expuesto. Y como no quedaba otro remedio, acepté.

Pasamos sin ser incomodados ante los porteros, que le saludaron muy cortésmente. La patrona de la casa y la camarera dormían, de modo que pudimos entrar sin ser vistos. Exhalé un suspiro de satisfacción.

—Hemos salvado felizmente todos los obstáculos —dije á mi huésped.—Pero esto no significa nada. Los porteros irán á llamar á la policía.

Me dijo que no, y para distraerme me relató cómo en cierta ocasión, teniendo que trabajar hasta muy avanzada la noche, con un amigo suyo, profesor también, le invitaba á pernoctar en su compañía. «Pero he aquí —me dijo—que un día el portero me recriminó que albergaba vagabundos sin pasaporte. Sí —le dije, —y no uno, sino muchos, que te agradeceré sobremanera me los eches de casa. El portero abrió desmesuradamente los ojos, mientras le señalaba una larga procesión de cucarachas. He ahí—continué—mis vagabundos que vienen sin pasaporte. Mira cuántos hay. Respecto de mi amigo, has de saber que es una cucaracha con pasaporte visado y registrado. El portero soltó la carcajada y el asunto terminó aquí».

Habríamos pasado de muy buen gusto toda la noche charlando, pero era preciso apagar la vela, porque la ventana daba al patio, y el portero hubiera podido sospechar algo revolucionario.

Boiko me cedió su lecho y se tendió en tierra, cubriéndose con su abrigo. Yo me acosté vestida, y como quiera que su almohada apestaba á tabaco, debí cubrirme la cabeza con un pañuelo negro.

—Si la policía viniera esta noche—pensaba en mi interior,—no me haría esperar mucho.

V

Quiero deciros ahora dos palabras sobre otra parte de la sociedad rusa que, por mi situación, tuve que frecuentar á menudo. Me refiero á la juventud estudiosa que no ha entrado aún en el campo de los conspiradores, pues de la que ha entrado no podría decir mucho.

Si no tuviese el testimonio de mis propios ojos, me resistiría á creer que en la misma ciudad pudieran existir, á tan corta distancia, contrastes tan notables cual se observan entre la clase de los burgueses pacíficos y la de la juventud rusa.

Contaré sencillamente lo que he visto y oído.

El valor cívico, de que está privada la parte madura de la sociedad rusa, no se encuentra más que en los jóvenes.

Es una cosa extraña, pero ciertísima.

He aquí un hecho notorio que durante varios días circuló de boca en boca.

En la Academia de Medicina, uno de los estudiantes, «un condesito», como le llamaban, tuvo la idea de proponer una colecta para una corona de flores á la memoria del emperador asesinado.

Esta proposición fué acogida con un silencio sepulcral. El condesito arrojó cinco rublos en su sombrero y empezó á dar vueltas entre la multitud de sus compañeros. Ninguno le dió un *kopek* tan sólo.

—Pero, señores—preguntó el condesito,—¿qué haremos entonces?

—La lección del profesor Mergeewsky—le respondió una voz salida de la muchedumbre.

Pero no quiso darse por vencido y continuó dando vueltas é importunando á todos. Tras mucho girar, consiguió hallar un camarada que le echó en el sombrero otros dos rublos.

Acabada la lección del profesor Mergeewsky, el condesito volvió de nuevo á las andadas, pero inútilmente.

—Pero ¿qué hemos de hacer, señores?—gritó ya desesperado.

—La lección del profesor tal (ya no recuerdo su nombre).

Pasó también esta segunda lección.

Entonces el condesito resolvió poner á sus camaradas entre la espada y la pared.

Arrojado el dinero sobre la mesa, gritó:

—¿Qué he de hacer, pues, con este dinero?

—Dárselo á los detenidos—le respondió desde el grupo una voz á la cual hicieron eco todos los circunstantes.

El condesito y su compañero se marcharon rabiosos.

Entonces uno de los estudiantes se adelantó, tomó el dinero que había sobre la mesa y nadie dudó que los famosos siete rublos fueron entregados á quienes los esperaban.

El mismo día los estudiantes de la Academia hicieron una colecta de cincuenta rublos para los detenidos.

Esto ocurría algunos días después del atentado, cuando toda la sociedad parecía propiamente loca de terror.

En las demás escuelas superiores los estudiantes observaron una conducta análoga, aunque solamente aquellos que estuvieron en Rusia en aquellos tiempos pueden comprender cuánto valor se necesitaba para hacer lo que hicieron los estudiantes de la Academia de Medicina.

Lo que más llama la atención en la vida de la juventud estudiosa rusa en masa, es lo poco que le preocupan

los intereses personales, es decir, la carrera, porvenir, etcétera, y hasta los placeres que se dice embellecen la aurora de la vida.

Parece que la juventud rusa sólo vive de los intereses intelectuales.

Su simpatía por la revolución es inmensa, universal, casi unánime.

Todos dan sus últimos céntimos para la *Narodnaia Volia*, para la Cruz Roja, es decir, para los detenidos y desterrados. Todos toman parte activa en la organización de los conciertos, de los bailes con billete de pago para recaudar algunos rublos en pro de la revolución. Muchos padecen hambre y frío para aportar su último óbolo á la «causa». Conocí *falansterios* que no comían más que pan y sopa para dar todas sus economías á la revolución.

Puede afirmarse que la revolución es el interés principal y absorbente de esta juventud, advirtiéndose que cuando vienen épocas de arrestos, procesos y ejecuciones, esos jóvenes pierden la facultad de continuar sus estudios.

Entonces se reunen en pequeños corrillos en sus angostas habitaciones y allí, en torno del *samovar*, cuchichean, discuten, se comunican sus ideas y sentimientos de indignación, de horror, de admiración, y así su exaltación revolucionaria crece y se fortifica. Entonces hay que verles: sus semblantes aparecen preocupados, serios, como los de los viejos.

Se arrojan con avidez sobre cualquier cosa, cualquier nonada que venga del mundo revolucionario. Es increíble la celeridad con que se propagan por toda la ciudad las noticias de este género. El telégrafo que tiene en sus manos el gobierno no puede rivalizar con las piernas de los nihilistas. Es detenido Fulano, y al día siguiente se difunde la triste nueva por todo San Petersburgo. Llega éste; aquél hace revelaciones; tal

se las tiene con los gendarmes con energía ejemplar; todo ello se sabe inmediatamente y en todas partes.

Huelga añadir que, con semejante disposición de ánimo, esta juventud está siempre pronta á prestar todo género de servicios á los revolucionarios sin parar mientes en los peligros que puede correr. ¡Hay que ver con cuánto amor, con cuánta solicitud lo hace!

Acabo. No tengo la menor pretensión de revelar lo que es la juventud rusa: sería una tarea superior á mis fuerzas.

Por eso vuelvo á mis peregrinaciones.

De esa juventud obtuve los alojamientos que quise cuando la buena Dubrovina y otras pocas amigas no podían ya esconderme en sus casas.

No puedo pasar en silencio otro detalle.

Recibida la invitación iba á mi alojamiento, y aun cuando nunca se me preguntó nada—porque tal es la regla de la hospitalidad nihilista,—comenzaba mi eterna canción, es decir, que no entraba poco ni mucho en la conspiración; que ni siquiera era «ilegal», sino simplemente «vagabunda», porque no tenía pasaporte y no quería sacar uno falso. Esto lo decía para tranquilizar á mis huéspedes y porque esperaba, lo confieso, que me invitarían otra vez.

Pero, con gran asombro mío, mis palabras no producían jamás el efecto deseado.

A pesar de la miopía que sufría, podía notar en sus semblantes un gesto de desilusión que quería decir: «¡Cómo! ¿No es más que esto?»

Y ya no se me invitaba otra vez. Al principio me enojaba, pero luego me habitué á mi suerte, que me llevaba á buscar durante el día un alojamiento nocturno.

En general, he observado que cuanto más temido y más buscado por la policía es el revolucionario, con más entusiasmo le acogen, le esconden y se sacrifican por él. En primer término, porque el hombre pertene-

ciente á la organización relata siempre algo interesante, y luego, porque causa gran satisfacción el ocultarle; ayudar á un hombre de gran importancia es también, en cierto modo, una «actividad» revolucionaria. Finalmente, hay en ello su parte de honor. Un joven de rica familia burguesa, me decía cierto día:

—Habéis de saber que tenemos un sofá, una poltrona y una silla en las cuales se sentaron Geliabof y Perovskaia. No nos separamos de ellos jamás—añadía,—porque todas estas cosas son «históricas».

VI

Desde estas regiones plácidas pasemos otra vez á la zona ardiente de la revolución.

Recuerdo que era un martes. A las cuatro en punto, á pesar de un temporal horrible, estaba en la estación ferroviaria para encontrarme con Varia que debía verse con Tania (Levedeva), comprometida en el atentado de Odessa y condenada á muerte en el proceso de los 22. ¿Me preguntaréis el por qué de mi encuentro? He aquí la razón: cuando uno llega á San Petersburgo, la cuestión más escabrosa es la de saber á dónde dirigirse, cuáles amigos están detenidos y cuáles no. ¿A quién puede recurrirse sin caer en un lazo policíaco? He ahí por qué siempre es útil y seguro encontrarse con algún amigo en la estación.

Quería agradar de esta suerte á Varia. Pero desgraciadamente no vino. Previendo el caso, habíamos ya establecido que iría yo sola á la cita con Tania. Era necesario entregarle doscientos rublos que estaban depositados en casa de la Dubrovina. Allí fuí, cogí el dinero y me encaminé á la cita, esperando que con esta suma Tania podría marchar á provincias ó al extranjero.

Cuando entré en la habitación, Tania y Slobodina, su huéspeda, exclamaron á una:

—Y Varia, ¿dónde está?

La noticia de que no hubiera venido conturbó mucho á Tania. Se puso pálida, y estuvo un rato sin poder pronunciar palabra.

Me apresuré á darle los doscientos rublos. Pero me dijo que le hacían falta otros ochenta, en cuyo defecto no podría partir, pues los doscientos los destinaba á otro objeto.

El mismo día fué detenido Miguel en una cita. Aquel dinero, como supe luego, lo destinaba á hacer venir á la madre de Miguel, que estaba en el Cáucaso.

Le dije que la cosa podía arreglarse, pues Dubrovina tenía siempre pequeñas cantidades de dinero recogido para la revolución, de las cuales podría tomar la parte que hiciera falta.

—Sí—dijo,—es necesario. Pero es mejor que vaya Slobodina, porque he de comunicaros alguna cosa. En tanto, decidme si habéis sido seguida.

Ambas se apresuraron á preguntarme si había observado algo sospechoso en la calle, en la puerta, en la escalera, etc.

Díjeles que nada había visto, advirtiéndoles que, dada la miopía que sufría, no eran muy seguras mis observaciones.

—¡Temo que ocurre algo y no habéis visto nada!—exclamó Tania con gesto de impaciencia.

Y comenzó á relatarme lo que sigue:

—Apenas salí de casa, vi que me seguía un espía. Tomé el primer *likhac* (coche de lujo, con buenos caballos) que encontré, mientras el espía tomaba un simple fiacre y me perdía de vista. Pero en la esquina de la Basseinaia nos cerró el camino un tranvía, y el espía, ganando el camino perdido, estaba á punto de agarrarme, cuando mi *likhac* se puso de nuevo en movimiento. El espía dió un silbido, acudiendo entonces un sujeto

que subió en su coche. Mandé al *likhac* que se dirigiera á la Ligovka, después á Pesky, á Miguel Arcángel luego, en una palabra, le hice dar vueltas al menos por una hora. Segura de que me habían perdido de vista, me paré ante un almacén de tabaco, donde entré para cambiar un billete de Banco y comprar cigarrillos. Cuando salí del establecimiento el *likhac* estaba solo y en la calle no había nadie. Entonces lo despedí y me vine á pie hasta aquí. Sin embargo, no estoy segura de que no me siguieran.

Luego me relató lo que sabía de la detención de Miguel. Ambos vivían en el mismo alojamiento, siendo un milagro que la policía no hubiera venido todavía á detenerle á ella.

Oído todo esto y conociendo sus antecedentes, comencé á rogarle que abandonara San Petersburgo en el acto.

—No, es imposible—me respondió Tania, como si hablase consigo misma.—Es preciso *desocupar* el alojamiento.

—¿No podría desocuparlo yo sola?—pregunté.

Tania inclinó la cabeza sin contestarme.

Díjele entonces que si no quería encargarme el desocupo porque no se fiaba de mi discreción, se equivocaba, y la aseguré que no miraría ni leería nada. Recuerdo que nuestra discusión casi llegó á tomar el carácter de disputa.

A decir verdad, me daba un miedo cerval ir á sus guaridas; pero mayor era el miedo de dejar ir á Tania, que tenía ya la soga del verdugo al cuello. Esto me daba nuevos bríos para renovar mis insistencias.

—Entonces podremos ir juntas—dije.—Entre las dos desocuparemos la habitación en poco rato y nos marcharemos tranquilamente.

—No, es imposible, tanto más cuanto debo pasar aquí la noche.

Se me erizaron los cabellos al oir estas palabras.

Comencé á rogarle y excitarle para que no lo hiciera, pues estaba persuadida de que sería detenida indefectiblemente. Parecíame como si marchase desesperadamente al encuentro de su propia ruina.

Creí por un momento que quisiera complacerme. Estaba pensativa... esperaba...

—No, es imposible—dijo finalmente.—Si no durmiera en casa, el portero, que viene cada mañana á las siete á traer agua, iría á avisar inmediatamente á la policía al no encontrar á nadie. Se pondrían espías en todas las estaciones y sería detenida sin remedio. Además, hoy no puedo partir, sin antes ver á «los nuestros». Debo, pues, pernoctar en mi casa.

No puedo describir mi desesperación.

Propúsele que pasaría yo la noche en su lugar; que al día siguiente, cuando viniera el portero, le abriría, diciéndole que estaba enferma y que había sido llamada para asistirla, siendo de creer que aquél no iría á su habitación para sincerarse.

Tania rehusó cuantas proposiciones le hice, no sé por qué motivo. En cambio consintió que le ayudara al día siguiente en el desocupo de la habitación.

Acordamos todos los detalles, fijando la cita para las diez en punto en Moghilevskaia.

Quería ir á Moscou; pero como quiera que no podía prevenirse á los amigos de aquella ciudad, debía parar en un albergue.

Para ello se necesitaba una valija, algunas provisiones de boca, un poco de ropa blanca, etc.; es decir, todo lo que contribuyera á alejar sospechas en el albergue donde se alojara. Hube de comprar todo esto en la mañana del día siguiente y llevarlo á casa de Slobodina.

Tania me recomendaba que gastara lo menos posible y no quiso que le comprara guantes y sombrero, á pesar de que el suyo estaba bastante viejo. Un velo de muselina negra—señal de luto,—debía cubrirla toda.

Fijados los menores detalles, planteóse la cuestión de la forma en que deberíamos salir de casa.

A Tania le parecía más oportuno que nos mostráramos ambas públicamente, pues la policía suele buscar siempre á una sola mujer; de modo que al ver dos podría desorientarse.

Salimos. Dados apenas algunos pasos se nos acercó ruidosamente un fiacre, proponiéndonos sus servicios.

Tania díjome en voz baja:

—Es un espía, lo conozco. Veréis lo que nos costará echárnoslo de encima.

Efectivamente, durante más de diez minutos no quiso separarse de nosotras, hasta que, después de muchas vueltas, hallamos en un callejón un fiacre cuyo auriga dormitaba. Tania lo tomó y partimos en él como un rayo.

Era ya algo entrada la noche cuando nos separamos. Era preciso marchar á mi alojamiento, porque no estaba permitido presentarse en él demasiado tarde. Tomé un coche y marché directamente á la casa que me habían indicado, y que encontré por mera descripción después de mucho buscar. A la puerta hallábase sentado, naturalmente, el portero. No se permitía ni preguntar nada ni mirar el número de la casa. Tal era la regla. Así es que entré resueltamente sin estar persuadida, á causa de mi miopía, de que aquella fuese la casa indicada. Llegado que hube al segundo piso, vi tres puertas. En la obscuridad profunda que reinaba no podía reconocer nada, y con el corazón palpitante tiré, al acaso, de la primera campanilla.

Grande fué mi alegría cuando, al preguntar á la camarera por la persona que allí vivía, vi aparecer una hermosa señora que me dijo:

—Sí, sí, aquí es.

En la mañana del día siguiente, á la hora fijada, entraba en Moghilevskaia. No había tenido aún tiempo de subir á la acera designada, cuando se me apareció

Tania con una cesta llena de legumbres en la mano y un pañuelo negro en la cabeza, cual llevan las patronas cuando van al mercado.

Nos encaminamos hacia su casa. Dióme la llave de su puerta y me encargó que me adelantara, á fin de que el portero no nos viera entrar juntas. Así lo hice.

El departamento estaba compuesto de dos habitaciones y la cocina. Me llamó la atención el orden impecable que reinaba por doquiera. El ajuar, el saloncito, el escritorio del marido, todo era agradable á la vista, No faltaba nada. Parecía realmente un nido de paz y de alegría.

Tania entró algunos momentos después con las provisiones para la comida y encendió la estufa. Todo esto lo hacíamos para cubrir las apariencias á la vista del *dvornik*. Luego empezó á arreglar el paquete que debía llevarme, colocando en él únicamente aquellos objetos cuya desaparición no pudiera despertar sospechas en el portero, caso de que entrara durante su ausencia, valiéndose de la doble llave que tienen consigo esos parásitos que están noche y día de centinela á la puerta de las casas vigilándolo todo y siendo el terror de los habitantes pacíficos, los dueños incluso.

Antes de dejarme salir de casa miró al patio para ver lo que hacían los porteros, observando que estaban ocupados en cortar leña.

Tania me explicó que podía pasar por el patio sin ser vista, aprovechando un momento en que aquéllos subían leña á algún inquilino de los pisos superiores.

Así lo hice, y salí sin obstáculo alguno con un paquete bastante grande en la mano, tomé un coche y marché directamente á casa de Slobodina.

Hecha la valija me dirigí á la estación, tomé los billetes, facturé el bagaje y cumplí los demás requisitos, para evitar que Tania se exhibiera más de lo conveniente. Debía llegar unos diez minutos antes de la partida del tren, y encaminarse directamente al vagón

para ocupar su puesto. Desgraciadamente el tren estaba lleno de viajeros hasta rebosar. En vista de que no había puesto, debieron añadir otro vagón al convoy. Los cinco minutos que pasamos en el andén me parecieron un siglo.

Cuando estuvo el vagón agregado, Tania ocupó su puesto al tiempo que se llenaba el compartimiento de público, quejándose de no haber llevado consigo algún libro de lectura. Le di un periódico que llevaba en el bolsillo, advirtiéndole que en la primera estación de importancia podía comprar una obra cualquiera. Le enseñé las naranjas que tanto quería y que puse en lugar preferente de su bolsa, pero le recomendé en voz baja que no fumara durante el viaje.

Tania sonrió, me agradeció las naranjas, y me dijo que en cuanto á fumar no podía prometerme nada.

Al salir, llamada por el conductor, mascullé, no sé por qué, algunas frases sin sentido.

—¡Saludad á los vuestros! ¡abrazad á los niños! etcétera.

Partió el tren y exhalé un suspiro de satisfacción.

Tania llegó á Moscou, donde permaneció durante algún tiempo. Recibiéronse algunas cartas enviadas por ella desde aquella ciudad, en una de las cuales, que tuve el gusto de leer, nos decía que en Moscou no tenía que hacer nada, que se aburría y que deseaba ardientemente regresar á San Petersburgo.

Y volvió, en efecto, pero ya no estaba yo en la capital.

Acepté la invitación de una amiga mía que tenía una propiedad en una de las provincias del Volga, y allí me fuí con alegría que huelga encarecer.

Pasados cuatro meses desde el terrible 13 de marzo, y restablecida un tanto la tranquilidad, conseguí, por medio del marido de mi amiga, proveerme de un pasaporte en regla.

Y aquí dió fin mi odisea.

Conclusión

I

He relatado sucintamente la historia del movimiento revolucionario ruso. Me he limitado principalmente á pintar su fisonomía, tan desconocida fuera de sus confines.

Ahora, antes de despedirme del lector, quiero echar una mirada retrospectiva al conjunto del movimiento del que tan sólo he descrito algunos detalles.

Lo que hace al partido revolucionario ruso completamente distinto de todos aquellos que lucharon en diferentes tiempos contra la opresión, no son ya los medios que adopta—que en caso de necesidad pueden ser adoptados por todos,—sino su situación frente al gobierno y al país, la cual es realmente única en su género y no presenta nada parecido en la historia de los otros pueblos.

El movimiento revolucionario ruso no es más que una revolución *sui géneris*, hecha no por las masas populares ó ciudadanos que sienten su necesidad, sino por una especie de delegación salida á tal objeto del seno de aquellas masas.

Nadie se ha dedicado, y nadie podría entregarse á calcular con alguna certeza la fuerza numérica de este partido, es decir, de quienes comparten las convicciones y las aspiraciones de los revolucionarios. Sólo se puede decir que es numerosísimo, que llega á centenares de

miles y quién sabe si á millones de hombres diseminados por doquiera. Pero esta masa de gente, que se podría llamar «el País Revolucionario», no toma parte inmediata en la lucha; confía sus intereses y su honor, su odio y su venganza á quienes se proponen hacer de la revolución su ocupación única y exclusiva, porque en las condiciones en que se halla Rusia, no es posible figurar en las filas de los simples ciudadanos y ocuparse al mismo tiempo del socialismo y de la revolución.

En esta clase de «caballeros de la revolución» se recluta el verdadero partido revolucionario, ó mejor, la organización militante.

Esta organización es poco numerosa. Diré más: así ha sido y será mientras duren las condiciones actuales de la lucha; es una confesión que no me recato de hacer, y que puede servir al lector como norma de mi sinceridad.

En Rusia, la lucha se hace entera y exclusivamente por medio de conspiraciones. Tiene razón Maquiavelo cuando dice, á propósito de las sociedades secretas, que «muchos las perjudican». Por las condiciones inherentes á la misma conspiración, cuanto mayor es el número de los afiliados, mayor es el peligro de que sean descubiertos. Es una ley que, aun cuando no se someta á una expresión numérica precisa, es tan ineludible como las leyes mecánicas. Cuantos han figurado en alguna conspiración ó han leído bastante acerca de ellas lo saben de sobra. Por eso no insisto.

Pero en Rusia existen condiciones especiales que hacen esta ley aun más imperiosa: me refiero á las dificultades materiales que hay que superar, y especialmente á los gastos inmensos que ha de hacer la organización militante para conservar su fuerza.

Las sumas que se gastan en las varias empresas terroristas, aunque modestísimas en relación á sus frutos, ascienden siempre á cifras respetables. Y, no obstante, son nada, propiamente nada, comparadas con

las cantidades que la organización ha de gastar á diario, sencillamente para sostenerse. Con la vida tan agitada de los revolucionarios rusos, con esos cambios continuos de trajes, de ciudades, de alojamientos, en los que hay que abandonar á menudo todo el mobiliario y el ajuar para rehacerlos en otro sitio, que será abandonado de nuevo tal vez al cabo de una semana; con semejante vida, los gastos de la lucha deben crecer evidentemente de una manera enorme. He ahí explicado por qué «el País Revolucionario» no puede mantener más que una organización militante relativamente limitada en cuanto al número.

Este proceso de limitación no se realiza con propósito deliberado. Ello ocurre por sí mismo, en forma sumamente sencilla, aunque muy cruel, es decir, con la muerte de los que están en exceso. El oficio de matador lo desempeña, naturalmente, el gobierno.

Por una tendencia inherente á toda sociedad política secreta, la organización revolucionaria procura aumentar, atraerse un número siempre mayor de personas, extender sus ramificaciones por todas partes. Pero al llegar á cierto límite, he ahí que faltan los medios y se produce, como consecuencia, un relajamiento inevitable en las medidas de seguridad, unido á cierto relajamiento en la disciplina conspiradora (que corresponde siempre al aumento excesivo de las sociedades secretas).—Esto tiene por consecuencia inevitable un «siniestro», una «tromba», una «sangría» por parte del gobierno.

Para probar que el movimiento sigue justamente esta marcha fatal, sólo he de recordar las «trombas» desencadenadas *precisamente en los momentos de mayor florecimiento de la organización*. Es un hecho que deben reconocer todos los rusos que han tomado parte en las conspiraciones en una ú otra forma.

Las detenciones no se limitan jamás á cortar lo que podríamos llamar el sobrante de la organización; re-

basan siempre la medida, porque son como las cerezas: una arrastra la otra.

Pero he aquí otro hecho, eminentemente característico. Por grande que sea la derrota parcial infligida á la organización, nunca consigue el gobierno destruirla por completo. Siempre queda una parte en pie, la cual conserva las tradiciones y antiguas relaciones. Y he aquí que dos meses después de las más terribles «trombas», aparece la organización rehecha, como si nada hubiera pasado, porque mientras se lleva á cabo la pequeña «leva», nuevos campeones ocupan el sitio de los caídos; y restablecido el equilibrio entre el número y los medios materiales junto con la disciplina, la organización permanece ilesa durante algún tiempo, continuando la lucha, interrumpida por un instante, hasta que, habiéndose—por una tendencia incontrastable en una sociedad viva—aumentado su excedente, viene otra «tromba», otra «sangría».

De suerte que la organización, si bien crece á medida que aumentan las fuerzas del partido—hecho innegable,—permanece siempre muy modesta en cuanto al número.

II

Hablando de las sociedades secretas, el Secretario florentino dice también no sólo que «muchos las perjudican», sino que «pocos no bastan».

No hay necesidad que demuestre que estos pocos bastan en Rusia de una manera terrible.

¿Cómo se explica, pues, este hecho extraordinario?

Se explica por la devoción, por la elevación moral, por la energía de esos luchadores heroicos, como he procurado demostrar en mi libro.

Pero esto no bastaría, dirán algunos, para sostener durante tantos años una lucha tan tremenda. Querrían

los tales milagros de heroísmo, y los milagros ya no existen en nuestros tiempos, ó nadie, al menos, cree ya en ellos. ¿Cómo explicar, pues, el fenómeno? Hay que acudir á alguna otra razón.

Esta razón es el aislamiento casi absoluto del gobierno ruso.

La autocracia en los tiempos actuales, en un país que está en comunicación continua con Europa, donde todas las clases cultas reciben una educación perfectamente europea, la autocracia en un país semejante es una monstruosidad tal, que, exceptuando la gente que tiene en ella un interés personal, nadie puede defenderla de buena fe. De ahí proviene una oposición sorda al gobierno, casi universal, en todas las capas de la sociedad algo instruídas, una oposición que, á pesar de los rigores de la censura y las arbitrariedades de la administración, se manifiesta de una manera tan clara y palpable, que es preciso hacer oídos de mercader, como hace el gobierno imperial, para no oir nada. Basta leer las indirectas de las asambleas provinciales (Zemstwos), basta ojear los periódicos rusos de los últimos años para convencerse cuánto anhela la sociedad rusa, en peso, ciertos derechos políticos, como la libertad de la palabra y de la imprenta, la inviolabilidad personal y domiciliaria, la representación nacional, todo aquello, en suma, que se resume en la modestísima palabra *Constitución*.

Ahora bien, en el programa de los socialistas rusos de los últimos cinco años, se manifiesta una transformación importantísima.—Habiendo comenzado por sostener, en unión con el partido extremo de la *Internacional* (llamado anárquico), que los socialistas deben abstenerse de cualquiera participación en la lucha política, los socialistas rusos, por la lógica inexorable de la vida, han debido comprender que la libertad política no sólo es útil sino indispensable para ellos, como para todos quienes han de hacer valer alguna convic-

ción, alguna idea que propagar entre sus conciudadanos.—Han debido reconocer què sin estos derechos elementales el socialismo no saldrá nunca de los restringidos límites de las sociedades secretas, y no podrá nunca influir de una manera decisiva en las convicciones de las masas populares.

No existiendo en Rusia ningún otro partido capaz de dar la batalla al despotismo, los socialistas rusos resolvieron emprenderla por cuenta propia.— Y como en Rusia, según he demostrado ya, la lucha insurreccional á la manera europea es absolutamente imposible, los socialistas se entregaron al terrorismo, á la lucha con el autócrata en persona para hacerle de la vida un tormento, un fastidio, para hacer su situación intolerable, vergonzosa, ridícula, para que, impulsado por el escarnio de su pretendido poder ilimitado, se resuelva á ceder ante las aspiraciones legítimas y modestísimas de toda la nación.

En este punto se fundieron las aspiraciones de los socialistas y las de toda la sociedad rusa; los terroristas no hicieron más que proclamar en voz alta, en medio del estampido y las llamas de sus explosiones, lo que todos pensaban en su interior ó murmuraban con voz indecisa y temerosa, mezclada con un diluvio de adulaciones y un montón de reticencias obligatorias.

Era fácil prever el resultado de esta situación de los revolucionarios. Estos conquistaron la inestimable ventaja moral que proporciona el apoyo de la opinión pública. Y este apoyo no se limitaba, ciertamente, en los más animosos, tan sólo á palabras...

Pero ni siquiera los que eran sus enemigos, porque temían sus doctrinas subversivas, querían de ningún modo prestar su ayuda al gobierno, aun cuando éste la pidiese casi suplicando.—La respuesta que daba la sociedad rusa, después de cada nuevo atentado, por medio de las asambleas provinciales y la imprenta á las repetidas súplicas, era siempre la misma: «Estamos prontos á ayudaros contra los socialistas, pero dadnos

para ello los medios necesarios, es decir, la libertad de la palabra y la representación nacional; entonces os prestaremos voluntariamente el servicio de barrenderos. Mientras no las tengamos, somos impotentes para intentar nada en vuestro favor».—Respuesta no muy noble, á decir verdad, pero que refiero tal cual fué formulada.

El gobierno no se avenía á tales pactos, dando á entender que la ayuda pedida á la sociedad era la de que hiciera sencillamente el papel de espía. A lo cual, por su parte, no se avenía la sociedad.

De este modo el gobierno permanece perfectamente aislado; de este modo la lucha entre él y los terroristas, aunque siempre terriblemente desigual, no lo es tanto como pueda creerse vista de lejos.

He ahí el secreto que explica muy naturalmente el milagro de la lucha terrorista.

Si el gobierno no estuviese en contradicción tan flagrante con la sociedad, sería absolutamente imposible una lucha parecida, precisamente porque la sociedad saldría de su indiferencia y tomaría parte contra los perturbadores de su tranquilidad, aniquilándoles en un abrir y cerrar de ojos.

Es una cosa clara como el sol: ¿dónde viven los terroristas sino en medio de la sociedad? ¿Con quién están en relación cotidiana sino con sus miembros? Si fuesen simples delincuentes vulgares que turban el orden social en beneficio propio, la sociedad podría entregarlos, atados de pies y manos, á los representantes del poder. Y si en ello hubiera tenido escrúpulos, los habría igualmente aniquilado retirándoles sencillamente su apoyo. ¿Dónde escogerían los terroristas sus medios? ¿Dónde se esconderían? ¿Dónde encontrarían refuerzos?—Y no hablo del peso de la desaprobación universal, sincera y resuelta, que sería decisiva en una cuestión en que intervienen precisamente los intereses más inmediatos de la misma sociedad, de la que no

puede decirse como del pueblo: no comprende lo que dice ó hace.—¿A qué vendría, pues, el apoyo que la sociedad rusa prestara al gobierno en pugna con todo el mundo? Por eso, á pesar de sus obligatorias protestas de devoción, permanece con los brazos cruzados, dejando hacer á los terroristas. A escondidas se restrega las manos, y no sólo no denuncia á los terroristas, sino que les ayuda de buen grado, cuando no se lo impide el temor, porque comprende que trabajan por la causa común.

El aislamiento del gobierno ruso sólo puede compararse al del extranjero odiado en un país conquistado. La mejor prueba de ello es, como he dicho ya, su impotencia en vencer á los terroristas. Para hacerla más clara voy á relatar algunos hechos de la vida revolucionaria.

Importa advertir, ante todo, que, salvo pocas excepciones, los revolucionarios rusos no valen gran cosa como *conspiradores*. El carácter amplio, despreocupado, indisciplinado ruso, el amor á las expansiones, la costumbre de hacerlo todo «en común», le hacen poco apto para someterse á las reglas de las conspiraciones, que consisten en decir lo que importa solamente á quienes es *necesario* decirlo, y no á quienes puede comunicarse sin peligros. Los tipos como Perovskaia ó Estefanovich son muy raros entre los rusos. Por eso ordinariamente los secretos revolucionarios se conservan muy mal, y apenas salidos del seno de la organización se difunden con celeridad increíble en todo el mundo nihilista y no es raro pasen de una á otra ciudad.—Sin embargo, el gobierno nunca sabe nada.

Así, antes de que se publicase el periódico *Zemlia y Volia*, dirigido por hombres «ilegales», salía en San Petersburgo el diario clandestino revolucionario y socialista *Nacialo*, que no fué el órgano de la organización, sino de un círculo aislado, y tuvo por directores cuatro ó cinco hombres «legales». Todo San Petersburgo los conocía y nombraba; pero la policía, por más

que se rompiese las piernas para hallar las huellas de aquel periódico, nada sabía, y nada ha sabido jamás; tanto es así, que algunos de los directores de aquel periódico, que ya no se han comprometido en ningún otro asunto, permanecen sanos y salvos.

La venta del más terrible periódico terrorista, la *Narodnaia Volia*, se hace en San Petersburgo de la manera más sencilla que pueda imaginarse; en todas las escuelas superiores y en todas las clases de la sociedad, así como en las principales ciudades de la provincia, hay hombres de todos conocidos que se ocupan de esta comisión, y recibiendo cierto número de ejemplares del periódico lo venden á todos quienes lo quieren á 25 *kopeks* el número en San Petersburgo y 35 en la provincia.

He aquí otro hecho que parecerá mucho más extraño y que, sin embargo, es perfectamente cierto:

La vasta conspiración dinamitera organizada por el Comité Ejecutivo en 1879, con motivo del viaje de ida y vuelta del emperador desde San Petersburgo á Crimea—la más grande de las empresas que una sociedad secreta haya jamás organizado,—esta conspiración era demasiado extraordinaria para que fueran suficientes para llevarla á cabo tan sólo las fuerzas de la organización. Esta debió recurrir á gente de fuera, de aquel mundo vastísimo que está á su lado dispuesto siempre á prestarle servicios de toda clase.—No tenía nada de maravilloso que con tanta gente se esparciera rápidamente *por toda Rusia* el secreto de los atentados en preparación. — Es cierto que no se conocían los puntos precisos; pero todos los estudiantes, los abogados, los literatos no policíacos, sabían *que el tren imperial volaría durante el trayecto de Crimea á San Petersburgo*. Se hablaba de ello en todas partes, y hasta llegó á abrirse en cierta ciudad *una suscripción* casi pública al efecto, recogiendo cerca de 1,500 rublos, que fueron entregados íntegramente al Comité.

A pesar de todo, la policía no sabía nada. De los seis atentados que se refieren á aquel tiempo, sólo se descubrió uno, el de Logovenco, por pura casualidad. La detención de Goldenberg, hecha también por casualidad en la estación de Elisabetgrad con una carga de dinamita: he ahí lo que resultó de las sospechas de que algo se preparaba y que tantas precauciones hizo adoptar en la disposición de los trenes.

Estos hechos y otros parecidos que podría citar hasta el infinito, dan, en mi opinión, una idea de las posiciones respectivas del gobierno y de los revolucionarios.

Los terroristas tienen ante ellos no ya un gobierno en el sentido europeo de la palabra—en cuyo caso la lucha resultaría imposible por la gran desproporción de fuerzas,—sino una camarilla, una secta mezquina y aislada, que no representa más que sus propios intereses, que no se apoya en ninguna clase social.

Planteada en este terreno la lucha, aunque dificilísima, se hace posible y puede durar años y años.

III

¿Cómo acabará la cosa?

Esto depende de la línea de conducta que adopte el gobierno.

Hay una cosa clara, evidente: con las represalias, no conseguirá jamás apagar el terrorismo. Precisamente porque son poco numerosos, los terroristas resultan invencibles. Una victoria alcanzada sobre una revolución como la de París da al vencedor al menos diez, quince años de paz; porque con cien mil víctimas se suprime todo lo más noble, generoso y emprendedor que pueda tener una nación, la cual permanece anémica y decaída hasta que surge una nueva generación que ven-

ga á los padres muertos.—Pero ¿qué significa, en un país como Rusia, la pérdida de un puñado de hombres, que de cuando en cuando el gobierno consigue arrebatar de las filas de la organización?

Los supervivientes continuarán la lucha con ardor atizado por el deseo de la venganza. El descontento universal le provee de medios pecuniarios. La juventud, excitada con el ejemplo de tantos héroes, está á su lado, como fuente inmensa, inagotable, de nuevos reclutas, y la lucha continúa aún más feroz.

Pero si los terrroristas no pueden ser vencidos, ¿cómo podrán vencer al gobierno?

Una victoria inmediata, espléndida y decisiva como la que dan las insurrecciones, es, en efecto, imposible de alcanzar por medio del terrorismo, pero es muy probable una victoria, como la del débil contra el fuerte, como la de los «mendigos» de Holanda contra los españoles.—En una lucha contra un enemigo invisible, impalpable, omnipotente, el fuerte es vencido, no ya por las armas de su adversario, sino por la continua tensión de sus fuerzas que lo agotan tarde ó temprano, más que puedan hacerlo las derrotas más terribles.

Tales son las condiciones de los partidos beligerantes de Rusia.

Los terroristas no pueden derribar el gobierno, no pueden arrojarlo de San Petersburgo y de Rusia; pero habiéndole obligado durante tantos años seguidos á dejarlo todo para dedicarse exclusivamente á luchar contra ellos, harán su situación insostenible.—Ya en la actualidad el prestigio imperial ha sufrido una lesión muy difícil de curar. Un emperador que se encierra en una cárcel por temor de los terroristas, no es ciertamente una figura que inspira admiración. Podría citar muchos rumores que á este propósito circulan entre el ejército y el pueblo. ¿Qué dirán si permanece encerrado otro año ó dos? ¿Y cómo no hacerlo si continúa en su política?

No es solamente en la parte moral donde el gobierno lleva la peor parte.

En esta lucha entre la libertad y el despotismo, hay que confesarlo, los revolucionarios tienen en su favor una ventaja inmensa, la del tiempo. Cada mes, cada semana de vacilación, de irresolución, de tensión abrumadora, empeora la situación de su adversario, y, por consiguiente, vigoriza la propia. Fuerzas ciegas, inconscientes y poderosas como las de la Naturaleza entran en acción para minar las bases del edificio imperial: son la situación económica del pueblo, la crisis atroz, la cuestión financiera y la corrupción administrativa, casi tan fatal como todas las demás juntas.

El nuevo emperador piensa mejorar la suerte del pueblo, se esfuerza en purgar su administración de dilapidaciones y concusionarios.

¡Tentativas vanas y ridículas y hasta hipócritas! ¿No era también éste el sueño dorado de todos los emperadores, comenzando por Pedro *el Grande?* ¿No repetían también todos ellos los mismos *úkases* contra los concusionarios con las mismas palabras? ¿Por qué no lo han logrado?—Porque querían hacerlo todo por sí mismos, es decir, por medio de la misma burocracia, para no ceder un ápice de su poder autocrático.

Sólo el pueblo, convertido en árbitro de sus propios destinos, puede mejorar su suerte; la sociedad, empleando como instrumento la prensa libre, es la única que puede vigilar y corregir los abusos de la administración. Son éstas verdades de colegial.

Si ninguno de los emperadores precedentes ha conseguido nada en condiciones mucho mejores, ¿qué podrá conseguir el zar actual en las condiciones de hoy día?

En tanto, el Estado no espera. El descontento crece; la suerte del pueblo empeora; el desorden financiero y administrativo aumenta. Y los terroristas paralizan las últimas fuerzas del gobierno con su sola presencia,

dando pruebas de su existencia, de cuando en cuando.

Pero también saben alcanzar victorias terribles, como lo han demostrado perfectamente...

La situación es insostenible, y cuanto más pronto el gobierno salga de ella, mejor para él. Cediendo á las aspiraciones legítimas de la nación, concediéndole los derechos políticos más elementales reclamados por el tiempo y la civilización, todo entrará en vías pacíficas y regulares. Los terroristas serían los primeros en abandonar sus armas homicidas para tomar las más humanitarias y más poderosas de todas: las de la palabra libre otorgada á los hombres libres, como éstos lo han *declarado explícitamente* varias veces.

Así lo harán, y vendrán obligados á hacerlo, porque no podrían existir un día siquiera si intentaran continuar en el camino hasta ahora seguido en un país libre.

Tal es el mejor desenlace de la actual crisis de Rusia.

Falta saber si el gobierno tendrá perspicacia y valor moral suficiente para tomar este partido.

En caso contrario, ¿qué ocurrirá?

Es difícil preverlo, porque las revoluciones, y especialmente la revolución rusa, es un monstruo terriblemente fantástico, que no se sabe dónde parará, ni los brincos que puede dar si se le acosa.

Lo que está fuera de toda duda es que el movimiento no puede detenerse. Ha adquirido un desarrollo demasiado inmenso para que pueda acabar como pompa de jabón. Sus fuerzas, que están representadas, no ya por la organización militante, que no es más que su manifestación exterior momentánea, sino por la excitación del ánimo en tantos millares de hombres; por el deseo ardiente, universal, de salir de ese estado vergonzoso y humillante creado por el despotismo; por el odio, por la venganza, por el entusiasmo revolucionario que el gobierno con sus ejecuciones y represalias ha sabido desarrollar tan poderosamente en la parte mejor de la

nación, que es la juventud; estas fuerzas tendrán necesidad de expansionarse; es una necesidad más mecánica que filosófica. Y siempre se encuentran hombres deseosos y capaces de dirigirlas.

Algo se conseguirá si la revolución pierde la paciencia ó la esperanza de éxito con el menos feroz de los medios que ésta tiene á su disposición: el terror político actual.

Es imposible prever de qué naturaleza será.

Impulsado por un sentimiento puramente humanitario, quiero apuntar algunas eventualidades que se me ofrecen como probables, vistos los hechos precedentes y las disposiciones actuales del partido, sin intentar otra cosa que ilustrar la opinión pública para impedir si es posible la realización de aquellas eventualidades dolorosas.

La primera es el que llamaré terror administrativo, terror contra los empleados del gobierno en masa. El partido ya dió de ello alguna prueba, que revistió mejor el carácter de una demostración política, sin proponerse todavía sojuzgar por el terror la administración imperial y hacer al gobierno impotente. El golpe resultaría infalible, como resultaba el que se daba á las patas del caballo de un caballero medioeval, incapaz de moverse por sí mismo.—En el año 1878, el partido era demasiado débil para empeñar una lucha tan vasta. Pero ahora, habiéndose reforzado inmensamente, podría intentar la prueba con facilidad. Rusia entera se cubriría de cadáveres, porque los gobernadores, los gendarmes, los procuradores, los jueces no pueden tener cada cual su Gatchina.—Sería una cosa terrible y dolorosísima; pero ya se habló de ello.

Hay otra eventualidad más tremenda aún, de la cual ya se habla mucho, y el hablar del mundo revolucionario no hay que tomarlo á broma, porque bien pronto se traduce en hechos. Así, por ejemplo, se estuvo hablando durante dos años del terrorismo, y durante

todo el 78 no se habló más que del regicidio. Lo que luego ocurrió todos lo saben.

Lo que ahora corre de boca en boca es el terror agrario. La clase agrícola, la más infeliz y la única numerosísima en Rusia, es como un volcán en reposo y misterioso, sobre el cual celebran sus opresores incautas francachelas. Por un escarnio de la historia, es partidaria no ya del emperador, sino de un mito imperial con el que nada tiene que ver la realidad, y por eso no puede tener ningún valor práctico. El mismo campesino alimenta un odio profundo, implacable, contra todo el orden del Estado que no es más que la emanación del poder del mismo emperador contra la burocracia, contra los poseedores de la tierra, contra los sacerdotes que han jurado fidelidad al gobierno, contra todos los «señores», es decir, los que llevan «vestido alemán» ó europeo, en una palabra, contra todo lo que es causa de sus grandes y seculares sufrimientos. Este pueblo es tan desesperadamente desdichado y mísero, que no falta más que una chispa para convertir su odio en un incendio formidable que destruiría los cimientos del Estado y el orden económico moderno, y, junto con éste, cuanto tiene un asomo de civilización. Sería una cosa terrible, una epirosis, un cataclismo universal, pero siempre preferible á la muerte lenta bajo las patas del despotismo.

Los que luchan hoy día contra la autocracia para conquistar la libertad política—no hay que olvidarlo,—son todos socialistas. Estos no han cesado nunca de hacer clandestinamente la propaganda socialista entre los obreros de la ciudad. La prueba de que sus esfuerzos no han resultado infructuosos es la parte considerable de obreros que figura entre los acusados y condenados en los procesos terroristas de los últimos años.

Tanto estos obreros como sus compañeros de las clases cultas habíanse limitado hasta ahora á la lucha exclusivamente política con el gobierno imperial, para

poder luego proceder á la regeneración social de la patria con medios pacíficos y humanitarios.

El terrorismo ha hecho mucho para traer la revolución. Pero ¿qué sucederá si estas multitudes de hombres resueltos á todo se echan al campo, armados de cuanto puede facilitar la ciencia mortífera de los nihilistas y su arte revolucionaria, para comenzar una lucha á la irlandesa con los poseedores de las tierras y los empleados de la policía agraria absolutamente indefensos, llamando al pueblo á la obra de la destrucción universal?

¿Quién puede prever, ó mejor, no prever, las consecuencias de este terrorismo agrario del cual se habla ya mucho?...

Añádase á lo dicho las conjuras palaciegas y los golpes de Estado por parte de los jefes militares. Esto constituye una tercera eventualidad que puede correr parejas con las otras dos, y hasta precederlas. No se relacionan directamente con el terrorismo, pero son su consecuencia natural. Actualmente el gobierno imperial no es más que un juguete, un muñeco en manos de las facciones cortesanas; pasarán algunos años, tal vez pocos meses, y nuevos golpes de los terroristas lo debilitarán aún más, y entonces en San Petersburgo, como en la antigua Roma, y en Bizancio, como en todas las monarquías despóticas en decadencia, surgirán entre los cortesanos y los generales de ejército nuevos Sejanos, que intentarán aprovecharse de la ocasión para satisfacer sus propias ambiciones. Más pronto que lo que Europa puede creer verá renovarse en San Petersburgo las sublevaciones de los pretorianos, ó, para no movernos de nuestra casa, las de los estrelicios. Es imposible prever de qué género serán. Probablemente veremos de todos los colores. Si se alían con los nihilistas, darán la libertad á su país; si son instrumentos de la «santa liga», que tiene á la cabeza al gran duque Wladimiro — que ya se sospecha que quiere destronar

á su hermano,—asistiremos á un cambio de déspotas. En todo caso, es más que probable que con las tradiciones sanguinarias creadas por los terroristas, disten mucho esos trastornos de ser humanitarios... ¡Y quién sabe si tendrán el carácter de los trastornos políticos europeos, ó mejor aun, de los orientales!

Tal es el triste porvenir que prepara á Rusia y á su propia familia el emperador Alejandro III, con su obstinación insensata, y que muy pronto será impotente para conjurar.

NOTA

Como mejor prueba de lo que se dice acerca de las aspiraciones actuales del partido socialista revolucionario ruso, puede servir el documento publicado por el Comité Ejecutivo diez días después del asesinato del zar Alejandro II. Fué reproducido solamente por algún periódico italiano, y no sin algunos errores, causados por la doble traducción del francés ó del alemán.

El lector verá cuán moderadas son las condiciones que proponen al gobierno esos hombres llamados sanguinarios, no para cesar en la lucha—lo cual sería una hipocresia, porque ningún partido democrático, aunque moderado, puede ver en la libertad política la panacea universal contra los males que sufre el pueblo obrero,—sino para el completo abandono de aquellos *medios violentos y sanguinarios* que hoy está obligado á adoptar el partido, porque el gobierno le impide el ejercicio de procedimientos pacíficos para obtener la emancipación de la clase más numerosa é infeliz de la humanidad.

«*El Comité Ejecutivo al emperador Alejandro III:*

»Majestad: El Comité Ejecutivo comprende perfectamente la postración de ánimo en que debéis hallaros en estos momentos; pero no puede, por sentimiento de delicadeza, diferir la siguiente declaración: más elevado que los justos sentimientos del hombre, es el deber hacia la patria, deber al cual los ciudadanos han de sacrificarse á sí mismos, sus propios sentimientos y los de los otros. Movidos por este imprescindible deber nos dirigimos á Vos, sin detener por ello el proceso histórico que nos amenaza con terribles sacudidas y ríos de sangre para el porvenir.

»La tragedia sangrienta que se desarrolló en el canal de Catalina no acaeció por casualidad, ni debía sorprender á nadie. Consecuencia de cuanto viene sucediendo de diez años á esta parte, parecía inevitable, y de ahí su profundo significado que debe ser bien comprendido por aquel á quien el destino ha colocado al frente del Estado.

»Caracterizar semejantes hechos cual si fueran el delito de algunas personas ó de una facción, sólo puede hacerlo un hombre completamente incapaz de analizar la vida de los pueblos. En el decurso de un decenio hemos visto que el movimiento revolucionario, á pesar de las más fuertes persecuciones, á pesar de que el gobierno del zar ha asesinado, lo ha sacrificado todo, la libertad y el interés de todas las clases del pueblo, de la industria y hasta la propia dignidad personal, en una palabra, á pesar de todas las medidas para reprimirlo, el movimiento revolucionario crece y crece de una manera asombrosa; las mejores fuerzas del país, los hombres de Rusia más enérgicos y prontos al sacrificio lo agrandan y lo enaltecen. Hace ya tres años que dura la lucha desesperada de guerrillas entre él y el gobierno.

»Deberá reconocer Vuestra Majestad que no puede acusarse al gobierno del difunto emperador de falta de energía. Los culpables, lo mismo que los inocentes, fueron ahorcados en masa; las prisiones de las últimas

provincias se llenaron hasta rebosar. A docenas fueron detenidos y ahorcados los que se dieron en llamar nuestros «cabecillas de barrio».

»Todos ellos murieron tranquilamente, con la calma de los mártires, pero no cesó por ello el movimiento; creció, por el contrario, adquiriendo cada vez más fuerza. Un movimiento revolucionario, Majestad, no depende de tal ó cual personalidad. Es, por el contrario, un proceso del organismo social frente al cual las horcas que se levantan para los más esforzados representantes de este proceso, son impotentes para salvar el orden de cosas establecido, como el suplicio de la cruz, infligido al Nazareno, lo fué para salvar el podrido mundo antiguo del triunfo del cristianismo reformador.

»Ya puede el gobierno continuar deteniendo y ahorcando á quienes quiera, y hasta conseguir, incluso, aniquilar algunos grupos revolucionarios. Queremos admitir aún que logre destruir los más esenciales organismos de la revolución. Esto no cambiará el estado de cosas. Los revolucionarios los crean los acontecimientos, el descontento general del pueblo entero, la tendencia de Rusia hacia nuevas formas sociales.

»No se puede aniquilar todo un pueblo; mucho menos se puede suprimir un descontento con medidas de rigor. Antes bien, no harán más que aumentar el malestar, la energía y las fuerzas. Y estas últimas, naturalmente, se organizarán mejor, aprovechando la experiencia de quienes las han precedido; por eso, andando el tiempo, los organismos revolucionarios crecerán en calidad y cantidad. Este es nuestro caso. ¿Qué provecho sacó el gobierno aniquilando los grupos de los *dolguscincos*, de los *ciakovki*, de los propagandistas del 1874? Aparecieron en su lugar nuevos y más resueltos directores del partido.

»Los rigores del gobierno han dado posteriormente (1878-79) nueva vida á los terroristas. Inútilmente sacrificaba el gobierno á Kovalsky, Dubrovin, Ossinsky y Lisogub; inútilmente ha destruído y triturado docenas de grupos revolucionarios. De aquella incompleta organización se pasó, gracias á una especie de «selección natural», á los grupos constituídos en formas más vigorosas. Aparece, finalmente. el *Comité Ejecutivo*, contra el cual todavía lucha inútilmente el gobierno.

»Si contemplamos con mirada imparcial el triste decenio transcurrido, podremos prever fácilmente, sin error, cuál será el porvenir del movimiento revolucio-

nario en el caso de que no cambiara la política del gobierno. Crecerá, se extenderá, los golpes terroristas serán más tremendos; la organización revolucionaria adquirirá formas más perfectas y vigorosas. Simultáneamente tomará nuevos bríos el descontento, y disminuirá cada vez más la confianza del pueblo en el gobierno. La idea de la revolución, su posibilidad é inevitabilidad tomará una extensión extraordinaria.

»Una explosión terrible, una revolución sangrienta, una sacudida espasmódica de todo Rusia, completará la destrucción del antiguo orden de cosas.

»Majestad, es una triste y espantosa perspectiva. Sí, triste y muy espantosa. No creáis que sea solamente una frase. Sentimos que así sea, tanto más cuanto será dolorosísima la pérdida de tanto talento y de tanta energía en la obra de la destrucción, en las luchas sangrientas en un tiempo en que las mismas fuerzas, bajo el imperio de otras circunstancias, podrían producir trabajos fecundos encaminados al desarrollo del espíritu popular, al bienestar de los ciudadanos.

»¿De dónde proviene la triste necesidad de la lucha sangrienta?

»Proviene, Majestad, de que no existe entre nosotros un gobierno justo en el verdadero sentido de la palabra. Un gobierno debe ser, de conformidad con el principio de su esencia, la expresión de las aspiraciones del pueblo: efectuar solamente la voluntad del pueblo. Entre nosotros, sin embargo — perdonadnos la expresión,—el gobierno es una perfecta camarilla y merece el calificativo de «pandilla de usurpadores», mucho más que el Comité Ejecutivo.

»Sean cualesquiera las intenciones del Emperador, las acciones del gobierno no tienen ninguna relación con las aspiraciones y el bienestar del pueblo.

»El gobierno imperial llega ya al extremo de arrebatar al pueblo la libertad personal, haciéndolo esclavo de la clase de los nobles. Ahora crea la dañosísima clase de los especuladores y de los usureros. Todas las reformas se encaminan á lo mismo: á exprimir al pueblo. En este punto ha llegado á tal extremo el gobierno ruso, ha reducido las masas populares á tal pobreza y miseria, que ni siquiera están libres en lo que concierne á sus bienes comunes, ni están en seguridad contra las más vergonzosas inspecciones en sus mismos hogares domésticos.

»De la protección del gobierno y de las leyes únicamente disfrutan los estrujadores, cuyos latrocinios permanecen impunes.

»¡Qué espantoso es, por el contrario, el destino de un hombre justo que trabaje por el bienestar común! Sabed, Majestad, que no se persigue y se deporta solamente á los socialistas.

»Ahora bien: ¿qué gobierno es ese que tiene en sus manos tal especie de «órdenes»? ¿No es realmente una pandilla de usurpadores?

»Por eso en Rusia el gobierno no tiene ninguna influencia moral sobre el pueblo; por eso Rusia produce tantos revolucionarios; he ahí por qué un hecho como el asesinato del zar excita simpatía en la mayoría de este pueblo. No hagáis caso de los aduladores, Majestad. El regicidio es en Rusia sobrado popular.

»No hay más que dos caminos para salir de tal situación: ó una revolución que no se evita ni se impide con condenas de muerte, ó un espontáneo llamamiento del pueblo al más alto poder, al gobierno.

»Por interés de la patria, para evitar una pérdida inútil de talento y energía, y aquellos terribles azotes que acompañan siempre á los revolucionarios, el Comité Ejecutivo se dirige á Vos, Majestad, y os aconseja escojáis el segundo camino. Estad seguro que apenas el más alto poder cese de ser arbitrario, apenas se muestre firmemente decidido á realizar tan sólo lo que le prescribe la voluntad y la conciencia del pueblo, podréis licenciar á vuestros espías, que deshonran al gobierno, mandar á los cuarteles vuestras escoltas, y quemar los patíbulos desmoralizadores del pueblo.

»Entonces el Comité Ejecutivo suspenderá espontáneamente su propia actividad, y las fuerzas por él organizadas se dedicarán al trabajo fecundo de la civilización, cultura y bienestar del pueblo.

»Una pacífica lucha de ideas substituirá á la violencia que nos causa muchos más calofríos que á vuestros servidores, y á la cual debemos recurrir actualmente, impelidos sólo por la necesidad.

»Nos dirijimos á Vos, Majestad, dejando aparte todo prejuicio y toda desconfianza que el pasado nos pueda sugerir. Olvidamos que sois el representante de aquel poder que ha engañado al pueblo y tanto mal ha hecho. Nos dirijimos á Vos como á ciudadano y hombre de bien.

»Eperamos que el resentimiento personal no supri-

mirá en Vos ni el sentimiento del deber, ni el deseo de escuchar la verdad.

»También nosotros podemos sentir resentimientos. Vos perdisteis vuestro padre: nosotros no solamente perdemos nuestros padres, si que también nuestros hermanos, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros mejores amigos. Pero todavía estamos prontos á ahogar todo rencor personal si el bien de Rusia lo exige; otro tanto esperamos de Vos.

»No os hacemos condiciones. No despreciéis nuestras proposiciones. Las condiciones necesarias para que el movimiento revolucionario ceda el paso al desarrollo pacífico, no son creadas por nosotros, sino por la historia; no hacemos más que recordarlas.

»Estas condiciones deben fundarse, en nuestra opinión, en dos puntos capitales:

»1.° Amnistía general de todos los delincuentes políticos pasados, porque no han cometido ningún delito, sino realizado, por el contrario, su deber de ciudadanos.

»2.° Convocación de los representantes de todo el pueblo para el examen de las formas mejores á la vida social y política, según las necesidades y los deseos del pueblo.

»Juzgamos necesario advertir que la legalización del poder mediante la representación del pueblo, sólo podrá conseguirse cuando las elecciones sean perfectamente libres. Para ello deberán efectuarse en las siguientes condiciones:

»1.° Los diputados serán escogidos entre todas las clases y estados sociales sin distinción, en relación al número de los habitantes.

»2.° Electores y diputados no tendrán limitaciones de ninguna especie.

»3.° Elecciones y agitaciones electorales, serán perfectamente libres. Al efecto el gobierno, hasta tanto no sean conservados los comicios populares, concederá como normas temporales:

»*a)* Libertad completa de imprenta.

»*b)* Libertad completa de palabra.

»*c)* Libertad completa de reunión.

»*d)* Libertad completa de programas electorales.

»Este es el único medio de conducir á Rusia por la senda de un desarrollo pacífico y regular. Declaramos solemnemente ante la patria y el mundo entero que nuestro partido se someterá incondicionalmente á la Asamblea Nacional, reunida sobre la base de las condi-

ciones arriba indicadas, y que no se permitirá ninguna oposición al gobierno que la Asamblea Nacional quiera sancionar.

»Y ahora, Majestad, decidíos. La selección depende de Vos. Por nuestra parte, no podemos hacer sino votos para que Vuestro espíritu y Vuestra conciencia os sugieran la única decisión que se adapte al bienestar de Rusia, á Vuestra dignidad y á Vuestro deber hacia la patria.

»*El Comité Ejecutivo.*»

* * *

Tales fueron las proposiciones hechas por el partido revolucionario al gobierno, y no pocas veces repetidas.

El gobierno responde con nuevas muertes, con nuevos destierros á millares á Siberia, con nuevos rigores contra la imprenta al menor intento de libertad.

El lector imparcial juzgue, pues, dónde están los partidarios de la justicia, de la moderación y del orden, y quiénes son los verdaderos «perturbadores de la tranquilidad pública».

FIN